

La muerte de Ulises  
Petros Márkaris



Ulises, el protagonista del relato que da título a este volumen, es un anciano griego que, cuando ve acercarse la hora de su muerte, decide que lo entierren en el lugar en que empezó a soñar: Estambul, su verdadera patria. Y es que el pueblo griego vive en el siglo XXI, con la llegada de refugiados que huyen de la guerra, lo que ya experimentó en carne propia a lo largo de todo el siglo anterior: una persecución que terminó para los griegos en una emigración forzosa, y que se narra con gran fuerza en el cuento titulado Tres días. Pero Ulises, recién llegado a su Ítaca soñada, ya sin nada que perder, decide enfrentarse temerariamente a los Lobos Grises, organización paramilitar turca muy semejante a la Aurora Dorada que, en Grecia, rechaza a todo emigrado. Por otro lado, envolviendo los relatos de candente actualidad, Petros Márkaris vuelve a hacernos disfrutar con dos casos protagonizados por el comisario ateniense Kostas Jaritos, cuyas víctimas son un escritor y un director de cine, y una tercera investigación a cargo de su amigo el comisario turco Murat, que transcurre entre los emigrados griegos en Alemania.



Petros Márkaris

# **La muerte de Ulises**

**Kostas Jaritos - 11**

ePub r1.1

Titivillus 29.09.16

Título original: *Τριημερία (Trimeria)*  
Petros Márkaris, 2015  
Traducción: Ersi Marina Samará Spiliotopulu  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



A la pequeña April

# **El asesinato de un inmortal**

La noticia llegó mientras saboreábamos el café de la mañana, ritual que Guikas había inaugurado recientemente. Como se ha pasado media vida entrando y saliendo de los despachos ministeriales de todo tipo de partidos y autoridades políticas, en algún momento se enteró de que los primeros ministros empiezan siempre su jornada laboral con un café y se apresuró a emular la costumbre. Para ser sincero, no tengo la menor idea de lo que hablan los jefes políticos con sus ayudantes mientras toman el famoso cafetito, pero nosotros hablamos de gilipolleces. De cara a la galería, se supone que aprovechamos la coyuntura para dar un repaso a los asuntos y documentos de la víspera y trazar nuestros planes de acción para el día en curso, pero la mayor parte de las veces perdemos el tiempo escuchando los recuerdos archivados en la cabeza de Guikas.

Así que, cuando sonó el teléfono y Guikas descolgó el auricular y me dijo: «Es para ti», tuve un presentimiento, que Vlasópulos me confirmó en el acto.

—Se ha producido un asesinato, señor comisario.

—¿Se conoce la identidad de la víctima?

—Por supuesto. Es el escritor Lambros Spajís. La mujer de la limpieza ha encontrado su cadáver esta mañana en su despacho.

—¿Y tú sabías que ese tal Spajís era un escritor famoso? —pregunto extrañado, porque a mí el nombre no me dice nada.

—Yo tampoco lo sabía, pero he buscado en la Wikipedia y he encontrado su biografía.

«Dejémoslo estar», me digo para mis adentros. «Si ahora pregunto qué es esa Wikipedia, será como jugarme el prestigio a los dados.»

—¿Dónde vivía la víctima?

—En la calle Romano el Meloda, que parte de la circunvalación de Licabetos.

—Bajo enseguida.

Vlasópulos está esperándome en el coche patrulla delante de la entrada de Jefatura.

—He avisado a los de la Científica y al forense. También he enviado un coche patrulla para que vigile la casa. La víctima vivía sola.

La casa de Spajís, una vivienda de tres plantas, debió de construirse más o menos en los años treinta. A la izquierda, según se entra, hay una sala de estar llena de muebles antiguos y recuerdos de familia, sobre todo viejas fotografías. En un amplio sillón con apoyabrazos de madera torneada está sentada una cincuentona de cabello negro y nariz aguileña, que permanece inmóvil y con la cara hundida en las palmas de las manos. Enseguida veo que es extranjera, aunque no acierto a adivinar su nacionalidad. El agente joven encargado de custodiarla está de pie junto a la ventana, fumando y admirando el paisaje.

La cocina se encuentra justo enfrente de la sala de estar. A su lado, una escalera de madera conduce a las plantas superiores. Primero echo un rápido vistazo a la cocina. Los armarios están cerrados y en el fregadero hay una pila de platos amontonados de cualquier manera. La nevera está llena de frutas y verduras.

En la segunda planta me esperan dos dormitorios. Entre uno y otro, un pasillo estrecho conduce al cuarto de baño. La víctima debía de dormir en la habitación de la izquierda, ya que allí los armarios están llenos de trajes y ropa interior masculina. En la mesilla de noche hay un libro junto a un par de gafas. El segundo dormitorio, en cambio, da la impresión de que no lo utilizaban.

Seguramente hacía las veces de habitación de invitados. En el único balcón de la casa malviven unas plantas canijas que, sin lugar a dudas, provocarían escalofríos a mi mujer.

La tercera y última planta está ocupada en su totalidad por un enorme despacho lleno de estanterías que cubren las paredes hasta el techo. Seguro que a Guikas le daría envidia, no por la gran cantidad de libros sino por las vistas, ya que a través de las dos amplias ventanas se divisan Atenas y la Acrópolis como servidas en bandeja. La luz que inunda el despacho presta un aspecto acogedor a todo lo que hay en él, salvo al cadáver, que está tendido de bruces delante de la ventana izquierda con el cráneo destrozado. La sangre ha creado un charco alrededor de la herida y ya aparece seca en las orejas de la víctima y en el cuello de su camisa. No hay señales de lucha en la habitación, cosa que significa que la víctima conocía al asesino, que era persona de su confianza: por eso este último pudo pillarlo por sorpresa y golpearle la cabeza mientras miraba por la ventana.

No veo qué más puedo hacer en el despacho de Spajís, así que decido bajar para interrogar a la mujer de la limpieza y dejo las demás tareas en manos de la Científica y el forense. En mitad de la escalera me topo con Stavrópulos, el médico forense.

—¿Qué tenemos? —me pregunta.

—Un muerto con el cráneo hecho pedazos. A la víctima la golpearon por la espalda mientras miraba por la ventana. No he visto señales de lucha en ninguna parte, así que el asesino debe de ser alguien conocido, teniendo en cuenta, además, que Spajís lo recibió en su despacho y no en la sala de estar. Quien lo mató no entró para robar. Vino para hacerle una visita.

Stavrópulos se ahorra todo comentario y sigue subiendo la escalera mientras yo me acerco a la mujer de la limpieza, que permanece en una posición similar a como la dejé hace un rato. Ahora apoya la cabeza en una mano mientras en la otra aprieta un pañuelo de papel.

—¿De dónde eres? —pregunto.

Los funcionarios tienen que acreditar sus bienes, los inmigrantes tienen que acreditar su procedencia.

—De Armenia.

—¿Llevas muchos años al servicio del señor Spajís?

—Nueve años. Pobre señora Uranía aún vivir.

—¿A qué hora has llegado esta mañana?

—A las nueve, como siempre.

—¿Vienes todos los días?

—No. Día sí, día no. Voy primero cocina. No espero encontrar platos sin fregar. Señor Lambros fregarlos siempre, porque el monte Licabeto está cerca y haber hormigas. Después me sorprende más.

—¿Por qué?

—Porque subir habitación y ver cama hecha.

—¿Él no se hacía la cama?

—No, hacerla yo cada dos días. Empezar a llamar su nombre: «¡Señor Lambros, señor Lambros!». Nada. Luego subir despacho y... ¡verlo!

Se echa a llorar de nuevo y se seca las lágrimas con el pañuelo de papel.

—Muy bien, ahora vete a casa a descansar —le digo—. Mañana pasa por Jefatura, en la avenida Alexandras, para prestar declaración oficial.

—Señor Lambros muy buena persona —dice ella mientras se pone de pie con esfuerzo—. Lástima morir así. Mucha lástima.

La dejo y subo a la tercera planta para ver qué ha averiguado Stavrópulos. Entretanto, los de la Científica han puesto manos a la obra. Stavrópulos ha terminado el examen del cadáver y ya está recogiendo sus instrumentos.

—No puedo decirte gran cosa —explica—. La muerte debió de ocurrir entre las diez de la noche y la una de la madrugada. El cráneo muestra señales de golpes reiterados con un objeto pesado. Probablemente, alguna bandeja o recipiente metálico, ya que encima del escritorio están desparramados alfileres, sujetapapeles y gomas elásticas que Spajís debía de guardar en su interior. En

cualquier caso, el asesino se llevó el arma del crimen. No la hemos encontrado en ninguna parte.

—Registrad el escritorio y el ordenador —digo a Sfakianakis, de la Científica.

Él me mira sorprendido, porque acabo de mandarle hacer lo que es evidente.

Vlasópulos sube jadeando la escalera.

—Tiene una sobrina por parte de su mujer, que vive en Patrás. No tenía más familia. Era un hombre tranquilo. Parece que se mostraba abierto y amigable con todo el mundo.

—¿Algún testigo ha visto al asesino entrar en casa?

—No. Claro que el hecho de tratarse de una vivienda unifamiliar complica las cosas, porque no hay vecinos inmediatos.

—Muy bien. Avisad a Patrás para que nos manden a la sobrina en un coche patrulla. Vámonos ya. De momento, aquí no podemos hacer nada más. Y dudo mucho de que se encuentre nada que nos sea útil.

—No puedo decirle demasiado —anuncia Afroditi Sterguiópulos, la sobrina de Spajís—. Mi tío y yo manteníamos relaciones puramente formales. Yo no le caía bien a él y él tampoco me caía bien a mí. Cuando terminé el instituto quería ir a la universidad para estudiar matemáticas, quería ser profesora de enseñanza media, pero mi tío convenció a mi madre de que los estudios no se me daban bien y de que sería mucho mejor que me formara como peluquera para poder ganarme la vida. Y me hice peluquera, porque la opinión de mi tío era ley para la familia. Unos años después conocí a Jaris. Jaris es funcionario de Hacienda, solicitó su traslado a Patrás, que es su ciudad natal, y yo me fui con él. Nos casamos allí. Un año después de la boda mi madre murió y yo corté casi toda relación con mi tío, excepto alguna llamada telefónica ocasional a mi tía. Vi al tío Lambros por última vez en el funeral de su mujer.

—¿Conocía a sus amigos, o quizá a algún compañero de trabajo?

La mujer suelta una risita irónica.

—Cuando mi madre y yo veníamos a casa de mi tía, señor comisario, nos conducían directamente a esta habitación. Yo me sentaba siempre en la misma silla con las piernas recogidas, igual que ahora, y mi madre se sentaba frente a mí, también con las piernas recogidas. Mi tío se apoltronaba en un sillón y nos sermoneaba sin parar y sin que nadie se atreviera a interrumpirlo, ni siquiera mi tía Uranía. Si por casualidad aparecía alguno de sus amigos, lo hacía subir inmediatamente a su despacho sin presentárnoslo. Entonces nosotras respirábamos aliviadas, porque podíamos hablar de nuestros asuntos sin sentirnos cohibidas. — Hace una breve pausa antes de continuar—: El tío Lambros tenía dos caras, señor comisario. Una para su familia y otra para los demás. Con los demás era siempre afable y cordial. Con su familia se mostraba engreído y altanero. También con mi tía. Cuando hablaba con ella delante de terceros, su boca goteaba miel. Cuando se encontraban a solas, la humillaba de la mañana a la noche.

—Sin embargo, se sentaba para hablar con ustedes —observo, porque veo demasiada malicia en sus palabras.

Ella se echa a reír otra vez.

—Jaris, que está licenciado en económicas, me dijo cuando lo conoció: «No quiero volver a ver a este hombre. No lo soporto. Es un logolascivo». Ese era mi tío Lambros. Un lascivo de las palabras. Le encantaba oírse hablar.

—Eche un vistazo a su despacho, a ver si algo le llama la atención.

—Lo haré, aunque dudo que pueda descubrir nada. En el despacho solo entraban sus amigos y algunos colegas del trabajo. Mi madre y yo no pertenecíamos a esa categoría, así que siempre nos quedábamos fuera.

Sin darse cuenta, acababa de ofrecirme una información muy valiosa. Si en su despacho solo recibía a amigos y colegas, ha debido de ser uno de ellos quien lo ha matado. No es que así se reduzca sustancialmente el círculo de sospechosos. A ver cómo

logramos desgranar la lista de poetas, literatos, artistas y sujetos equivalentes varios.

—Destila veneno contra su tío —comenta Vlasópulos cuando Afroditi Sterguiópulos sale del despacho—. Que diga lo que quiera. Su tío escribía unas novelas fantásticas.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Has leído las novelas de Spajís? —pregunto extrañado, porque sé que es un forofo apasionado del Olympiakós y solo lee *El Campeón*.

—Hicieron una serie televisiva basada en una de sus novelas y no me perdí ni un episodio. Si no podía ver alguno, intentaba verlo en una reposición o le pedía a un colega del laboratorio que me lo grabara. Ya le digo, ese hombre era un *crack*.

El editor de Lambros Spajís tiene sus oficinas en la calle Zalogu. Un músico callejero está tocando al acordeón *El Danubio azul* una y otra vez. Seguro que es un inmigrante serbio. Si sumamos un acordeón al *Danubio azul*, el resultado es siempre un serbio.

El editor es un hombre simpático que ronda los cincuenta y cinco años, tiene el cabello rubio tirando a castaño y un bigote del mismo color. El cabello ya ha empezado a encanecerse, el bigote todavía resiste.

—Una gran pérdida —me dice con expresión apenada—. Una pérdida enorme. ¡Y morir de esa manera atroz, además! —El editor suspira profundamente para subrayar su pesadumbre—. Era un escritor y un hombre extraordinario.

La primera mitad de sus palabras ya me la había adelantado Vlasópulos y la segunda mitad su sobrina, aunque siempre en relación con personas que no pertenecían a su círculo familiar. Aguardo con la esperanza de oír algo nuevo.

—Sabrá que era un escritor de renombre. Hacíamos tres o cuatro reediciones de cada nueva novela suya en el primer mes. También tenía mucho éxito en la televisión. —Hace una breve pausa antes de continuar—: Se podría esperar que Lambros fuera arrogante y superficial, pero no lo era. Nuestras correctoras lo

adoraban, porque siempre hacía caso a sus indicaciones y muchas veces aceptaba sus sugerencias, hasta el punto de modificar el original. Nada que ver con los autores noveles, que ponen el grito en el cielo a la mínima corrección. «¡Yo quise escribirlo así, y estáis interviniendo en la obra de un creador!», declaran. De modo que solo nos queda la alternativa de ponerlos de patitas en la calle o publicar su obra tal cual nos la traen. Generalmente, se impone lo segundo.

—¿Por qué lo segundo? —me extraño.

El editor se carcajea.

—La publicación de libros obedece a otras causas más allá de complacer a los lectores, señor comisario.

—¿Cuáles?

—Llenar las mesas de las librerías, por ejemplo. Cuantos más libros publicas, más grande es la mesa que te reservan los libreros y más posibilidades tienes de vender las obras de calidad. El resto vuelves a reducirlo a pulpa, porque sale más caro guardarlo en el almacén.

—¿Tenía enemigos Lambros Spajís?

Los enemigos de Spajís me interesan mucho más que las librerías y las obras, buenas o malas.

El editor reflexiona.

—Si por enemigos entiende usted a colegas que le tenían envidia, entonces sí, tenía muchos —responde al final—. Grecia es un país pequeño, señor comisario, y nuestro sector es más pequeño todavía. Cuando alguien alcanza el éxito, la mayoría de sus colegas piensan que el triunfo habría sido suyo si el triunfador no estuviera en medio. Es mentira, por descontado, pero cualquiera los convence de eso. —Reflexiona de nuevo y luego dice entre dientes—: Mucho me temo que la cantidad de competidores aumentó desde que presentó su candidatura a la Academia.

—¿Quería ser académico?

No sé qué importancia puede tener esto, pero la expresión grave del editor me indica que la tiene.

—Sí, y muy probablemente habría sido elegido. Eso dicen, al menos —añade, con clara intención de mostrar ciertas reservas.

—A ver si lo entiendo. ¿Me está diciendo que hay que ser elegido para entrar en la Academia?

—¡Por supuesto, señor comisario! En la Academia no se entra con un billete ni pidiendo la vez —contesta el editor con una mirada que me clasifica, en el mejor de los casos, entre los retrasados mentales, y en el peor, entre los brutos.

—¿Sabe quiénes eran los otros candidatos?

—No, y, para serle sincero, no me interesa. Ser elegido académico no supone hoy en día ninguna consagración artística ni científica. Solo satisface la vanidad del elegido, además de proporcionarle un sueldo nada desdeñable: unos tres mil euracos al mes.

Puede que el tema no le interese al editor de Spajís o puede que esté fingiendo que no le interesa, pero yo debo enterarme de quiénes eran los demás candidatos.

—Me hablaron de una tal Kuranis —me informa Vlasópulos al día siguiente.

—¿Qué te dijeron?

—Que es crítica literaria y colabora con diferentes revistas y periódicos. Es rica y mordaz. Como la reina de las abejas: mucha miel y un gran agujón.

—Te voy a apartar de la investigación —le digo secamente.

—¿Por qué? —se extraña Vlasópulos, que esperaba un aplauso y ha recibido calabazas.

—Porque empiezas a utilizar metáforas y los polis no hablamos así. Si te oye Guikas, te veo archivando expedientes en el registro.

Vlasópulos no hace ningún comentario, como es típico en él cuando quiere mostrar que lo he defraudado con mi comportamiento.

La casa de Álkisti Kuranis se encuentra en la calle Patriarca Joaquín, no la de Kolonaki, sino la de Kifisiá. Se diría que todas las familias bien intentan residir en un barrio que disponga de una calle Patriarca Joaquín. Kuranis vive en una casa vieja de la época de entreguerras. Está rodeada de un jardín y se encuentra cerca de la iglesia de Santa Ana. La encuentro leyendo un libro sentada en un anticuado sillón de mimbre con un cojín en el respaldo. Sin duda ha oído la puerta del jardín cerrándose a mis espaldas, pero el sonido no ha desviado su atención de la lectura. Solo alza la vista cuando me acerco a ella, al tiempo que coloca entre las páginas del libro el lápiz que sostenía en la mano. La mujer debe de tener ochenta años largos, pero se conserva bien y aparenta como mínimo cinco menos. Encima de la mesita colocada delante de ella hay una bandeja con una tetera de porcelana, una taza y un platillo lleno de rodajas de limón.

—Siéntese, señor comisario —me invita cuando me presento—. ¿Le puedo ofrecer una taza de té?

Me encantaría tomar un cafetito, pero no me atrevo a pedirselo.

—Vengo a pedirle que me ayude en el caso de Lambros Spajís —le digo mientras rechazo amablemente su ofrecimiento y me siento en el otro sillón de mimbre.

La mujer meneaba la cabeza.

—Cuando era pequeña se cantaba «Pobre Azanasópulos, qué suerte te esperaba».<sup>[\*]</sup> Ahora que he llegado a la vejez, meneo la cabeza y pienso: «Pobre Spajís, qué suerte te esperaba». Quién sabe, quizá sea una forma simbólica de cerrar el ciclo de mi vida.

—Señora Kuranis, ¿sabe si Lambros Spajís tenía enemigos?

La mujer detiene la taza a un centímetro de su boca y me contesta sin rodeos:

—Todo el mundo lo odiaba.

—¿Por qué? ¿Porque era un autor de renombre?

Kuranis se atraganta con el té y yo me llevo un susto de no te menea. No sé si debo darle unos golpecitos en la espalda, pero,

por suerte, la mujer se repone.

—¿De renombre, señor comisario? Mire, aquí en Grecia tenemos la costumbre de llamar importante a cualquier mediocridad, y obra maestra a cualquier librucho vulgar: así pretendemos convencernos de que valemos algo. —Hace una pequeña pausa y añade—: Si quiere mi opinión, la obra de Spajís estaba apenas un escalón por encima de las novelas románticas de Nora y Harlequin.

Lo que me acaba de decir me queda clarísimo, ya que Adrianí, cuando termina las faenas de la casa, siempre se pone a leer libros de Nora y Harlequin, y por la tarde sintoniza el canal Harlequin en televisión.

—Le contaré cómo Spajís se hizo escritor y lo entenderá. Él estudió artes dramáticas y se ganaba la vida leyendo textos para la *Biblioteca Radiofónica*. Aquel fue su primer contacto con la literatura, sus lecturas como actor para ganarse el pan. Luego empezó a escribir también él. ¿Qué talento se puede esperar de alguien que se hizo escritor gracias a la *Biblioteca Radiofónica*?

—Sí, pero llegó a ser candidato a la Academia.

Antes de contestar, la mujer se sirve otra taza de té.

—Estas instituciones eran ilustres, señor comisario, pero se han convertido en quimeras, en sombras de sí mismas. Cualquiera puede llegar a ocupar un sillón en la Academia, siempre que tenga los contactos apropiados. Ese era el auténtico talento de Spajís: los contactos. Por lo demás, era mediocre. Es decir, poseía los dos atributos que son imprescindibles para convertirse hoy en día en académico de la lengua griega.

—¿No había otros candidatos?

—Los había. El primero, Makis Petrópulos, no tenía ninguna posibilidad y lo sabía. Presentó la solicitud con el solo propósito de tocarle las narices a Spajís, al que no soportaba. El segundo, Kleon Romylos, era el único digno de ser elegido. Romylos es el gran maestro del pequeño formato, de la viñeta de la literatura griega. Por no decir que Borges era el Romylos de Argentina.

Ni el nombre de Romylos ni el de Borges me dicen nada, y al final no sé quién es el griego y quién el argentino, pero, si Romylos es candidato a la Academia de Atenas, seguramente será él el griego.

Kleon Romylos está sentado al fondo de la Brasería Valaoritu, en la última mesa. Delante de él hay un bloc abierto de cuero negro, tamaño A4, con una carísima pluma estilográfica encima.

—Desde que era un chaval escribo siempre en los cafés y con pluma —explica—. El silencio absoluto me distrae y no me deja concentrarme. El ruido de los cafés, en cambio, la gente que entra y sale, que se sienta y conversa, aunque sea a voces, me despeja y me mantiene alerta.

Aparenta unos sesenta y cinco años, y es un hombre de mediana estatura, delgado y con el pelo cano. Tiene la piel muy blanca, como todos aquellos que se pasan la vida en espacios cerrados con iluminación artificial.

—He pasado mi vida de escritor en el altillo de Zonar's<sup>[\*]</sup> — prosigue Romylos—. Pero dejó de ser lo que era cuando la remodelaron, así que me trasladé a este local. —Suelta un largo suspiro—. En Zonar's me sentaba siempre en la misma mesa. Aquí no puede ser. Me siento en sitios distintos, donde haya una mesa libre. En Zonar's los camareros me conocían y entablábamos conversación. Aquí me lanzan un seco «Buenos días» y pasan al asunto principal, que es lo que quiero tomar. Por lo demás, les resulta del todo indiferente. Solo saludan a los políticos, que suelen venir aquí para conspirar. Hoy en día los escritores somos como cualquier otro cliente.

Intuyo que quiere contarme toda su trayectoria literaria y me apresuro a cortarle el camino.

—¿Conocía a Lambros Spajís?

—Grecia es un país pequeño, señor comisario, y el mundo de las letras es un pañuelo. Todos nos conocemos y nos damos empujones para conseguir algún puestecito.

—Si no me equivoco, ustedes dos eran candidatos a la Academia de Atenas.

—Mire, yo ya lo intenté hace unos años y fracasé. No tenía ganas de volver a pasar por esa experiencia tan desgastadora. Sin embargo, Álkisti Kuranis me presionó tanto que al final dije que sí.

—¿Por qué no quería presentarse de nuevo?

—Para no tropezar dos veces con la misma piedra, señor comisario.

—¿Le parecía que no tenía posibilidades?

—No las tenía entonces y no las tengo ahora. Sencillamente, mi edad ya no me permite remar contra corriente. Estoy satisfecho con mis relatos cortos. Unos los califican de viñetas o de miniaturas chinas y otros de cagadas. Sin embargo, esto es lo que puedo hacer. Si me estiro para llegar más alto, siento que adopto una estatura ficticia que me desvía de mi camino.

—¿Conocía al otro candidato?

—¿A Makis Petrópulos? Desde luego. Pero es un simple conocido, no un amigo, que quede claro.

—Me da la impresión, aunque podría equivocarme, de que no le cae simpático.

Romylos me sonrío.

—Hay dos maneras de distinguirse. La primera consiste en esforzarse para crear una obra digna, que te consagrará y te ayudará a subir el primer peldaño. La segunda consiste en desprestigiar a todos los demás, para que al final seas tú el único digno de mención. Quedas primero, por eliminación. —Al poco añade—: Petrópulos es de la segunda escuela.

—¿Lambros Spajís tenía enemigos, señor Romylos?

—Por supuesto. Makis Petrópulos y yo, los primeros. Sería más apropiado que me preguntara si tenía amigos. Así le daría una respuesta breve y concisa.

—¿Has considerado la posibilidad de que fuera marica y lo matara su ligue? —me pregunta Guikas por la mañana cuando subo

para informarle.

Lo cierto es que esta posibilidad ya se me había pasado por la cabeza: por eso envié a Vlasópulos y a Dermitzakis a darse una vuelta por los lugares que frecuentan los homosexuales y mostrarles la fotografía de la víctima, pero nadie lo conocía.

—Esto no quiere decir nada —insiste Guikas cuando le expongo mi argumento—. Puede que frecuentara los locales de los inmigrantes. Estando casado, seguramente evitaría los lugares habituales, para que nadie lo reconociera. No olvidemos que era una personalidad pública.

—También visitamos los locales de los inmigrantes. Allí tampoco lo conocían.

—Y, si lo conocían, no te lo dirían. Esos mantienen la boca cerrada.

Le aseguro que volveremos a investigarlo, más que nada para que me deje en paz, porque cuando se le mete una idea entre ceja y ceja es muy difícil quitársela. Bajo a mi despacho y veo que Vlasópulos me está esperando en el pasillo.

—Hemos descubierto algo, aunque no sé si está relacionado con el asesinato de Spajís. Hace unos años asesinaron en Salónica al poeta Miltos Palestís.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo descubrimos por casualidad. Hablando con un colega de Salónica, se lo dijo a Dermitzakis. Palestís también era candidato a la Academia. El caso nunca se resolvió.

«Si ambos asesinatos están relacionados, las cosas se complican», me digo.

—Pídeles a los de Salónica que nos manden el expediente.

La teoría de Guikas sobre los homosexuales va directa a la papelera. Es imposible que ambos candidatos fueran maricas y los mataran sus rolletes.

Makis Petrópulos lleva sombrero dentro de casa. A través de su ventana se divisa el parque de Pangrati bañado por el sol; el

climatizador de su despacho está apagado y él va por casa con el sombrero puesto.

—¿Qué Lambros Spajís? —pregunta con desdén—. ¿Ese mediocre que tenía la desfachatez de querer entrar en la Academia? ¿Sabía usted que empezó su carrera como actor?

—Ya me han informado.

—¿No le dirían, además, que su carrera dramática arrancó con *Mi pequeño amor amargo*?[\*] Fue aquello lo que le abrió el apetito de ser escritor.

—Me dijeron que empezó con la *Biblioteca Radiofónica*.

—Sea, con la *Biblioteca Radiofónica* —concede Petrópulos—. Estaba un peldaño por encima de *Mi pequeño amor amargo*, pero de ahí al podio de los inmortales hay un trecho.

Ni *Mi pequeño amor amargo* ni la *Biblioteca Radiofónica* me dicen nada. Si ya encima me habla del *Podio de los inmortales*, llego a la conclusión de que me entiendo mucho mejor con los albañiles, los fontaneros y los inmigrantes sin papeles.

—Había un tercer candidato: Kleon Romylos —le digo, sintiendo curiosidad por saber en qué categoría lo mete.

—¡Romylos! —exclama Petrópulos—. Hoy en día llamamos viñetas a las naderías con la misma facilidad con la que llamamos *gourmets* a los asiduos de los *fast food*. Pregunte por ahí cuántos editores importantes han rechazado su obra. Al final, lo aceptó un pequeño editor de origen judío que le publica esas viñetas de pacotilla. Si no eres un gran editor de prestigio, para alcanzar a los grandes autores empiezas publicando a los pequeños y extravagantes, y los calificas de vanguardia. Ese editor estaba al borde de la quiebra cuando le cayó como regalo del cielo un autor de relatos policiacos. Hemos llegado a tal punto que son capaces de nombrarlo académico. En cualquier caso, el editor judío salió del bache, no con la vanguardia sino con la paraliteratura, y siguió publicando a Romylos para mantener su buen nombre de supuesto editor de textos selectos. En realidad, es el único judío del mundo que ha ganado dinero con la policía.

Suena el teléfono, Petrópulos va a contestar la llamada y yo pienso que las palabras de Romylos han quedado sobradamente justificadas. Petrópulos desprestigia a todo el mundo para quedarse él solito en el podio de los guapos.

Petrópulos dice: «Gracias, te estaré eternamente agradecido», cuelga el teléfono y vuelve a mi lado.

—La suerte ha querido que sea usted el primero en saberlo, señor comisario. He sido elegido miembro de la Academia de Atenas.

Me pregunto si Petrópulos se limita a descalificar a todos los demás o si, dado el caso, llegaría al extremo de quitarlos físicamente de en medio.

Si había la menor duda de que ambos asesinatos estaban relacionados, esta se disipa en el momento mismo en que abro el expediente que nos han enviado desde Salónica. La víctima, Miltos Palestís, había muerto exactamente de la misma manera que Lambros Spajís: en su despacho, tras haber recibido un golpe en la cabeza con un objeto pesado que nunca se encontró.

Me alegraría poder detener a Petrópulos por el asesinato de Palestís, pero no consigo dilucidar ningún móvil. En aquella época no era candidato a la Academia, de modo que no tenía motivos para matarlo. En mi cabeza pesa una sospecha que, por desgracia, queda confirmada.

—Tenía razón, comisario: Romylos también era candidato por aquel entonces —dice Vlasópulos interrumpiendo mi lectura del expediente.

—Muy bien, ahora tenemos que averiguar si se encontraba en Salónica.

Vlasópulos menea la cabeza con pesimismo.

—Esto no va a ser nada fácil. Ha pasado casi una década. Es casi seguro que habría ido en tren o en autocar y no quedará registro de su billete.

—Debió de alojarse en alguna parte. En un hotel, con toda probabilidad.

—Tenemos las listas de todos los clientes que se alojaron en hoteles de Salónica en aquella época. Las tiene la Jefatura de la ciudad. El nombre de Kleon Romylos no aparece por ninguna parte.

—De momento centrémonos en el segundo asesinato. ¿Has hecho venir a la mujer de la limpieza?

—Sí, señor.

Pronto reaparece acompañado de la asistenta del hogar de Spajís. Saco la foto de Romylos de nuestro expediente y se la enseño.

—¿A este lo conoces?

—¡Claro! —exclama la mujer entusiasmada—. Ser señor Kostas.

Vlasópulos y yo nos miramos sorprendidos, como si no la hubiéramos oído bien.

—¿Quién dices que es?

—Kostas..., señor Kostas...

—Que espere fuera —ordeno a Vlasópulos, y mientras él conduce a la mujer al pasillo, yo llamo por teléfono a Kuranis.

—Una pregunta, señora Kuranis. ¿Kleon Romylos es el verdadero nombre del autor?

—No, es su seudónimo literario. Su verdadero nombre es Kostas Kardasis.

Lo encuentro de nuevo sentado al fondo de la Brasería Valaoritu, aunque esta vez en otra mesa. El bloc A4 es el mismo, sin embargo, igual que la carísima pluma estilográfica.

—No me dijo que Kleon Romylos es un seudónimo —le digo, y me siento frente a él—. Ni que su verdadero nombre es Kostas Kardasis.

El hombre me sonríe tranquilamente.

—Usted, no obstante, lo ha averiguado —responde.

—En efecto. Los colegas de Salónica buscaban a un tal Kleon Romylos, candidato a la Academia de Atenas, y se les pasó por alto

Kostas Kardasis, que estuvo alojado en el hotel Pela el día anterior al asesinato de Palestís. —Hago una pequeña pausa para esperar su reacción, pero él calla y nos quedamos mirándonos—. Hace un rato realizamos un registro de su residencia y hemos encontrado los dos objetos de hierro que utilizó como arma del crimen —añado—. ¿Por qué los ha guardado?

—Como recuerdos de mi fracaso —contesta él con calma—. Maté a dos personas para llegar a ser miembro de la Academia y fracasé en ambas ocasiones. Se me da bien asesinar, pero no sé aprovechar las circunstancias. Esta es mi tragedia.

Observo al viejecito de piel pálida que está sentado frente a mí y siento una oleada de compasión.

—¿Valió la pena cometer dos asesinatos? —le pregunto—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por los ingresos fijos? ¿Para sentirse seguro?

El hombre se ríe por lo bajo.

—No fue por eso, no necesito el dinero. Lo hice por la gloria, señor comisario. Me llaman maestro del pequeño formato. Del «pequeño», este es el problema. Quise sentirme grande por una vez, ganar estatura. Se lo dije en nuestro primer encuentro: cuando busco adoptar una estatura ficticia, me desvíó de mi camino.

Cierra el bloc y se guarda la pluma estilográfica en el bolsillo interior de su americana. Se toma el último sorbo de su café. Realiza cada gesto con mucha tranquilidad, como si se dispusiera a volver a casa.

—Quiero que sepa que le agradezco que haya venido usted en persona en lugar de enviar a sus ayudantes a detenerme.

—El coche patrulla nos espera fuera, en la esquina.

—Mejor así. Siempre me voy de los sitios ofendido porque nadie se fija en mi partida. En esta ocasión, me alegro de que sea así. —Se pone de pie y espera a que lo siga, pero enseguida se detiene—. Le diré algo más, señor comisario: en este país, los que intentan triunfar sin enchufes ni contactos son asesinos en potencia.

Nuestra retirada pasa inadvertida.

**En terrenos conocidos**

—Papá, ¿cómo se te ocurrió instalarte en este agujero? — preguntó Murat a su padre, que iba sentado en el asiento trasero del Volkswagen Golf.

Nermín, la mujer de Murat, lo fulminó con una mirada severa. Murat la vio en el espejo retrovisor, pero fingió prestar mucha atención a la carretera. Sedat, el padre de Murat, había ido a esperarlos al aeropuerto de Düsseldorf. Al principio pensaban ir en tren desde Düsseldorf hasta Kamen, pero Nermín insistió en que alquilaran un coche para no depender de horarios para sus desplazamientos.

Murat vio el «agujero» cuando abandonaron la E34 para enfilarse por la calle Werner. No podía entender cómo su padre, que se había jubilado hacía apenas seis meses, quiso instalarse en Bergkamen, una pequeña ciudad de apenas cincuenta mil habitantes. Normalmente, los jubilados optan por vivir en algún pueblo o en una gran ciudad. Nadie elige el término medio para disfrutar de su retiro. Así que no le cabía en la cabeza por qué su padre quería vivir allí.

—Espera y lo verás —respondió el hombre con la expresión de quien se guarda un as en la manga.

—¿Hacia dónde he de ir ahora?

—Gira a la derecha por la calle Landwehr y luego sigue recto. Ya te diré cómo continuar a partir de allí.

Murat se concentró en la conducción con más celo del necesario, ya que la circulación era fluida.

—No vivo en el mismo Bergkamen —explicó Sedat a su nuera—. Encontré una casa muy bonita entre Bergkamen y Wentighoffen.

Quiero que demos un pequeño paseo antes, para que mi hijo vea que no vivo en un agujero, como piensa.

—No te lo tomes en serio, papá, se está metiendo contigo —dijo Nermín en tono conciliador.

—Ya verás —continuó su suegro con la misma expresión de tener un as en la manga. Luego se inclinó hacia delante para indicarle a su hijo dónde tenía que torcer—: Por aquí llegaremos al canal. Encontrarás un aparcamiento delante del hotel. Allí aparcan los que vienen a pasar un rato.

Murat siguió las indicaciones de su padre y llegó a la zona de aparcamiento. Junto al hotel había una plaza con vistas al canal. Embarcaciones de todos los tamaños estaban amarradas en fila. Delante del canal discurría un paseo que recordaba las pequeñas avenidas costeras.

—¿Cómo puede ser? —exclamó Nermín—. Parece que estemos en Bodrum o en Antalya.<sup>[\*]</sup>

—¡Por eso elegí Bergkamen! —dijo Sedat, entusiasmado de haber recibido, por fin, la aprobación de Nermín—. Me recuerda a Bodrum y a Esmirna.

—¿Y para eso tenías que venir aquí? —repuso Murat—. Con el dinero que has invertido, podrías haberte comprado una casa en Bodrum, Esmirna o Antalya.

Su padre lo miró estupefacto, como si hubiera cometido un sacrilegio.

—Este país me ha dado de comer durante muchos años, ¿y ahora que me he jubilado, he de irme? Sería un acto de ingratitud. Es una pena que no lo entiendas, pero vosotros en Turquía no dais importancia a estas cosas.

La casa de Sedat Saglam se encontraba en una zona de viviendas de dos plantas que habían sido restauradas. Desde las ventanas del primer piso se podía disfrutar de las vistas de un parque extenso. Un parque natural, como explicó Sedat a la pareja, con gran variedad de flora y fauna local. Nermín decidió que ya

desharían las maletas más adelante. Ahora quería admirar el panorama.

—No eres justo con tu padre. Y lo haces cada vez más a menudo —dijo Nermín a su marido mientras miraban por la ventana.

—¿Yo? —se extrañó Murat—. ¿Cuándo he sido injusto con él?

—No puedes llamar agujero al lugar donde ha decidido pasar el resto de su vida. Además, no es ningún agujero. Es una pequeña ciudad tranquila, con árboles y canales. Ideal para un jubilado.

—Estaría mucho mejor en Antalya o en Bodrum y, de paso, le costaría menos dinero. ¿Acaso es lo mismo tener vistas a un canal que tenerlas al Mediterráneo? —Hizo una breve pausa—. En el fondo, lo que ocurre es que estoy preocupado. Si le pasa cualquier cosa, aquí no habrá nadie que lo ayude. Tendremos que venir corriendo de Estambul. Allí, sin embargo, estaría cerca de nosotros.

Nermín apartó la vista del parque para mirar a su marido.

—Bergkamen no es el problema y tampoco tu padre. El problema es tu relación con Alemania.

—¿Qué relación? No hay ninguna relación.

—Precisamente. No has vuelto a pisar este país desde el día en que nos marchamos. Nunca has podido perdonarles a tus compañeros de trabajo por mirarme con malos ojos porque llevo pañuelo.

—Sencillamente, nunca he podido aceptar que mis compañeros, los que conozco desde la escuela, me miraran con malos ojos. Además, ahora vivo en Estambul y Alemania ya no significa nada para mí —se apresuró a añadir, como si quisiera zanjarse el tema—. Venga, bajemos, que nos estará esperando.

Sedat había preparado café y realmente los estaba esperando.

—Bonita casa —le dijo Murat.

Al parecer, las palabras de su mujer no habían caído en saco roto e intentaba suavizar la actitud negativa que había tenido en el coche.

—Estas son las viejas casas de los mineros, que fueron restauradas. Las descubrió mi amigo Faruk. Un sábado me hizo

subir al tren y me trajo hasta aquí.

»“Es el lugar ideal para los amantes del chaquete”, me dijo. Compramos dos casas en la misma calle y nos pasábamos el día jugando al chaquete. —Soltó un suspiro profundo y agregó con voz quebrada—: Hasta hace unos días.

—¿Por qué? ¿Se ha mudado? —preguntó Nermín.

—No, ha muerto. Lo mataron. —Sedat empezó a sollozar.

—¿Lo mataron? —se extrañó su hijo, como si no pudiera creérselo—. ¿Quiénes lo mataron?

—Todavía no se sabe. Lo estuvimos buscando durante cuatro días. Al principio pensé que se habría ido a Dortmund a visitar a su hija. Pero no estaba allí y Esmé no había hablado con él en más de una semana. La policía me preguntó si sufría demencia senil, amnesia, alzhéimer... Pero Faruk tenía la cabeza bien amueblada. Al final lo encontraron muerto en un colector de aguas residuales.

—¿No sería un accidente? —aventuró Murat.

—No. Le habían dado un golpe en la cabeza. —Sedat se enjugó las lágrimas—. Trabajamos juntos en las obras durante veinticinco años, desde 1985. Él era ingeniero y yo su capataz. Éramos inseparables.

Murat lamentó que su padre hubiera perdido a su mejor amigo, pero no estaba dispuesto a interesarse en el asunto. No conocía a Faruk personalmente y su asesinato era cosa de la policía alemana.

Sin embargo, la escena que vio un mediodía en casa de su padre le hizo cambiar de opinión. Cuando entró en casa, Sedat estaba sentado en la sala de estar hablando en turco con dos tipos. Uno de ellos lucía perilla y el otro bigote. En cuanto vieron aparecer a Murat, dieron por terminada la conversación y se pusieron de pie. Antes de irse se presentaron, pero la expresión alarmada de su padre le distrajo. Ya en la puerta, el de la perilla se volvió y le dijo a Sedat:

—Ya nos hemos entendido.

Sedat se limitó a asentir con la cabeza y los tipos salieron de la casa y cerraron la puerta tras de sí.

—¿Quiénes eran? —preguntó Murat a su padre.

—Venían de una asociación religiosa turca.

—¿Y qué querían?

—Me han dicho que el asesinato de Faruk es un asunto complicado y que debo mantenerme al margen. Y que, si me entero de algo, no vaya a hablar con la policía sino que me dirija a ellos, para que me digan qué debo hacer.

Nermín contribuyó a aumentar la inquietud de Murat.

—Si quieres mi opinión, ve a la policía —le aconsejó.

—¿Y qué les digo? ¿Que han venido dos tipos para presionar a mi padre?

—Escúchame, esos hombres son peligrosos. No luchan para defender el derecho de llevar pañuelo, sino por algo mucho más grande. Esta no ha sido una visita para hablar. Ha sido una advertencia: que tu padre no se meta en líos porque corre peligro. No sé cómo se enredó su amigo con esta gente.

El oficial a cargo de la investigación se llamaba Zepp Schwarz. Cuando supo que se trataba de un colega de la policía turca, se levantó para saludarlo. El nombre de Murat no parecía sonarle de nada, a menos que hubiera quitado el sonido de sus campanillas mentales de advertencia.

—Si está preocupado por su padre, puede estar seguro de que no tuvo nada que ver con el crimen. Él y la víctima eran amigos. Habían comprado casas en la misma calle, se pasaban el día jugando al chaquete, eran inseparables.

—Entonces, ¿por qué fueron a verlo esos dos? ¿Qué razones tenían para amenazarlo, aunque fuera solapadamente?

Schwarz se encogió de hombros.

—Mire, el problema es que nosotros no podemos introducirnos en esos círculos. Funcionan como hermandades cerradas y su relación con las autoridades es poco menos que hostil. No

colaboran y eso dificulta mucho nuestras investigaciones. —Hizo una pausa y dijo, pensativo—: Salvo que tuviera que ver con la mezquita.

—¿Qué mezquita?

Schwarz se sorprendió.

—¿Su padre no le ha dicho que la víctima, Faruk Çeikhan, quería construir una mezquita?

—No me ha contado nada de eso.

El hecho de que su padre le hubiera ocultado este detalle le dio que pensar. Le preocupó también que su padre no soltara prenda por miedo a los hombres que lo habían amenazado. Puede que aquel día no fuera la primera vez, sino una nueva advertencia, de esas que se repiten para aumentar la presión y el miedo.

Schwarz lo observaba con expresión dubitativa, pero al final se decidió a hablar.

—Si quiere, usted podría echarnos una mano. A lo mejor esos hombres aceptan hablar con usted, puesto que es turco. Siempre que no sepan que ha contactado con la policía. Hágalo por su padre —le instó—, que ha perdido a su mejor amigo.

—No sé, tengo que pensármelo —respondió Murat, y se puso de pie. Sin embargo, se detuvo al llegar a la puerta—: ¿Podría ver el escenario del crimen?

—No lo mataron allí, sino que trasladaron el cadáver —explicó Schwarz—. No puedo acercarlo con un coche patrulla, pero le daré la dirección. Es una ciudad pequeña, la encontrará fácilmente.

—Porque no me pareció relevante —contestó Sedat cuando su hijo le preguntó por qué no había mencionado la mezquita—. Faruk siempre tenía ocurrencias estafalarias. La mezquita fue una de ellas. Llegó una mañana y, mientras yo disponía las fichas del chaquete, me anunció que pensaba construir una mezquita.

—¿Te dijo con quién la construiría?

—Él solo. Esto es lo más extraño. Faruk no tenía nada que ver con la religión. Cuando le pregunté cómo se le había ocurrido eso,

me contestó que en su vida había construido de todo menos una mezquita. Quería poner a prueba sus habilidades con ese proyecto.

»“Además”, me contó Faruk, “aquí todas las mezquitas están bajo el control de alguna organización. No estaría mal que hubiera alguna para los que quieren rezar sin que nadie los controle.”

Murat consideró la posibilidad de llevarse a su padre con él para que le enseñara dónde habían encontrado el cadáver de su amigo, pero enseguida descartó la idea. No tenía por qué inquietarlo sin motivo aparente. Y había otro detalle que le preocupaba todavía más. No le cabía duda de que los islamistas sabían que era policía. Si los vieran juntos junto al colector donde habían encontrado a la víctima, acabarían mosqueándose, y él no quería poner en peligro a su padre.

—¿Cuántas veces te han visitado esos tipos?

—Dos. La primera vez me dijeron que había sido un accidente. Faruk no vio la boca del colector de aguas residuales, resbaló y cayó. Claro que, en un primer momento, la policía pensó lo mismo. Más tarde concluyeron que se trataba de un asesinato, y por eso ellos han vuelto hoy, para averiguar si yo sabía algo. Y pensaba contárselo a la policía antes de que se enteraran ellos.

—¿Tienes alguna fotografía de Faruk?

Su padre lo miró extrañado, pero no dijo nada. Se levantó y salió de la habitación. Pronto reapareció con dos fotografías en la mano y se las dio a Murat. Ambas eran prácticamente idénticas, con excepción del fondo. En la primera aparecía Sedat con otro hombre, de pie delante de la casa de aquel y con copas de vino alzadas en un brindis. En la segunda fotografía aparecían las mismas personas, justo en la misma posición, aunque con una puerta distinta a sus espaldas. Obviamente, las habían tomado el día en que su padre y Faruk inauguraban sus nuevas casas. Faruk era un hombre de estatura mediana, más joven que su padre; lucía un jersey de cuello alto, una chaqueta de cuero y una cuidada perilla. Exceptuando el cabello rizado, nada en su aspecto delataba su origen turco.

«¿Qué tenía que ver ese hombre con las mezquitas?», se preguntó Murat. Pero luego se acordó de Nermín, con sus estudios informáticos y su pañuelo en la cabeza, que ganaba más dinero que él, y prefirió no contestar su propia pregunta.

—Papá, ¿puedo quedarme con una de estas fotos durante unos días?

—Quédatela el tiempo que quieras.

—Si esos tipos vuelven a llamar a tu puerta, no les abras.

Rogó a Nermín que fuera con él. Para hacerle compañía, pero también porque su mujer tenía un buen sentido de la orientación y juntos encontrarían el lugar más fácilmente. Nermín consultó el mapa de la zona y se puso en marcha muy resuelta, pero a medio camino se confundió. El colector estaba en un extremo de un terreno tranquilo y cubierto de vegetación que antaño debió de ser una zona industrial. Detrás de ellos corría la autopista que conducía a Bergkamen, desde la cual se podía divisar la chimenea de la única mina de carbón que seguía operativa.

—Por esto lo dejaron aquí —dedujo Nermín.

—Tal vez —respondió distraído Murat, y sacó el móvil del bolsillo—. Oye, papá, ¿dónde pensaba Faruk construir la mezquita? —Escuchó la respuesta de su padre y le dijo a Nermín—: Faruk estaba negociando la posibilidad de construir la mezquita aquí. Lógicamente, los turcos que residen en la zona sabían dónde pensaba edificar, y los que lo mataron quisieron demostrar lo que les pasa a aquellos que no cuentan con su apoyo.

Esta idea inquietó a Murat. Los fanáticos pueden matar, incluso son capaces de perpetrar asesinatos atroces, pero un crimen ejemplarizante no formaba parte de su *modus operandi*. Normalmente, los que cometen asesinatos ejemplarizantes pertenecen al mundo del crimen organizado. Esto podría significar que su padre no corría peligro por culpa de los islamistas fanáticos, sino por la de las mafias organizadas.

No le comentó nada a Nermín, pero su preocupación aumentó tanto que, en cuanto llegaron a casa, llamó por teléfono a Schwarz.

—Nosotros también pensamos eso al principio, pero es una hipótesis un poco traída por los pelos —le quiso tranquilizar este—. Me parece muy improbable que su padre esté en peligro. —Se produjo una breve pausa y luego Schwarz añadió con reserva—: El asesinato lo cometió uno de los suyos.

«¿Los míos?», pensó Murat. ¿Cuántas veces había oído esta expresión cuando aún trabajaba en la policía alemana? «¿Qué están tramando ahora los suyos?» Esta fue una de las razones por las que decidió dimitir e irse de Alemania. Habían pasado muchos años y nada había cambiado.

A lo largo de los días siguientes, pudo constatar que tampoco había cambiado nada en la comunidad turca. La gente seguía mostrándose cerrada y suspicaz frente a los desconocidos, aunque fueran compatriotas y correligionarios. Pasó una semana pateando los barrios turcos, entrando en los cafés y en los comercios, pero en todas partes le daban las mismas respuestas estereotipadas:

—Ya me enteré de que lo mataron. Que Dios le conceda descanso, pero yo no lo conocía en persona.

Y cuando Murat mencionaba la mezquita que Faruk pensaba construir, el muro de silencio crecía.

—Yo hago oídos sordos y me ocupo de mis asuntos —le contestó secamente un joven que tenía una tienda de productos turcos en una calleja de Wentighoffen.

Lo único bueno de esa historia era que los dos tipos no habían vuelto a visitar a su padre.

Cuando comentó sus dificultades al oficial Schwarz, este se echó a reír.

—Si no quieren hablar con usted porque es policía, aunque sea turco, imagínese cuántas ganas tienen de hablar con nosotros... —Y añadió, como si le remordiera la conciencia—: Déjelo correr. No tiene sentido continuar y no tengo derecho a aprovecharme de sus vacaciones.

Murat lo habría dejado correr si Nermín no hubiera aparecido un día con un dato nuevo.

—En Rünther hay un café en una bocacalle de la calle Runer. El dueño es un chaval que sabe algunas cosas y está dispuesto a hablar.

Murat la reprendió a voces, sobre todo porque le entró miedo.

—Pero ¿cómo? ¿Me estás diciendo que te has dedicado a investigar a mis espaldas? ¿Desde cuándo trabajas para la policía?

—No me grites —contestó Nermín enfadada—. He ido a comprarme una blusa y, cuando me he acercado a la caja para pagar, la cajera me ha susurrado que te dijera que Kemal está dispuesto a hablar. Me ha dado la dirección. Eso es todo. La chica se llama Aisé.

—Perdona, te he gritado porque me he asustado. La gente aquí tiene miedo y esto es peligroso.

«Siempre pasa lo mismo», pensó cuando estuvo más calmado. «La *omertá* va de la mano de los rumores.»

Murat encontró el café sin dificultades. Se llamaba Bonjuk y era uno de esos locales que pretenden evocar la imagen de una Turquía que solo existe en la imaginación nostálgica de los emigrantes y en las series televisivas. Esa imagen, sin embargo, no conseguía convencer a nadie, a pesar de los esfuerzos del dueño y de los asiduos del café.

En cualquier caso, era un sitio limpio y acogedor. Un grupo de cinco hombres discutía animadamente, inclinados hacia un periódico turco. Dos hombres mayores estaban sentados el uno frente al otro junto a la ventana y observaban el tráfico de la calle. Las otras mesas estaban desocupadas. Murat se sentó en el centro. Había elegido esa hora a propósito, porque sabía que habría pocos clientes.

El hombre que se le acercó para preguntarle qué quería tomar debía de rondar los treinta y cinco. Murat pidió un expreso doble y, cuando el camarero se disponía a alejarse, le susurró:

—Vengo de parte de Aisé.

El camarero fingió que no lo había oído y se alejó sin hacer ningún comentario. Murat se dio cuenta de que el grupo reunido en torno al periódico había enmudecido y lo observaba. Supuso que la siguiente reacción sería el intercambio de murmullos, y no se equivocó.

—Disculpe, he derramado un poco de café pero le he puesto una servilleta en el plato para que no se manche —dijo el camarero antes de servirle el café y volver a la barra.

Murat no le dio importancia pero, cuando quiso tomar el primer sorbo, vio que en la servilleta había unas palabras escritas en turco. No la cogió enseguida. Volvió a llevarse la taza a los labios y, aprovechando el momento en que el grupo se enzarzaba de nuevo en la discusión, se apresuró a guardarse la servilleta en el bolsillo. Le sorprendió descubrir otra servilleta limpia debajo de la primera. El ingenio del camarero lo hizo sonreír, pero no le hizo ninguna gracia el miedo que imperaba en el ambiente. Esa gente debía de vivir bajo vigilancia continua.

Después de subir al coche y alejarse del barrio, sacó la servilleta del bolsillo. Encima habían escrito con garabatos turcos: «Mañana a las ocho de la mañana en la orilla oriental del Beversee, en el parque natural».

No le hacía falta preguntar por qué el parque natural era uno de los atractivos de la ciudad. Murat dejó el coche en una bocacalle, evitando el área de aparcamiento del hotel. Entró en el parque por la entrada del canal y avanzó hacia el lago. El hombre ya estaba allí, caminando de un lado para otro mientras lo esperaba.

—Perdone que le haya hecho venir tan temprano, pero es ahora cuando podemos estar tranquilos. Usted y, sobre todo, yo. —Echaron a andar a lo largo de la orilla—. El amigo de su padre se metió en asuntos que no entendía —explicó, tras decirle que se llamaba Suat—. No conocía la ciudad, no sabía que aquí no se puede hacer nada sin que lo aprueben las organizaciones. Actuó de

buena fe, convencido de que haría una obra piadosa. Pero a veces la buena fe conduce a la muerte.

—Se trate de una casa o de una mezquita, para construir necesitas un solar, planos, obreros. Es decir, hay que hablar con la gente.

—Lo hizo. Lo que no sabía era que la gente con la que habló fue a contárselo todo a las organizaciones, para no correr riesgos. El amigo de su padre tenía un nombre turco, pero era alemán.

—¿Qué significa esto? —se extrañó Murat.

—Creía que en Alemania, cuando tienes dinero y un permiso de obras, puedes construir lo que te dé la gana sin que nadie te lo impida. Esto es cierto, pero solo para los alemanes, no para las minorías étnicas. Estas tienen sus propias leyes. Por eso no hizo caso a los que lo previnieron y luego lo amenazaron.

—Entonces, ¿quién pudo matarlo? —preguntó Murat—. ¿Tiene alguna idea?

—Mire, aquí no hay mafias. Por lo tanto, no hay asesinos a sueldo. Aunque siempre puede aparecer un fanático loco que piense que matando se convertirá en mártir.

—No pudo ser una sola persona. Lo mataron y luego trasladaron su cadáver al colector de aguas residuales. Un hombre solo no puede hacerlo.

Suat se encogió de hombros.

—No sé qué decirle. Puede que contara con ayuda.

—Le agradezco lo que me ha dicho, de veras. Usted es el único que se ha atrevido a hablar —dijo Murat para poner fin a la conversación, ya que veía que no podría averiguar nada más.

—He hablado porque estoy en deuda con usted.

Esto era lo último que esperaba oír.

—¿En deuda? ¿Por qué?

—Cuando usted era policía en Esslingen, detuvieron a un grupo de turcos y alemanes que habían intentado atracar a una pareja de ancianos en la parada del autobús. Entre ellos estaba un tal Metin Peker. Usted consiguió demostrar que Peker no había participado

en el atraco, sino que pasaba por allí por casualidad. Metín Peker es mi hermano.

—¿Cómo está ahora su hermano? —preguntó Murat, más que nada para disimular su satisfacción de que su trabajo al servicio de la policía alemana hubiera dejado huella.

—Es mecánico de coches y trabaja en un taller. —Suat le tendió la mano—. Me alegro de haber podido saldar mi deuda. Si a Metín le hubieran metido entonces en la cárcel, no sé qué habría sido de él y de mí ahora.

Le soltó la mano y avanzó hacia la salida norte. Dio unos pasos, pero se detuvo y miró a Murat, indeciso, para añadir:

—Le diré algo, pero tiene que olvidar que se lo he dicho. El que maneja los hilos en la comunidad turca es un tal Erol Kutlúyol. No se puede hacer nada sin la aprobación de Erol *abi*.<sup>[\*]</sup> Todo el mundo lo respeta, todo el mundo lo teme. Porque lo mismo es capaz de aniquilarte que de darte dinero para que abras un comercio o te compres una casa. Todos los asuntos de esta ciudad pasan por las manos de Erol.

—¿A qué se dedica el tal Erol?

—Tiene una empresa de transportes. Todo lo que va y viene de Alemania a Turquía pasa por sus manos. Dicen las malas lenguas que la empresa es una tapadera. Claro que podrían decirlo por despecho, porque no solo contrata a turcos para trabajar, sino también a alemanes, sobre todo como conductores de sus camiones. Lo único cierto es que es muy religioso.

Murat consideró su deber comunicarle al oficial Schwarz lo que le había contado Suat. El oficial alemán lo escuchó sin hacer comentarios, meneando la cabeza de vez en cuando, hasta que oyó el nombre de Erol Kutlúyol. Murat se lo había guardado para el final, igual que Suat.

—¿Kutlúyol? —exclamó Schwarz—. Esto sí que es interesante.

—¿Por qué?

—Kutlúyol colabora con la extrema derecha alemana. Sabemos que parte del dinero que invierte en su empresa proviene de ellos.

—Y contrata a conductores alemanes... —añadió Murat—. No olvidemos que el cadáver fue trasladado.

—¿Crees que fueron alemanes quienes lo trasladaron? ¿Por qué lo harían? ¿En qué les beneficiaría?

—La extrema derecha no quiere mezquitas en Alemania, como Kutlúyol no quiere nada que no cuente con su aprobación y no esté bajo su control. —De repente, preguntó como si se le acabara de ocurrir la idea—: Oiga, ¿no encontrarían huellas de neumáticos junto al colector?

—Huellas de neumáticos, no. Pero encontramos rodadas de lo que debía de ser una carretilla elevadora. No le dimos demasiada importancia, porque pensamos que la habría llevado hasta allí la propia víctima.

—Fue así como trasladaron el cuerpo al colector. Lo llevaron en coche hasta el final del asfalto, para no dejar huellas, y luego lo transportaron hasta el colector con la carretilla elevadora. Si registran los almacenes de Kutlúyol, puede que la encuentren.

—¿Quién lo asesinó? ¿Los matones de Kutlúyol que aterrorizan a los turcos? —preguntó Nermín a Murat.

Estaban solos en el coche camino de Düsseldorf, de donde salía su avión a Estambul.

—No, Erol no los metió en este asunto. Lo mató uno de sus capataces, llamado Suleimán, dentro del almacén, detrás de las oficinas. Lo llamó con el pretexto de hacerle una buena oferta de transporte para los materiales de construcción de la mezquita, lo atacó con un martillo por la espalda y lo mató. Luego llamó al conductor alemán y lo trasladaron con una camioneta hasta las inmediaciones del colector y de allí a la boca del colector con la carretilla elevadora.

—¿Qué papel desempeñó Kutlúyol en todo esto?

—El oficial Schwarz está convencido de que Kutlúyol dio la orden de asesinar a Faruk. Pero por desgracia cree que no serán capaces de probarlo; el asesino, Suleimán, insiste en que lo mató por iniciativa propia.

—Puede que el alemán hable.

—Él no sabe nada de Kutlúyol. Lo metió en el ajo Suleimán, el asesino, con el argumento de que debían impedir la construcción de otra mezquita más.

—¿Y Suleimán por qué protege a Kutlúyol?

—Porque probablemente este le ha prometido que, si no habla, cuidará de su familia mientras esté en la cárcel. ¿Quién cuidaría de tres niños pequeños, si no? ¿La mujer con el pañuelo que no asoma la nariz a la calle?

—¿Y eso qué tiene que ver? —reaccionó Nermín irritada—. Yo también llevo pañuelo y gano más dinero que tú.

Murat se echó a reír.

—Lo raro contigo no es que ganes más que yo.

—¿Entonces?

—Lo raro es que lleves pañuelo.

Nermín no contestó. Desde la autopista se podían divisar los barrios periféricos de Düsseldorf.

**Tres días**

*Lunes, 5 de septiembre de 1955*

—¿Bonito para esta noche? —preguntó Vasilis.

Sotiría descartó la propuesta sin pensárselo dos veces.

—Todavía no es temporada. Hasta mediados de septiembre el bonito no tiene chicha ni sabor. Lo pones a la parrilla y sale como un trapo seco.

A Vasilis le apetecía mucho cenar bonito, pero tuvo que reconocer que Sotiría tenía razón.

—El único pescado que se puede comer en esta época es la caballa y la sardina —añadió Sotiría, como si intuyera que Vasilis se estrujaba los sesos para encontrar un sustituto adecuado del bonito.

—Traeré sardinas —dijo Vasilis al final—. En septiembre la caballa tiene demasiada grasa.

Normalmente, la grasa del pescado no le preocupaba, como tampoco le preocupaba la grasa de su propio cuerpo, pero tras los análisis que le habían hecho a principios de verano, tras años de insistencia de Sotiría, resultó que tenía altos los índices de colesterol y de transaminasas. Vasilis no le daba demasiada importancia, aunque quería convencer a Sotiría de que se lo había tomado en serio, para evitar las regañinas... y los platos hervidos que le cocinaba.

Pasó por la pescadería del barrio para encargarle a Erol, el pescadero, que le guardara cuatro sardinas y se las enviara a casa.

—No tengo a nadie que los lleve. Que venga tu mujer a recogerlos.

A Vasilis le sorprendió su actitud. Erol solía ser amable, casi servil con los buenos clientes. Sin embargo, no le dio demasiada importancia.

«Se habrá levantado con el pie izquierdo. En cuanto le pegue una paliza a su mujer se sentirá mejor», pensó.

—Busca a alguien que nos lleve el pescado a casa —le dijo a Erol con voz casi suplicante mientras le daba unas monedas de más. El pescadero se las metió en el bolsillo sin cambiar la expresión ceñuda ni darle las gracias.

El comercio de telas de Vasilis Samartzís se encontraba en el distrito de Pera, en la esquina del pasaje Jatzópulos. Vasilis siempre iba a la tienda caminando. Pasaba por delante del consulado griego, torcía en dirección al Zografyon<sup>[\*]</sup> y de allí salía a Galatasaray, el sector europeo. Al anochecer hacía el mismo recorrido al revés, con la primera parada en el Zografyon.

Delante del consulado vio aparcados dos coches de la policía. Le sorprendió ese aumento de la presencia policial. Trató de recordar si ya estaban allí la tarde anterior. No. Estaba seguro: había pasado por delante del guardia solitario de siempre, con su expresión fastidiada de todos los días, algo entre el aburrimiento y el «a tomar por saco». Los guardias de refuerzo debían de haber llegado por la noche o a primera hora de la mañana.

Le costó no detenerse frente a la entrada. Mantuvo la mirada fija en el muro que rodeaba el patio del liceo griego y prosiguió su camino. Si se dejaba llevar por la curiosidad, esos empezarían a hacerle fotos y hasta podrían decidir seguirlo. Se acordó del consejo que le había dado Haim, su amigo judío que le vendía hilos, telas para forrar y dobladillos.

«Tú ni oyes ni ves, Vasilakis», solía decirle. «Te levantas por la mañana, te pones las anteojeras y sales a la calle mirando recto hacia delante, como los caballos de tiro.»

Los judíos, definitivamente, sabían nadar y guardar la ropa.

Siguió remontando la cuesta y torció a la altura del Zografyon. Las puertas estaban cerradas y en los alrededores imperaba el

silencio. Ni policía, ni curiosos listos para tirar piedras. Nadie. La calma le tranquilizó. Si los de siempre estuvieran tramando algo, la policía estaría vigilando también el Zografyon. Si montaban guardia delante del consulado, sería por alguna misión diplomática.

Miró de nuevo el liceo y suspiró. Ya estaban en septiembre, en pocos días abrirían los colegios.

«Se acabó el verano», pensó con alivio. «Ha sido el peor verano de mi vida.»

Vasilis y Sotiría pasaban los inviernos en su piso de Cihangir, en Estambul, y en verano alquilaban siempre la misma casa en una de las islas Príncipe, Büyükada. Ese año, sin embargo, habían pasado todo el verano en Estambul. Habían tenido que sacrificar sus vacaciones por el negocio de Vasilis, que iba de capa caída.

—No pasa nada, antes de fin de año todo se habrá solucionado —afirmaba él con gran convicción; pero Sotiría, que había pagado muchas veces las consecuencias de su optimismo tenaz, era muy escéptica.

Fue ese optimismo incurable lo que le impulsó a poner rumbo a lo desconocido. Cuando Adnan Menderes y el Partido Demócrata ganaron las elecciones en 1950, Vasilis daba saltos de alegría.

—Ya está, se ha ido el perro que quería reducirnos a todos a traperos —gritaba alborozado, refiriéndose al presidente İnönü.

En vano su padre intentó poner freno a su entusiasmo.

—Para nosotros, la esperanza es como el amor en la vejez: siempre acabas pagándola —le repetía, y le recordaba la historia de su abuelo.

Cuando allá por los años veinte del pasado siglo las tropas de la Entente entraron en Estambul, Pródromos Samartzís, el abuelo de Vasilis, dejó su comercio de telas en el pasaje Jatzópulos para ofrecer sus servicios a la coalición, porque creía que con su ayuda los griegos recuperarían Estambul. Llegó a ocupar un puesto de importancia y fue, por algún tiempo, la mano derecha de De Robeck, el alto comisionado británico. Cuando empezaron las negociaciones entre las fuerzas de la Entente y el régimen de Kemal Atatürk, los

kemalistas no querían ni oír hablar de los griegos y de los armenios, que habían colaborado con la Entente. Los consideraban traidores y propusieron que los ingleses y los franceses se los llevaran consigo, bajo amenaza de juzgarlos por alta traición y condenarlos a la horca si se quedaban. Pródromos Samartzís ocupaba un lugar destacado en la lista de proscritos de los kemalistas.

El miedo y la inseguridad turbaron las succulentas cenas de los arciprestes del santo sínodo y las veladas festivas del alto comisionado. Pródromos salió de casa una mañana y nunca volvió. Eleni, su mujer, y Savas, el padre de Vasilis, temieron lo peor: que lo hubieran detenido los kemalistas. Madre e hijo hicieron la ronda de las comisarías de policía, pero no lo encontraron. Su nombre no figuraba en ningún registro.

—Ha huido a Grecia y os ha dejado aquí solos para que os las apañéis —les dijo con malicia un poli, comisario de la Jefatura de Seguridad.

Eleni, sin embargo, convencida de que Pródromos no había huido, siguió buscándolo. Fue al alto comisionado de Gran Bretaña, llamó a la puerta de la comandancia de la Entente, hasta solicitó entrevistarse con el Patriarca... En todas partes cosechó la misma desazón. Pasadas dos semanas, Pródromos aún no daba señales de vida, y empezaron a circular muchos rumores. Primero dijeron que el alto comisionado lo había ayudado a escapar, pero que lo mantenían en secreto para que no se supiera que habían sacado del país a un súbdito otomano, cosa que habría puesto en peligro a su familia. Pero un simple rumor no bastaba para explicar la desaparición de un miembro tan destacado de la comunidad griega. Así que pronto se le añadió otro, sobre una presunta relación amorosa de Pródromos con la secretaria inglesa del alto comisionado. Poco a poco, este segundo rumor fue imponiéndose, sobre todo después de verse corroborado por otro acontecimiento. Cuando Savas, el hijo, inició los trámites para poner al día las propiedades y pertenencias de su padre, descubrió que Pródromos Samartzís había vendido todos sus bienes inmobiliarios, con

excepción del comercio del pasaje Jatzópulos y otro que tenía en Galatás. El asunto quedó zanjado dejando una sospecha sin confirmar en la mente de la comunidad entera: ¿por qué habría vendido tantas propiedades si no era para empezar una nueva vida en otra parte?

Al final, las investigaciones que no daban resultado, por un lado, y los rumores sobre la secretaria inglesa, por el otro, llevaron a Eleni a la desesperación. Se encerró en su casa de Mega Rema, bajó las persianas y prohibió que la familia volviera a pronunciar el nombre de Pródromos nunca jamás.

El peso entero de la situación familiar cayó sobre las espaldas de Savas, que entonces apenas tenía veintiocho años. El chico vendió la tienda de Galatás y se quedó solo con el comercio del pasaje Jatzópulos, el primero y más pequeño de todos. Luego inició una lucha para enmendar la mala fama de su padre entre los turcos. Cortó las relaciones con el Patriarcado y con los curas papanatas, como los llamaba, procuró que su hijo, Vasilis, aprendiera el turco a la perfección y no lo mandó a estudiar ni a la Gran Escuela del Helenismo ni al Zografyon, sino a la Saint Joseph, la escuela francesa. Su hija Anna fue a las monjas de Notre Dame de Sion, se casó con un ingeniero francés y ahora vivía en Marsella.

Aunque la familia no se volvió turca, como decían las malas lenguas de la comunidad griega, sí mantuvo sus distancias con los asuntos comunitarios y eclesiásticos del grupo heleno. Con el paso del tiempo se olvidaron de Pródromos y dejaron tranquilo a Savas.

A pesar de estas distancias respecto a los asuntos griegos y en contra de los consejos de su padre, el odio por el Partido Popular de İnönü ardía en el alma de Vasilis, como en la de todos los griegos. Esto explica en parte su entusiasmo cuando el Partido Demócrata ganó las elecciones. Vasilis, que había heredado el negocio de su padre, compró la tienda contigua en el pasaje Jatzópulos, instaló una sastrería en el altillo y contrató a un sastre armenio con sueldo y comisiones.

—¿Por qué vender las telas y no aprovechar su confección? — se justificó ante su padre, que veía ese tipo de aperturas con mucho recelo.

—En Turquía te levantas un buen día y descubres que te has estado arruinando sin darte cuenta —le decía él a su hijo, pero este fingía no entender, porque creía que su padre era el típico griego conservador que tenía miedo de su propia sombra.

A lo largo de los primeros años, los acontecimientos parecieron dar la razón a Vasilis. El negocio iba viento en popa, la gente se vestía bien, comía bien, vivía bien. La clientela había aumentado, los centros de veraneo en el Bósforo y en las islas Príncipe se llenaban de veraneantes y Vasilis se congratulaba a diario por haber tenido buen ojo y haber ampliado el negocio en el momento oportuno. El éxito profesional combinado con la confianza en sí mismo lo impulsó a comprar el piso de Cihangir. En cuanto a su padre, murió antes de tiempo a causa de un derrame cerebral, albergando sentimientos encontrados hacia su hijo. Por un lado, se alegraba de la prosperidad de Vasilis; por otro, no conseguía librarse de un mal presentimiento que lo atormentaba un día sí y otro también, y que, por fortuna para él, solo resultó ser acertado después de su muerte.

Los ciclos históricos se cierran con grandes celebraciones o, por el contrario, con grandes tragedias. El ciclo en cuestión se cerró en 1952 con una gran fiesta con motivo de la visita de los reyes griegos a Turquía. Al anunciarse el viaje de Pablo y Federica, el pánico reinó en la comunidad griega de Estambul. ¿Cómo debían reaccionar a eso después de todos los tormentos a los que habían sido sometidos? ¿Debían salir a las calles para celebrarlo, encerrarse en sus casas para no provocar o fingir indiferencia para no pagar de nuevo los platos rotos?

El dilema se resolvió cuando el Ministerio de Educación dio la orden de que todos los colegios de Estambul participaran en la recepción, incluidos los griegos. Entonces los griegos se atrevieron a salir a la calle portando banderas turcas y griegas. El entusiasmo,

los vítores y las aclamaciones fueron tales que a Pablo casi se le cayó el monóculo del ojo. Federica salió con su séquito a dar un paseo por Pera y entró en las tiendas de los griegos, que inundaban las aceras y la invitaban a entrar diciendo: «También en la mía, majestad, también en la mía». Ni que estuvieran pescando clientes en Kapaliçarsi,<sup>[\*]</sup> como dijo Vasilis con ironía. Él fue uno de los pocos que no salió a la acera: su padre le había enseñado a poner freno a sus arrebatos helénicos.

Finalmente, Federica entró en una tienda regentada por Jorósoglu, que vendía trajes de novia y regalos de boda un poco más arriba de San Antonio, enfrente de la Virgen, es decir, la iglesia de la Virgen de Pera. Incluso le hizo el favor de dejarse fotografiar con él delante de un traje de novia y un par de diademas. Cuando la pareja real se marchó de Estambul, Jorósoglu hizo ampliar la fotografía y la colgó de la pared de su tienda flanqueada por dos banderas, una turca y la otra griega. Debajo de la fotografía colocó un rótulo explicativo que rezaba: «Nuestra soberana en nuestro comercio».

Aquel fue el último esplendor que conocieron los griegos de la ciudad. Al año siguiente surgió el conflicto de Chipre, con una blandura inicial que los engañó y los adormeció a todos.

—Ya se apañarán —dijeron de los chipriotas, y se encogieron de hombros con indiferencia.

El hecho de que los chipriotas hubieran recurrido a las armas bastaba para que los condenaran en silencio. Tras la Gran Catástrofe y el descalabro de la Entente, los griegos habían desarrollado un profundo sentimiento de repulsa por las armas, las rebeliones y los «valientes de tres al cuarto», como los llamaban. Además, les resultaba inconcebible que los chipriotas quisieran zafarse del ala protectora de los británicos para hundirse en la miseria de los griegos.

Vasilis tenía un motivo más para estar receloso. Una prima de su madre, la tía Aretí, vivía desde 1943 en la ciudad chipriota de Lárnaka con su marido, un súbdito británico de origen maltés. Aretí

enviaba desde Chipre a la madre de Vasilis cartas llenas de horror por la crueldad de la EOKA, la Organización Nacional de Combatientes Chipriotas, que asesinaba a gente inocente, incendiaba casas y robaba de manera indiscriminada.

—¡Malditos sean! —despotricaba Sofía, la madre de Vasilis—. ¿Por qué no les dejan vivir en paz? Pero así son ellos, el buen vivir los ha vuelto subversivos.

Por mucho que los griegos dijeran que la cosa no iba con ellos, les carcomía la angustia. Presentían que el mal estaba cerca.

—Si los griegos se meten en líos en cualquier rincón del planeta, nosotros acabamos pagando el pato —decía Vasilis resignado, y pronto la realidad le dio la razón.

Una mañana, camino de la tienda, leyó en el diario *Hürriyet* que los turcochipriotas querían un Estado independiente. Reclamaban la parte de la isla que les correspondía.

«¿Acaso los turcos son tan tontos como para aceptar renunciar a Gran Bretaña y unirse a la miseria de Grecia?», se preguntaba Vasilis, y él mismo se contestaba que no, que los turcos no eran tontos. «Idioteces como esta solo se les ocurren a los clérigos como Makarios», concluía. Cuando las cosas se ponían feas, se acordaba siempre de las tribulaciones de su abuelo y llegaba invariablemente a la misma conclusión: la culpa de todo la tenían la Iglesia y Fanari.

[\*] Transcurridos tres meses, intentaba no mirar siquiera los titulares de los periódicos, aunque le atrajeran como un imán. Jorósoglu retiró la fotografía de la «soberana» y puso en su lugar los retratos del presidente Celal Bayar y del primer ministro Adnan Menderes, con una bandera turca colgada de una cuerda entre ambos.

—Que Dios nos ampare —dijo Vasilis con amargura cuando vio los cambios.

—La bandera —le corrigió Jorósoglu—. Es la bandera la que nos protegerá, junto con las fotografías de aquellos que odiamos. A los que amamos los guardamos en casa, lejos de las miradas hostiles.

Y, puesto que la política y la economía son como las uvas que maduran colgadas de un mismo racimo, junto con la situación

política se torció la económica. El gobierno de Menderes había eliminado todas las barreras comerciales y aquello había contribuido a un crecimiento económico transitorio. Todo el mundo empezó a esgrimir el único argumento convincente que sirve en estas ocasiones: el «milagro». El único que no se lo creía era Andranik, un amigo armenio de Vasilis que tenía una pequeña manufactura de camisas en la calle Balo.

—Los grandes milagros duran tres días —sentenciaba cada vez que salía el tema, meneando la cabeza con escepticismo—. Mira nosotros. Vitoreamos por adelantado el Estado que íbamos a conseguir y, al final, acabamos la mitad masacrados y la otra mitad sometidos al turco.

Los demás contertulios se lo tomaban a broma, sobre todo los griegos después de la visita de la pareja real, pero en los Balcanes siempre acaban teniendo justificación los pesimistas, los que no creen en tiempos mejores, los que dudan de la validez de los buenos augurios, los cenizos, los testarudos y los míseros. Y los temores de Andranik demostraron estar justificados.

La economía no resistió la presión, las reservas bancarias en divisas se agotaron, el dinero de Vasilis quedó atrapado en el banco y él se quedó sin mercancía, porque, habiendo depositado su dinero en liras turcas, el banco no tenía divisas para abonárselo. Por si fuera poco, tenía que pagar las letras del piso de Cihangir, deuda a la que no podía hacer frente. Con el estallido de la crisis en Chipre, los negocios se resintieron, porque los turcos boicoteaban las tiendas griegas y los griegos de Estambul preferían guardarse el dinero para mandarlo clandestinamente a Grecia.

—Esos son capaces de echarnos con lo puesto —decían—. No sería la primera vez.

Vasilis sacrificó sus vacaciones en Büyükada y luchó por salvar primero su negocio y luego el piso de Cihangir. Tímidamente, había propuesto a Sotiría pasar las vacaciones de verano en el Bósforo, en casa de su madre. Sotiría, sin embargo, no quería oír hablar del tema. Sus relaciones con su suegra nunca habían sido buenas y no

tenía ganas de amargarse el verano. Mil veces mejor quedarse en el piso de Cihangir.

—Hoy he visto algo que me ha sorprendido —dijo Vasilis a Andranik mientras almorzaban.

Puesto que la tienda permanecía abierta hasta las ocho o las ocho y media de la tarde, a mediodía se tomaban una hora para almorzar. Además, ahora que se suponía que estaba haciendo régimen, Vasilis aprovechaba para comer todo aquello que le estaba prohibido en casa.

Antes, cuando los negocios iban bien, Vasilis solía comer un menú de degustación en un local que estaba junto al pasaje Jristakis, o la Galería de las Flores, como lo llamaban los turcos, porque les resultaba inadmisibles que una galería comercial, la más hermosa de Pera, llevara el nombre de un griego. Ahora que había tenido que apretarse el cinturón, comía en una taberna de Kaliontzí Kuluk en compañía de Andranik, que era uno de los asiduos. Al principio iba con el corazón encogido, porque lo vivía como la confirmación de su declive comercial. Pronto, sin embargo, tuvo que reconocer que Andranik tenía razón. La comida de la taberna era tan buena como aquella de degustación. Puede que no tuvieran la misma variedad de platos, pero usaban más aceite y mantequilla, cosa que Vasilis valoraba especialmente, ya que siempre decía que la buena comida necesita su grasa.

—¿Qué te ha sorprendido? —preguntó Andranik.

—Han reforzado la guardia delante del consulado griego.

—¿Cuándo? —inquirió su amigo, alarmado.

—Creo que esta mañana. Ayer solo había un policía. Esta mañana he visto dos coches patrulla.

La mirada de Andranik reflejó más inquietud.

—¿Crees que deberíamos recoger los bártulos y volver a Estambul?

Vasilis recordó que Andranik se iba de vacaciones a Proti, como la mayoría de los armenios, y sintió algo parecido a una punzada de

envidia.

—Y tú..., ¿por qué tienes miedo? —le preguntó casi con hostilidad—. ¿Desde cuándo los armenios se preocupan por Chipre?

—Los tres mosqueteros —contestó herméticamente Andranik mientras se llevaba a la boca un pedazo de pimiento relleno de carne picada.

Vasilis, a su vez, había pedido *türlü güveç*<sup>[\*]</sup> para poder engañarse a sí mismo diciéndose que tomaba verduras, obviando los trozos de cordero que había en el plato. Las palabras de Andranik le sorprendieron y se quedó con el tenedor suspendido entre la comida y la boca.

—¿A qué viene esto de los tres mosqueteros? —quiso saber.

—¿No sabes lo que decían los tres mosqueteros?

Vasilis recordaba vagamente a D'Artagnan, Porthos y Aramis, y otro más cuyo nombre se le escapaba, recordaba también que *père* Laurent les había contado cosas de aquella época, pero no se acordaba en absoluto de lo que decían los tres mosqueteros ni de por qué se decían tres cuando, en realidad, eran cuatro.

—Y se supone que estudiaste en la Saint Joseph —dijo Andranik con ironía—. ¡Pero si me acuerdo yo, que me gradué en el instituto armenio Getronagan!

—Te felicito. Ahora cuéntame lo que decían y acabemos con esto.

—Todos para uno y uno para todos.

—¿Y qué tiene que ver eso con Chipre?

—En este país los armenios, los griegos y los judíos somos los tres mosqueteros. Si uno de nosotros mete la pata, lo pagan los tres. Y cuando los turcos quieren castigar a uno, castigan a los tres. Ahora quieren castigaros a vosotros por lo que hacen los vuestros en Chipre y ya verás, nos castigarán a todos. —Tomó un pedazo de pan y empezó a rebañar la salsa que le quedaba en el plato—. Los tres mosqueteros —repitió—. Aunque al revés. Nosotros no damos leña como la daban ellos; a nosotros nos la dan.

Vasilis sabía que los temores de Andranik estaban justificados, pero volvió a buscar refugio en el optimismo.

—No te preocupes, ya se aclararán en Londres. Por eso se han reunido allí. Solo faltaba que los ingleses y los norteamericanos permitan que se maten los musulmanes con los griegos por un puñado de chipriotas de mierda.

Andranik pensó soltar algún comentario en torno a su ingenuidad, que siempre le traía problemas, pero optó por callar y siguió comiendo su arroz con leche. Tenía debilidad por el arroz. Comía el kebab con arroz y tomaba arroz con leche de postre o pedía tomates rellenos de arroz y también arroz con leche de postre.

Cuando Vasilis volvió a la tienda, se encontró a Antonis, su empleado, comiendo en un rincón el almuerzo que se traía de casa. Todas las mañanas su mujer le preparaba un *sefertasi*, un recipiente metálico envuelto en una servilleta blanca impecable con las puntas atadas en nudo para que pudiera llevarlo. Como no tenía medios para calentar la comida en la tienda, solía prepararle guisos que se pueden tomar a temperatura ambiente. Cada día Vasilis se sorprendía de que Antonis consiguiera llevar el almuerzo desde Hasköy hasta Pera sin derramar ni una gota, primero en el barco del Cuerno de Oro, luego en el Túnel, el metro liliputiense que comunicaba Galatás con Pera, y finalmente caminando hasta el comercio. Cuando terminaba de comer, lavaba la cuchara y el tenedor, que solía guardar en el almacén, y luego lavaba el *sefertasi*, que envolvía otra vez en la servilleta para llevárselo a casa.

Hoy, sin embargo, no pudo terminar de comer: lo interrumpieron dos *hanums*<sup>[\*]</sup> cuarentonas que entraron en el comercio. Vasilis se dirigió a la caja y se sumió en sus cálculos. Dejó el campo libre a Antonis, porque sabía que era mejor vendedor que él, más complaciente y convincente.

—Yo quiero una tela beis clara para hacerme un abrigo de entretiempo. Y mi amiga, tafetán verde para un vestido de fiesta.

Antonis empezó a bajar rollos de tela de los estantes para desplegarlos delante de las mujeres. A una no acababa de convencerle el color y a la otra el tipo de tela, y le hacían bajar rollos y más rollos al mostrador. Vasilis se dio cuenta de que se habían topado con dos *díscolas*, como llamaba a las clientas quisquillosas, y dejó los cálculos a un lado para ayudar a Antonis. Al final, una de las dos *hanums* eligió la tela que quería comprar.

—¿Cuánto vale? —preguntó a Antonis.

—Veinte libras el metro.

Mientras tanto, la *hanum* se había percatado de que el jefe era Vasilis. Se volvió y le echó una mirada llena de ira y de odio.

—Sois unos ladrones —gritó—. Tantos años desplumándonos.

—¿Por qué dice eso? —protestó Vasilis—. La tela viene de Inglaterra, comprébelo usted misma —y le enseñó el sello en una esquina—. Es el último rollo, ya no traemos estas telas, vendemos solo productos locales. Usted ha pedido una tela de calidad. Si la quiere de aquí, se la enseño. Son más baratas.

—Sois unos ladrones —repitió la *hanum*—. Y con el dinero que nos robáis ayudáis a los grecochipriotas. Deberíamos echaros a todos.

Como para hacer realidad su deseo, se abrió la puerta del comercio y entró un policía de uniforme, como si hubiera caído del cielo.

—¡Quiero que detenga a este infiel, señor policía! —gritó la *hanum* en tono triunfal.

—¿Por qué habría de detenerlo? —preguntó el policía sin perder la calma.

—Porque me está robando.

—¿Qué le ha robado?

—Pide veinte libras por esta tela. Es un contrabandista.

—En Turquía solo se fija el precio del pan. Las demás mercancías se venden a precio libre —contestó el policía fríamente—. Si le parece cara, no la compre.

La *hanum* estaba tan convencida de que el policía la defendería a ella y no al griego que por un momento se quedó atónita. Luego apartó la tela de un empujón y espetó, fuera de sí:

—¡No la compro!

Después se volvió hacia su amiga, que observaba la escena estupefacta, la agarró del brazo y la arrastró fuera de la tienda mientras esta echaba una última mirada nostálgica al tafetán que dejaba atrás.

—Gracias, *commisser bey* —dijo Vasilis cuando se fueron las mujeres.

A pesar de que conocía a Metín Yolkanat desde hacía un lustro, Vasilis no lo llamó por su nombre de pila, «Metín *bey*», sino por su rango, «*commisser bey*», señor comisario, para mostrar su respeto por las autoridades.

El policía había aparecido un día en el comercio vestido de uniforme.

—Me han dicho que tienes las mejores telas de Pera —dijo a Vasilis, que era como decir que tenía las mejores telas del país, ya que no se podían encontrar en ninguna parte mercancías mejores que las de Pera—. Yo soy policía y voy siempre de uniforme. No entiendo de paños. Por eso he venido a verte. Quiero hacerme un traje para la ceremonia de circuncisión de mi hijo. No te rías.

Vasilis no solo no se rio, sino que tampoco quiso aceptar dinero por la tela ni por la confección del traje. El comisario insistió moderadamente, Vasilis se negó en redondo y así acordaron el obsequio. El comisario quedó tan satisfecho de la tela y de la confección que desde entonces, cuando se encontraba en la zona, pasaba siempre a saludar a Vasilis. Así acabaron entablando «casi» una amistad, siendo el «casi» el límite que permitía amistades entre los turcos y los griegos. Claro que aquella amistad se había fundamentado sobre la hipocresía de ambos, pero quizá por eso fuera más honesta. El comisario sabía muy bien que Vasilis nunca le pediría dinero y Vasilis también sabía que el policía lo compensaría haciéndole favores en los momentos difíciles.

—Vasilis, las cosas están complicadas y debes tener cuidado — le dijo el comisario, ahora ceñudo.

—Ya lo sé, pero ¿qué puedo hacer? ¿Cerrar la tienda?

—Ni se te ocurra, sería aún peor.

—¿Y entonces, *commisser bey*? ¿Qué puedo hacer cuando el otro tiene ganas de pelea? Aunque le hubiera regalado la tela, esta mujer encontraría un pretexto para discutir.

—Si te topas con gente pesada, diles: «Lo siento, no tengo lo que busca», aunque en realidad lo tengas.

«Es fácil hablar», pensó Vasilis. «Pero yo necesito vender para salvar mi casa. Aunque... qué más da», completó su pensamiento. «Así es este país. Siete años de bonanza y buena vida y siete años de miseria.»

—¿Crees que empeorarán las cosas, *commisser bey*? — preguntó al policía.

Este se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Soy policía, no político. —Hizo una pequeña pausa, como si quisiera pensárselo, y añadió—: Aunque algo me dice que no se pondrán de acuerdo en Londres.

Vasilis cerró la tienda con aquella amarga idea en la cabeza. Rechazó la propuesta de Jorósoglu, que vivía a un par de manzanas, de caminar juntos hasta Cihangir, con el pretexto de que debía pasar por Nişantaşı. Jorósoglu tenía la manía de hablar griego en la calle.

—¿Acaso los turcos me van a prohibir hablar mi propia lengua? —voceaba indignado.

Vasilis, sin embargo, prefería hablar en turco, para que nadie lo detuviera en medio de la calle y le echase en cara aquel maldito: «¡Habla turco, patriota!».

Así que tomó el autobús para Nişantaşı, pero bajó en Taksim y siguió andando por Sirá Selviler hasta llegar a Cihangir. En parte estaba contento de no haber pasado por delante del consulado griego y de haberse librado de las miradas severas de los polis recelosos.

—¿Erol ha traído ya el pescado? —preguntó Vasilis en cuanto entró en su casa.

—A propósito, ¿qué mosca le ha picado a ese?

—¿Por qué?

—«De parte de tu marido», me ha dicho, y me ha tirado el pescado a la cara. Poco ha faltado para que cayera al suelo y lo ensuciara todo.

—*Boşver*, no hagas caso —respondió Vasilis en el grecoturco de Estambul—. Cría cuervos y te sacarán los ojos. Ellos mismos lo dicen, algo sabrán.

Se plantó delante de la radio esperando con impaciencia las últimas noticias de Londres. Había declaraciones de Fatin Rüştü Zorlu, el ministro de Exteriores, quien afirmaba que la insistencia de los griegos en la Unión era el gran obstáculo a la hora de encontrar una solución, y que Turquía jamás dejaría de defender los derechos de «nuestros hermanos turcochipriotas». No hubo declaraciones de Evánguelos Avérof, el ministro de Exteriores de Grecia, pero, aunque las hubiera habido, seguramente los turcos no las retransmitirían.

—¿Empiezo a preparar el pescado? —preguntó Sotiría.

—Empieza —respondió Vasilis mientras intentaba sintonizar Atenas, pero lo único que se oía eran ruidos e interferencias ensordecedores.

Su mal humor, que había comenzado por la mañana al ver a los policías delante del consulado griego y se había agravado con el incidente de las dos *hanums*, tocó fondo. Sin embargo Vasilis, como todo ciudadano griego que se precie, sabía que el mejor remedio contra el mal humor es una buena comida.

—¡Con rúcula! —exclamó satisfecho cuando vio la ensalada—. Ideal para acompañar el pescado.

*Martes, 6 de septiembre de 1955*

Al día siguiente, Vasilis vio que Jorósoglu lo esperaba en la esquina de la calle Turnacibaşı, donde se encontraba el consulado griego. Se sorprendió porque, a diferencia de él, que se complacía en abrir el comercio en persona todas las mañanas, Jorósoglu dejaba que abrieran sus empleados y él aparecía media hora más tarde, porque le gustaba dárselas de amo.

—¿Has oído las noticias? —preguntó en griego en cuanto Vasilis se le acercó.

—No —respondió este secamente.

No quería hablar en griego en medio de la calle, pero decidió mantener la calma.

—Me ha llamado un primo de Atenas —continuó Jorósoglu.

Pero Vasilis lo interrumpió:

—¿Por qué no hablamos en turco? Así no nos soltarán ninguna burrada que nos ponga de mala leche.

—De esto tenemos que hablar en griego —insistió Jorósoglu—. Mi primo me ha dicho que alguien puso una bomba en la casa de Atatürk en Salónica.

—¿Cuándo?

—Ayer, pasada la medianoche.

Vasilis sintió que su cuerpo se paralizaba. Tuvo que apoyarse en la pared de una verdulería para no caer redondo al suelo.

—¿Y ahora qué? —farfulló.

Jorósoglu se encogió de hombros.

—Dicen que alguien la introdujo en la casa. Según mi primo, la pared de la casa de Atatürk es muy alta y es imposible lanzar una bomba desde fuera.

Mientras hablaba, Jorósoglu torció por inercia hacia Turnacibaşı, pero Vasilis lo retuvo.

—Mejor por Taksim.

—¿Por qué? —se extrañó Jorósoglu.

—Para no pasar por delante del consulado. No tengo ganas de ver sus jetas.

—Estás loco si piensas que los turcos me obligarán a cambiar de camino. ¡A la mierda esos cabrones!

Se separaron en la esquina y Jorósoglu siguió su camino indignado, sin saber muy bien si la indignación se debía a los turcos o a Vasilis, que se había muerto de miedo.

Vasilis remontó Sirá Selviler y torció por la calle Meşelik. Dejó atrás el colegio Zappion para chicas y se detuvo en la entrada de la Santa Trinidad. Atravesó el patio y entró en la iglesia para encender una vela y darse ánimos. En el interior del templo se percibía aquel murmullo indefinido que suena siempre cuando la iglesia está vacía. Vasilis se detuvo en la nave central y dejó que el murmullo le acariciara los oídos. Se acordó de su abuelo, a quien no había llegado a conocer. Algunos lo admiraban, para ellos era el legendario Pródromos Samartzís que había luchado por la comunidad griega, y otros lo consideraban un megalómano oportunista que, al final, abandonó a su familia para irse con una inglesa relamida.

A Vasilis le daba igual quién fuera en realidad su abuelo, si un héroe o un gallina. Lo que le asustaba era ver que aquellos días negros que lo habían convertido en héroe o en gallina y que habían sumido a su familia en un prolongado luto recomenzaban su ciclo macabro.

Y, sin embargo, todo estaba tranquilo en Pera. Vasilis se fijó en otra cosa. Las tiendas habían abierto como todos los días, la muchedumbre se apretaba en las aceras, los coches y autobuses

avanzaban pitando y en el pasaje Jristakis los bebedores matutinos habían dispuesto el *raki*<sup>[\*]</sup> y las tapas encima de los barriles y ya habían empezado a beber.

En la tienda imperaba la tranquilidad de siempre. Antonis y el sastre armenio lo saludaron como de costumbre. Vasilis supuso que la noticia de la bomba que había estallado en casa de Atatürk aún no se conocía. Eso le alivió un poco, aunque en menos de dos horas su estado de ánimo se derrumbó de nuevo, no porque hubiera sucedido nada malo, sino porque eran las once pasadas y todavía no había entrado ni un solo cliente. Con Antonis no tenía de qué hablar: estaban sentados en silencio, cada uno en su rincón, y eso reavivó los malos pensamientos en la mente de Vasilis.

El tedio siguió hasta las dos de la tarde, cuando hizo su aparición el comisario. Miró a Antonis y le dijo en tono de superior turco que se dirige a un subordinado turco:

—Ve a buscarme un café.

Antonis se levantó en silencio para ir al café del pasaje Jatzópulos. En cuanto se quedaron a solas, la expresión del comisario cambió.

—Cierra y vuelve a tu casa —dijo a Vasilis—. Habrá jaleo.

A Vasilis se le trabó la lengua y fue incapaz de articular palabra. El comisario miró a su alrededor para cerciorarse de que, en efecto, estaban solos, y continuó:

—Algún idiota de los vuestros ha puesto una bomba en la casa de Atatürk en Salónica.

Vasilis aún no podía hablar. Se limitó a asentir con la cabeza, en un gesto que oscilaba entre la indignación y la desesperación.

—No sé qué me cabrea más —prosiguió el policía—. La bomba que han puesto en la casa paterna del fundador de la democracia turca o el hecho de tener que pasar la noche pateando las calles para intentar contener al gentío enfurecido. Así que busca un pretexto para mandar a tu empleado a casa y cierra. Pero, cuidado, ni una palabra a nadie. —Consultó su reloj—. Ahora son las dos. A

las cuatro sale el *Istanbul Express* con la noticia. Después, que Dios nos ayude.

Cuando reapareció Antonis, el comisario ya no estaba allí.

—¿Se ha ido? —preguntó a Vasilis, extrañado.

—Sí. ¿Por qué no te acercas al almacén para ver cuántos rollos de tela inglesa nos quedan? No te preocupes por la tienda, ya cerraré yo.

Antonis aceptó de buena gana. El almacén se encontraba en un callejón estrecho de Kasimpaşa, a orillas del Cuerno de Oro, y desde allí continuaría a pie hasta su casa, que estaba en la misma dirección.

Vasilis encontró un pretexto para alejar también a Karnik, el sastre armenio, y luego echó el cerrojo y bajó las persianas. Se disponía a emprender el camino a su casa cuando, de pronto, se acordó de Jorósoglu. El hombre le había dado la noticia esa misma mañana; era su deber devolverle el favor. En lugar de dirigirse a Taksim, torció a la derecha hacia San Antonio. Todo y todos mantenían la calma habitual. Vasilis se preguntó si la preocupación del comisario no sería exagerada.

«A lo mejor me quiere vender un favor para cobrarlo luego en forma de traje», pensó con malicia, pero enseguida descartó la ocurrencia.

Si el policía quería un traje, iría a la tienda a escoger tranquilamente la tela, dejaría la confección en manos del sastre armenio y, al final, preguntaría «¿Cuánto vale?» para que Vasilis le respondiera al instante: «Nada, *commisser bey*, que tengas salud para lucirlo».

Jorósoglu estaba ocupado atendiendo a una joven armenia que se probaba vestidos de novia bajo la vigilancia y las críticas de su madre, una mujer de pechos generosos y nariz prominente. Los dos empleados estaban también ocupados, ya que Jorósoglu opinaba que, cuando entra un cliente, todo el personal tiene que volcarse en servirlo. Cuando por fin se despidió de la joven armenia y de su

madre, con profusos agradecimientos y reverencias, se volvió hacia Vasilis.

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó sorprendido, porque Vasilis raras veces iba a verlo a la tienda. Acto seguido se acordó de su conversación de la mañana y lo miró preocupado—. ¿Hay novedades?

Vasilis miró a los dos empleados de la tienda.

—*Les enfants* —susurró a Jorósoglu. Era la clásica advertencia de los griegos cuando querían hablar de algo confidencial que no debía llegar a oídos de los niños y, por extensión, de los indeseables. Jorósoglu, sin embargo, reaccionó con esa actitud de potentado que le gustaba asumir en los momentos difíciles.

—Son como mis hijos —dijo señalando a los dos hombres—. No tengo secretos con ellos.

«Son como tus hijos porque les das la paga en lugar de un sueldo», pensó Vasilis con malicia antes de contarle lo que le había dicho el comisario.

—¡Ni cierro la tienda ni me voy a ninguna parte! ¿Qué crees que me harán los rufianes?

—Piensa en tus hijos —dijo Vasilis, y se marchó.

Enfiló el camino a su casa con la tranquilidad de haber cumplido con su deber. A fin de cuentas, así era Jorósoglu. Tan pronto se hacía el valiente y colgaba el retrato de Federica de la pared, como se moría de miedo y colgaba las fotografías de Bayar y Menderes. Por su parte, él no colgaba a nadie más que a Atatürk, cuya fotografía estaba en todas partes.

«Mientras vivía Atatürk, teníamos la cabeza tranquila», pensó. «No se movía ni una mosca. Ahora, entre Pablo y Federica, Bayar y Menderes, el mierda de Makarios y el Karamanlís ese, estamos todos revueltos y hechos ensaladilla rusa.»

En el cruce de Galatasaray el ambiente estaba aún más tranquilo. En las dos grandes avenidas, la Boğazkesen, que subía del Bósforo, y la Hamalbaşı, en el distrito griego, la circulación seguía su ritmo habitual. En dirección a Hamalbaşı se podían ver

parejas de mujeres que caminaban del brazo sin decir palabra. Así caminaban las mujeres griegas por la calle. No abrían la boca y se tomaban fuertemente del brazo por un temor instintivo de ser asaltadas por desconocidos si se separaban.

Pensaba dirigirse de nuevo a Taksim. Solo se dio cuenta de que seguía su trayecto habitual cuando vio el Zografyon a su izquierda. Su primera reacción fue retroceder y continuar hacia Taksim, pero prevaleció el síndrome Jorósoglu.

«¿Es que ahora nos está prohibido pasar por delante del consulado griego?», pensó. «¿Quién sabe que soy griego? Y si lo saben, me importa un carajo.»

Vio la misma policía que le había sorprendido el día anterior: dos coches patrulla más el centinela. Sintió que lo miraban aunque, seguramente, solo era su impresión, ya que pasó de largo con la mirada fija hacia delante y sin variar el rumbo.

«Esto solo bastaría para que me fichen como griego», pensó mientras caminaba. «Cualquier turco se habría parado para curiosear.»

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó Sotiría, inquieta al verlo llegar tan pronto a casa.

Vasilis le repitió lo que le había contado el comisario.

—¡Que Dios nos ampare! —dijo la mujer, y se santiguó—. Llegan días en que tendremos que buscar refugio en las iglesias, como cuando cayó Constantinopla, recuerda lo que te digo.

De repente, la palabra «refugio» tintineó en los oídos de Vasilis.

—Vístete, tenemos que ir a casa de mamá —apremió a Sotiría—. No podemos dejarla sola en estos momentos.

—¿Por qué?, ¿cuál es el problema?

—¿Y si pasa algo?

—¿Qué va a pasar? Todos los alborotos de Estambul tienen lugar a dos calles de aquí, entre el consulado griego y Taksim. Protestas, disturbios, manifestaciones, todo sucede allí. ¿Has visto alguna vez una manifestación en Mega Rema? Si tu madre viviera en el distrito de Tatavla, no te digo yo que no.

Vasilis empezaba a cabrearse.

—Sotiría —dijo a su mujer tratando de contener los nervios—, ya sé que mamá no te cae bien. Pero no podemos dejarla sola en estos momentos. Si le pasa algo, lo tendrás toda la vida sobre tu conciencia.

Sotiría se dio cuenta de que no podría evitar la presencia de su suegra y prefirió tenerla en su propio terreno que ir al suyo.

—De acuerdo, ve a buscarla y tráela aquí. Estará más segura con nosotros. Si pasa algo, que Dios no lo quiera, el hospital alemán está a dos pasos.

A Vasilis no le entusiasmaba la idea de tener que ir a Mega Rema para buscar a su madre. Preferiría quedarse allí que volver a casa con ella. Por otro lado, tampoco quería dejar sola a Sotiría.

Los acontecimientos lo pillaron reflexionando. Aún trataba de sopesar cuál sería la mejor solución cuando sonó la voz del vendedor de periódicos en la calle:

—*¡Istanbul Express! ¡Istanbul Express! ¡Bomba en la casa de Atatürk en Salónica! ¡Istanbul Express!*

En el mismo instante, como si el vendedor de periódicos hubiera gritado una consigna, un rugido resonó por las calles, no exactamente delante del bloque de pisos donde vivían Vasilis y Sotiría, sino algunas manzanas más allá.

—¡Ya está, ya ha estallado! —gritó Vasilis aterrorizado—. ¡Viene de Taksim, se han reunido allí!

—Para ir al consulado —añadió Sotiría—. El recorrido habitual: Taksim-Pera-Consulado. Como el autobús municipal. —Abrió las ventanas para oír mejor. El rugido invadió el salón y se apoderó del piso entero—. ¡Menudo alboroto! Los hay de todos los colores.

—Cierra las ventanas, encenderé la radio a ver qué dicen.

Lo interrumpió una llamada a la puerta.

—¿Quién será? —se extrañó Sotiría, y fue a abrir.

Era la señora Marika, del tercero.

—Pero ¿qué está pasando allá fuera? ¡Es la anarquía! —exclamó desde el umbral.

—¿En qué país vives? ¿No te has enterado de que anoche estalló una bomba en casa de Atatürk en Salónica? —fue la respuesta de Sotiría.

—¡He oído al tío que se desgañitaba gritando *Istanbul Express*, que caiga fuego del cielo y lo abra! —

—Te equivocas, el fuego nos abrasará a nosotros —repuso Vasilis.

La algarabía se había acercado y ahora sonaba dos calles a la derecha. Las sirenas de la policía empezaron a aullar intermitentemente, como si quisieran ahuyentar al gentío. De pronto, el universo se llenó de aullidos de sirenas policiales.

—Han llegado al consulado —dijo Vasilis.

—*Son durak* —comentó Sotiría—. Fin de trayecto.

—¿Y cómo vuelvo yo a Antigoni? ¿Circularán los barcos? —preguntó Marika.

—¿Tenías que volver hoy? —quiso saber Sotiría.

—Pues sí. Anoche terminé de pintar y pensaba dejar pasar unos días para que se sequen bien las paredes antes de limpiar el piso.

—Quédate aquí y no te muevas. Que pase el alboroto y luego veremos —le aconsejó Sotiría.

—¡Ay, Dios mío, a Panayotis le sentará como un tiro!

—Se dará cuenta de que te has quedado en casa y vendrá —la tranquilizó Vasilis.

—Hoy no ha venido. Se quedó para ir de pesca con Kalínikos. —De repente, se le ocurrió una idea y se calmó—. Telefonaré al café de Jristos para que lo avisen de que no voy.

De pronto el silencio cayó como un cuchillo, y el bullicio cesó. Era como si un director de orquesta invisible hubiera puesto fin a un concierto en el *fortissimo*. Los tres se quedaron callados, escuchando. Transcurrieron diez minutos, pero nada rompía el silencio.

—Ya ha pasado —suspiró Vasilis con alivio.

—¿Tan pronto? —se preguntó Sotiría, incrédula. Imperaba un silencio absoluto, como si hubieran muerto todos. Ni siquiera se oían

los coches.

—No te extrañe. Es la policía la que pone los límites. En este país, los límites los ponen la policía y los médicos.

Vasilis corrió a encender la radio y dio en el blanco.

—En estos momentos, la multitud se está dispersando sin incidentes —sonó la voz del locutor—. No hay altercados ni daños materiales.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Sotiría, y se santiguó—. Se ha acabado.

Marika se animó.

—Venga, ha sido corto, que sea el último. Si me doy prisa, llegaré a tiempo para el barco de las seis y cuarto.

Dio un beso a Sotiría y se despidió de Vasilis con un: «Nos vemos la semana que viene».

Vasilis pensó que Sotiría tenía razón en disuadirlo de que fuera a casa de su madre, pero prefirió no reconocerlo en voz alta, porque su mujer era incapaz de llevar su victoria. Al contrario, le encantaba ver humillado a su interlocutor. Esa era una de las razones por las que no podía convivir con su madre. Cuando esta no reconocía sus aciertos, Sotiría se ponía furiosa; y cuando los reconocía, su mujer decía: «Estaba cantado», y sacaba a su madre de quicio.

—¿Ves como no tenías que ir a buscar a tu madre? —dijo Sotiría, que estaba pensando lo mismo, como siempre sucedía en los momentos críticos—. No ha pasado nada. En Mega Rema ni se habrán enterado.

Vasilis quiso explicarle que su madre había visto demasiadas cosas desde la época de la desaparición de su suegro, y que después aún le habían contado más cosas, y que tenía miedo hasta de su propia sombra. Por otro lado, debía admitir que Sotiría tenía razón en parte. Sus padres la habían rechazado desde el primer momento, porque era hija de un pequeño comerciante de Mega Rema que vendía hilos, telas para forros y materiales de costura a las modistas de la zona. En un rincón de la tienda, guardaba un surtido limitado de telas baratas para las viejecitas que no tenían

dinero ni piernas para ir a Pera a comprar. Las telas se las compraba a Savas, el padre de Vasilis. Así conoció este a Sotiría, que solía ayudar a su padre en la tienda. Un inconveniente más para la madre del chico. Las muchachas que no se quedaban en casa para aprender las faenas y convertirse en buenas amas de casa y en novias solicitadas provenían de familias *basse classe*, como se solía decir. Los Samartzís habían hecho el ridículo cuando desapareció el páter familias, habían perdido su fortuna y su estatus económico y pasaban apuros. Lo único que conservaban era el buen nombre, y no pensaban regatearlo casando al varón más joven de la familia con una chica de «bajo estatus social», como decían de Sotiría.

—Y más cuando Anna está prometida con un ingeniero francés de Marsella —le recordaban.

Vasilis no entendía por qué le venían todos esos pensamientos en el momento menos oportuno. Probablemente, porque le atormentaban siempre que relacionaba el nombre de su madre con el de su mujer. En cualquier caso, el timbre de la puerta lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Quién es? —preguntó sorprendido y un poco asustado, porque las visitas tras un altercado jamás auguraban nada bueno.

—Será Marika, que viene a despedirse —dijo Sotiría, que en ese momento servía el café de la tarde.

No era Marika sino Nurí, el portero del edificio. Sotiría vio su expresión atolondrada y no le gustó en absoluto, pero intentó mantener la calma.

—¿Qué pasa, Nurí? ¿Ha ocurrido algo?

—*Madame*, no abras la puerta oigas lo que oigas. Déjame hacer a mí.

—¿Hacer qué? ¿De qué estás hablando, Nurí?

—*Madame*, te lo repito. No abras la puerta, no salgas del piso y, sobre todo, no bajas a la calle. De lo demás me ocuparé yo, con la ayuda de Dios. —Después, como si quisiera poner fin a la

conversación, se dio la vuelta y empezó a bajar los escalones de dos en dos hacia la tercera planta.

Sotiría regresó al salón con cara de extrañeza. «¿Qué le ha pasado a Nurí, así, por las buenas?», se preguntó, y le contó a Vasilis lo que le había dicho el portero.

—Algo querrá y se hace el bueno —comentó Vasilis.

—Busca en el armario, a ver si encuentras algún pantalón o alguna camisa vieja. Se lo daremos para que nos deje en paz. No tengo ganas de ver su sonrisa embustera ni su mirada venenosa.

Ellos aún no sabían lo que el portero ya conocía ni por qué había subido corriendo a avisarlos. Lo supieron en torno a las cinco y media de la tarde, cuando rompieron el primer escaparate en Pera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vasilis.

Sotiría se encogió de hombros.

—Ahora que la manifestación se ha dispersado, romperán algún escaparate para desfogarse.

Pero no fue un escaparate. Los ruidos se multiplicaron y se diversificaron. Al estrépito de los cristales rotos se añadieron primero un griterío y luego unos sonidos rítmicos que parecían campanas y que culminaron en un derrumbe general en medio de alaridos de triunfo.

—¡Están rompiendo las persianas! —gritó Sotiría aterrorizada.

Y, ciertamente, el sonido rítmico de campanas que llegaba hasta ellos era el ruido de las persianas metálicas al romperse.

—¡Dios mío, lo están rompiendo y destrozando todo! —chilló Sotiría, y corrió a la ventana.

La calle estaba tranquila, no se veía ni un alma. Los añicos de los escaparates, el fragor de las persianas que se rompían —dong, dong, dong— y los bramidos de la muchedumbre se habían convertido en un huracán que barría las calles y mandaba a la gente a sus casas.

El timbre de la puerta sonó insistentemente. Alguien tenía prisa por entrar y no podía esperar.

—¡No abras! —gritó Vasilis a Sotiría—. ¿No has oído lo que ha dicho ese perverso de Nurí? ¡No abras!

—¡Contrólate, hombre! ¡Si vienen ellos romperán la puerta, no llamarán al timbre! ¡Derribarán la puerta a hachazos!

Como era de esperar, Sotiría tenía razón, y en la puerta apareció Marika.

—¡Es la devastación! —gritó, y entró corriendo en el piso—. ¡Es la destrucción de Babel! ¡He ido a Taksim a coger el autobús y he tenido que volver corriendo! ¡Han salido a la calle y están destrozando las tiendas griegas! ¡Unos llevan banderas y otros palas, picas, palancas y qué sé yo! ¡Es una calamidad!

—Oye, ¿son turcos de por aquí o de Anatolia?

—La mayoría son cretinos de Anatolia, pero entre ellos he visto a muchachas con enaguas y tacones altos rompiendo y robando lo primero que encontraban.

La primera señal de violencia, el sonido de un escaparate que se hacía añicos, sonó delante de su bloque de pisos en torno a las seis. Las dos mujeres se abalanzaron hacia la ventana.

—Están destrozando la peluquería de Stellos —anunció Marika—. ¿Qué piensan llevarse de una peluquería? ¿Los secadores o las tenacillas para alisar el pelo?

—Espera, esto es solo el principio. Ya destruirán más cosas, no te preocupes.

—Los recuerdo de la época otomana: esos inútiles viven de los saqueos —añadió Marika.

¡El timbre volvió a sonar! Sotiría fue a abrir convencida de que sería otra vez Nurí, pero apareció Eminé. En el bloque había diez apartamentos. Cinco estaban ocupados por familias griegas, uno por una familia armenia y en el resto vivían turcos. La familia de Eminé vivía en el quinto, un piso más arriba que ellos. Su marido era director de una sucursal del Banco de Roma. Eran personas cordiales y apacibles, pero Vasilis y Sotiría no tenían mucho contacto con ellos; solo se saludaban cuando se cruzaban en la entrada o en el vestíbulo del bloque. A veces, si Eminé necesitaba

un limón para las alcachofas o Sotiría una cabeza de ajo para las berenjenas, se lo pedían una a la otra. Solo en estas ocasiones entraban una en casa de la otra y charlaban un poco en la cocina. Era su único contacto social, aunque se caían bien mutuamente. No obstante, esa distancia contribuye, a veces, a conservar la simpatía en lugar de desgastarla.

—Subid a casa —les dijo a los tres—. Ojalá no ocurra nada, pero nunca se sabe. En nuestra casa no corréis peligro. Altán, mi marido, está de acuerdo.

—¿Tu marido sabía lo que iba a pasar? —preguntó Marika con el recelo instintivo que sienten los griegos frente a los turcos en los momentos de crisis.

—Altán y los demás empleados se extrañaron cuando el jefe les dijo que se marcharan a las dos. Luego, cuando vio la manifestación, pensó que los habían hecho salir antes para que tuvieran tiempo de llegar a casa. No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir después.

«Te creeré si me da la gana», pensó Sotiría, pero Eminé insistió:

—Sotiría, amiga, subid a casa hasta que se vayan esos bestias y nos dejen en paz.

El «Sotiría, amiga» lo dijo en griego; el resto, en turco. Sotiría podía oír cómo crecía la agitación en la calle. Por otra parte, no confiaba en absoluto en Nurí, el portero. Echó una mirada interrogante a su marido, que estaba sentado en el sofá y guardaba silencio.

—Eminé *hanum* tiene razón —dijo Vasilis—. Más vale que nos pongamos a salvo.

Esa fue la consigna para Sotiría. Sin decir nada más, se dirigió a la puerta. La siguieron Marika y Eminé. El único que no se movió del sitio fue Vasilis. Las tres mujeres se dieron cuenta cuando ya estaban en el umbral de la puerta.

—¿Es que tú... no vienes? —preguntó Sotiría extrañada.

—Yo me quedo.

—¿No acabas de decir que más vale que nos pongamos a salvo?

—Subiré si las cosas se ponen feas.

«Es el hombre de la casa», pensaron las tres mujeres, «y se cree en la obligación de protegerla.»

Cuando se quedó solo, Vasilis cerró las ventanas y corrió las cortinas. El piso quedó a oscuras, aislado del exterior, y el jolgorio sonaba lejano, sordo, casi de otro mundo. Vasilis permaneció inmóvil en el sofá, con una pasividad fatalista. Sabía que al día siguiente se despertaría en un Estambul distinto, viviría una vida diferente, tendría otras angustias con las que lidiar. En esos momentos, sin embargo, no tenía fuerzas ni para mirar por la ventana.

De pronto, en medio de la oscuridad, el ruido cambió por completo. El furor destructivo y los alaridos de triunfo cesaron y en su lugar retumbó un sonido monótono, que rodaba por el empedrado como un canturreo bestial. Eran las orugas de los tanques que bajaban la Gran Vía de Pera. Era la medianoche del martes, el nacimiento del miércoles.

*Miércoles, 7 de septiembre de 1955*

Solo cuando salió a la calle al día siguiente comprendió la magnitud de la catástrofe. O eso creyó, al menos. La mayoría de las ventanas de las plantas bajas estaban rotas; y las cortinas, hechas jirones. El gentío había conseguido forzar la entrada de algunos bloques de pisos e irrumpir en los edificios. Nurí, el portero, estaba en los escalones de la entrada. Cuando vio a Vasilis meneó la cabeza y se encogió de hombros, desconcertado.

Vasilis se volvió para mirar su bloque de pisos. No había ni un cristal roto.

—¿Cómo pudimos librarnos? —preguntó a Nurí sorprendido.

—Les dije que aquí solo viven turcos.

—¿Y te creyeron?

Nurí se le acercó y le susurró en el oído:

—Mira el tablero con los timbres, Vasil *efendi*.<sup>[\*]</sup>

Vasilis se acercó y vio que todos los nombres griegos habían sido retirados. De repente, se sintió agradecido con Nurí y al mismo tiempo culpable, porque el día anterior había pensado mal cuando les dijo que se quedaran en casa y le dejaran hacer a él.

Descubrió la verdadera dimensión del drama cuando llegó a Pera. Le pareció innecesario pasar por el consulado griego, no porque tuviera miedo, sino porque estaba seguro de que lo habrían protegido. Aunque también había una razón adicional. Quería alargar el camino para ir preparándose psíquicamente para ver las ruinas de su comercio. No tenía la menor duda de que lo habían

destrozado. Siguió subiendo el Sirá Silveler, pero allí los daños eran escasos, ya que la mayoría de las tiendas eran farmacias y sus propietarios eran turcos. En aquel barrio había dos hospitales, el alemán y el universitario de Taksim.

El desastre lo golpeó como un rayo al torcer por la calle Meselik. Las puertas del colegio Zappion estaban abiertas de par en par. La imponente fachada había sido destruida completamente y el interior de las oficinas quedaba a la vista, con el mobiliario hecho trizas. Junto a la Santa Trinidad se elevaba una columna de humo. En el patio montaba guardia un soldado.

«Lo pusieron allí cuando todo había terminado, para guardar las apariencias», pensó Vasilis. «Primero incendian y luego protegen los rescoldos.»

Quería entrar en la iglesia, pero el soldado estaba plantado en mitad del patio con el fusil colgado del hombro y Vasilis no tenía ganas de pedirle permiso. Se detuvo delante de él y se santiguó ostentosamente. El soldado lo observaba en silencio. Se miraron a los ojos un momento y luego el guardia se hizo a un lado y lo dejó pasar.

Cuando entró en la iglesia, Vasilis tuvo la impresión de haberse adentrado en una cueva de estalactitas o en una gigantesca pila bautismal. Caía agua de todas partes: de la cúpula, del sagrario, de los candelabros... Era el resultado de la intervención de los bomberos, que quizá actuaron de buena fe para apagar el incendio, aunque también pudieron usar las mangueras como pretexto para acabar de destruir lo poco que quedaba en pie. La magnitud de la catástrofe nivelaba las intenciones y metía las pocas buenas en el mismo saco que las estrepitosamente malas.

Al salir de la calle Meselik, se detuvo un instante para que sus ojos se acostumbraran a lo que veía. Tiendas con las persianas partidas en dos, los escaparates hechos añicos y saqueados. Entre unas y otras, comercios intactos que habían izado la bandera turca como si aquel desastre fuese la fiesta nacional. Las banderas, sin

embargo, hacían las veces de certificado de propiedad, proclamando que aquellos comercios eran turcos y no debían ser asaltados.

Vasilis no podía ver más allá, pero estaba convencido de que encontraría su comercio destrozado. Allí no había ningún Nurí que lo protegiera. Al torcer a la izquierda, de pronto se sintió crecer unos quince centímetros. Tal era el grosor de cristales rotos, telas hechas jirones, zapatos desparramados y ropa destrozada que cubría el empedrado. Las tiendas más saqueadas eran las joyerías. En ellas no quedaban más que escaparates rotos y almohadillas vacías. A ambos lados de la calle, gente doblada en dos rebuscaba con las manos desnudas entre la masa informe de los objetos de lujo más caros que se podían encontrar en toda Turquía, por si pudieran salvar alguna joya que se hubiera escapado de la furia de la turba o, al menos, algún par de zapatos que todavía se pudieran usar. Carroñeros de sus propias pertenencias.

Cuando llegó a su tienda, a pesar de haberse preparado mentalmente, tuvo que cerrar los ojos y apoyarse en la pared. No quedaba nada. Los estantes colgaban vacíos y rotos. Las pocas telas que no se habían llevado estaban esparcidas por el suelo. Un rollo de tela roja engalanaba la entrada del comercio, como una alfombra imperial.

Vasilis supo al instante que no podría salvar nada. Los últimos rollos de tela cara habían desaparecido. Los estantes no se podían reparar, tendría que comprar unos nuevos. Tendría que endeudarse hasta el cuello para restaurar la tienda. En cuanto al piso, sin duda alguna lo perdería. Lo más lógico sería mudarse a Mega Rema, a su hogar paterno, pero ¿cómo convencer a Sotiría de que compartiera casa con su suegra?

Intentó apartar esos pensamientos tachándolos de prematuros y subió al altillo para comprobar los destrozos de la sastrería. La máquina de coser estaba rota. El mostrador lo habían partido en dos con un hacha y recordaba dos toboganes infantiles puestos uno frente al otro. El suelo estaba cubierto de hilos, bobinas y agujas de

coser. La plancha no aparecía por ninguna parte, mientras que, de los cuatro trajes que estaban confeccionando, los dos casi terminados habían volado y los otros dos los habían cortado por la mitad con las tijeras.

En torno a las doce del mediodía, hizo su aparición el primer ministro Adnan Menderes con su escolta. Su expresión, que en los días buenos era una mezcla de hipocresía y de perro apaleado, hoy era más lastimosa todavía. Cruzó Pera deteniéndose de vez en cuando para dar algún apretón de manos y ofrecer, sin mudar el gesto, algunas palabras de consuelo y promesa. Unos griegos contaron más tarde que, ante la inmensidad de la destrucción, Menderes exclamó: «¡Dios mío, qué he hecho!».

Ninguna otra fuente confirmó aquella reacción y, por lo tanto, existen sospechas fundadas de que dicho grito no fue más que una ilusión de los griegos, que buscaban alguna declaración de arrepentimiento por parte de las autoridades, no tanto en su dimensión cristiana, es decir, como condición necesaria para el perdón de los pecados, sino en su dimensión humana, a saber, como muestra de humillación del destructor.

Vasilis no tenía ganas de participar en el despliegue de condolencias de Menderes y menos aún de entrar en una competición de hipocresía con él, ya que ninguno de los dos se atrevería a decir la verdad: uno era un político profesional y el otro un medica reincidente.

Volvió a entrar en las ruinas de su comercio y se quedó mirando en derredor como perdido, porque en esos momentos era incapaz de calcular con precisión no tanto la magnitud de la catástrofe como las consecuencias económicas y familiares que acarrearía. De repente, sintió que había sido un error prohibir expresamente a Sotiría que lo acompañara. Su mente práctica habría sido un apoyo para él. Lo que tenía que hacer era vallar la entrada con un par de maderos y volver a casa. Obviamente, Antonis, su ayudante, y Karnik, el sastre, no habían acudido, porque no circulaban los autobuses. Solo funcionaban con normalidad los barcos que hacían

el trayecto de las islas Príncipe y del Bósforo, así como el túnel que comunicaba Galatás con Pera. Pero, puesto que todos los demás comerciantes permanecían en las tiendas asoladas como guardias de honor de sus ruinas, Vasilis se quedó también.

Como no tenía nada mejor que hacer, se puso a arreglar los desvencijados estantes, más para engañar su propia desazón que para conseguir resultados. La mayor parte de los estantes estaban rotos, otros habían sido arrancados de cuajo y yacían desparramados por el suelo y otros más colgaban aún medio destornillados del revestimiento de madera de la pared. La mayoría de estos se podrían volver a colocar a presión y bastaría con clavar los tacos que los sujetaban.

Había llegado a la altura de la escalera que conducía a la sastrería del altillo e intentaba recolocar un estante cuando sintió que parte del revestimiento de madera se movía. El revestimiento era muy viejo, de la época de su abuelo. Su padre siempre se había negado a cambiarlo, porque aquella era la primera tienda de los Samartzís y quería conservarla en su estado original. Vasilis había respetado el deseo de su padre, aunque la decoración le parecía ajada y pasada de moda. Solo tenía la intención de reforzarla cuando arreglara la tienda. De repente, el trozo entero de madera se desprendió y se le vino encima. Vasilis, maldiciendo su suerte, dio un brusco paso atrás.

Mientras sujetaba el trozo de revestimiento que se había desprendido, vio en la pared una portezuela de hierro de forma cuadrada que medía un metro por un metro aproximadamente. Apenas cabría una persona adulta doblada en dos. El revestimiento de madera tenía por detrás una hendidura donde encajaba el cerrojo. Vasilis, lleno de curiosidad, lo empujó. La portezuela chirrió y se abrió sin dificultades. Lo único que pudo distinguir fue el inicio de una escalera. Más allá de los dos primeros escalones, el hueco estaba hundido en las tinieblas. No podía ver nada, solo percibía un olor a moho y a espacio cerrado.

Vasilis cerró la portezuela e intentó concentrarse. ¿Había oído hablar alguna vez de un sótano en el comercio? Savas, su padre, no lo había mencionado nunca, ni cuando Vasilis era pequeño ni más tarde, cuando empezó a llevarse a la tienda para que aprendiera el negocio. Obviamente, su padre desconocía la existencia del sótano porque, si no, se lo habría enseñado. Y, lo que era más importante, no habría alquilado un almacén en Kasimpaşa teniendo el espacio adecuado en su propia tienda. El abuelo Pródromos debía de ser el único que lo sabía, puesto que él había invertido en su construcción. La había copiado de una tienda de Londres que había visto en fotografías. El abuelo Pródromos tenía el Imperio británico como un icono. Lo mejor de este mundo, fueran telas, radios, zapatos, máquinas de coser o frigoríficos, venía de Gran Bretaña. Por lo visto, ocultó la entrada al sótano porque interfería en la decoración, y se olvidó de contárselo a su hijo. Dado que ni siquiera le dijo que pensaba marcharse, ¿acaso iba a hacerse mala sangre por un sótano?

Vasilis decidió explorar. A fin de cuentas, si el espacio era apropiado, podría dejar el almacén y transportar la mercancía allí. En medio del desmoronamiento general, no dejaba de ser un consuelo que pudiera ahorrarse el alquiler adicional y los gastos de transporte. Sin embargo, necesitaba una vela. Siempre guardaban velas en la tienda porque los cortes de luz eran frecuentes, pero ¿dónde buscarlas en medio del caos? Se le ocurrió buscar arriba, en la sastrería. Karnik utilizaba velas a menudo para quitar pequeñas manchas de las telas. Subió al altillo y en el cajón de la mesa rota encontró lo que buscaba. Pensó que sería mejor que no se pudiera ver la portezuela desde la calle mientras él exploraba el sótano. Así que volvió a colocar el trozo de revestimiento de modo que cubriera un poco la entrada.

La escalera no era muy larga, solo tenía cinco escalones. Vasilis se detuvo en el segundo escalón y alumbró el espacio con la vela. Se quedó de piedra. En medio del sótano había un esqueleto humano. Estaba tendido de bruces, con los brazos abiertos en cruz.

La calavera yacía de lado. El esqueleto pertenecía a alguien de estatura mediana y de sexo y demás señas desconocidos.

El primer impulso de Vasilis fue salir corriendo. Se contuvo y por unos segundos permaneció escuchando el trajín de los ratones que se escabullían. En cuanto pudo dominar un poco la agitación, maldijo su destino. Como si no tuviera bastante con la tragedia terrenal que le asolaba, ahora tenía que cargar con otra, subterránea. ¿De quién era el esqueleto que acababa de descubrir? ¿Cuántos años llevaba encerrado allí dentro? Esas eran las preguntas fáciles, ya que, en realidad, le eran indiferentes. Lo que realmente le preocupaba era qué hacer con el esqueleto. Lo primero que pensó fue dejarlo allí mismo, cerrar la portezuela e irse. Pero ¿cómo? ¿Cómo guardar un esqueleto en el sótano y continuar con su vida como si nada? ¿Qué pasaría si el día de mañana se estropeaba el revestimiento de madera y debían cambiar la decoración de la tienda? Y, más allá de todo eso, le resultaría imposible trabajar arriba sabiendo que tenía un esqueleto bajo los pies.

Dejó los huesos un momento e inspeccionó el resto del sótano. Un camastro estaba clavado en la pared de enfrente. El colchón estaba desvencijado, destrozado por la humedad y los ratones. A su lado, una mesilla de hierro y una silla de esparto cuyo asiento había servido de alimento para los roedores. Encima de la mesilla había una lámpara de petróleo.

Echó un último vistazo a su alrededor antes de ocuparse más detenidamente del esqueleto. Solo vio un gran bote de latón cubierto con una tabla de madera. Se acercó, con la esperanza de que pudiera contener algo que revelara la identidad del desconocido que se había dejado la vida en el sótano. Le daba asco tocar la tabla con las manos y optó por darle una patada. Lo que vio dentro del bote lo hizo agacharse con la vela, porque le pareció que se le nublaban la vista. El bote de latón estaba más que medio lleno de liras de oro.

Vasilis estaba completamente aturdido.

«Si no me he vuelto loco de desesperación», pensó, «me he metido en un lío de mucho cuidado.»

Decidió cerrar el sótano para poder reflexionar con claridad. Esta vez corrió el cerrojo de la portezuela y empujó el revestimiento de madera para cubrirla.

Necesitaba caminar para despejar la cabeza, pero no se atrevía a dejar la tienda sola. Una cosa es cerrar cada día el comercio e ir a casa sin saber que hay un tesoro debajo de tus pies, y otra, muy distinta, saberlo. Su primer cometido debía ser sacar el oro del sótano. Después ya se le ocurriría qué hacer con el esqueleto. La tienda estaba completamente desprotegida y, con lo solicitados que estarían ahora los albañiles, quién sabe cuándo conseguiría instalar persianas nuevas. Tenía que encontrar la manera de llevarse el tesoro a casa. En otras condiciones, estaría dando saltos de alegría por su buena suerte, pero ahora el miedo y la angustia no le dejaban margen para celebraciones.

De repente, mientras estaba sentado en el único taburete que se había salvado del huracán humano, se le ocurrió una solución muy sencilla. Las calles de Pera estaban sembradas de todo tipo de mercancías desperdigadas, rotas y pisoteadas. Le bastaría con coger un par de maletas maltrechas, meter dentro las liras de oro y llevárselas a casa. Junto al cine Alcázar se encontraba la tienda de Seremétoglu, que vendía artículos de cuero. Allí seguro que encontraría un par de maletas. Claro que la idea de dejar el comercio sin vigilancia, aunque fuera por poco rato, no le entusiasmaba, pero no tenía más remedio. Además, ya no quedaba nada por robar y, por otra parte, la hora de los saqueos había terminado: ahora se vivía la hora de la vergüenza.

Como había previsto, la tienda de Seremétoglu había sido arrasada. El propio Lefteris Seremétoglu estaba sentado en un rincón, incapaz de reaccionar ante los daños. Cuando vio a Vasilis, meneó la cabeza.

—Un *darbe* más —le dijo medio en griego y medio en turco—. Un golpe más. Quién sabe cuántos nos esperan. —De repente,

empezó a gritar fuera de sí—: ¿Y a mí qué me importan los chipriotas? ¿Qué me importan la EOKA ni la meoka? *Banah neh!* ¿Acaso soy chipriota? —Impulsado por la rabia, corrió a la puerta de la tienda y empezó a gritar en turco a los escasos transeúntes—: ¿Y a mí qué me importa Grecia? ¿Qué me importa Chipre? ¡No será por Makarios, que dijo que cincuenta mil griegos más o menos le daban igual! ¡Malditos todos ellos! Yo no soy chipriota ni griego. ¡Soy de Capadocia, soy un karamanlís<sup>[\*]</sup> de toda la vida!

Mientras gritaba se daba golpes en el pecho con el puño, y Vasilis temió que se quedara tieso. Al final, consiguió arrastrarlo otra vez al interior de la tienda, aunque los transeúntes ni siquiera habían vuelto la cabeza para mirarlo. Al contrario, aceleraban el paso para alejarse rápidamente.

Lefteris respiraba con dificultad.

—Tranquilízate —le dijo Vasilis—. ¿Qué pretendes?, ¿que entren a romper lo poco que queda?

—Los que vengan ahora lo tienen claro —repuso Lefteris casi con satisfacción—. No queda nada por destrozar.

Vasilis le dio unos golpecitos amistosos en la espalda.

—No te preocupes, saldremos de esta. ¿Has contado cuántas veces nos han tumbado y nos han pisoteado? Sin embargo, nosotros siempre conseguimos ponernos de pie. Somos así, *haci yatmaz*.

El *haci yatmaz* era un tentetieso barato muy querido por los niños. Un hombrecito risueño y muy bien vestido, con una enorme barriga a la altura de los pies. Dentro de la barriga había una pelota. Por mucho que lo golpearan, el muñeco siempre se ponía otra vez de pie.

Lefteris meneó la cabeza y no estaba claro si asentía a las palabras de Vasilis o las rechazaba. Un poco de ambas cosas, seguramente.

—He venido a pedirte alguna maleta destartada —dijo Vasilis—. Hay un montón de materiales de costura desparramados por

todas partes y me gustaría poder recogerlos. Salvar lo que pueda, al menos.

—Elige lo que quieras —respondió Lefteris señalando su tienda con un gesto impreciso—. De cualquier forma, todo es para tirar.

Vasilis optó por una gran maleta sucia y desgarrada en lugar de dos pequeñas, que llamarían más la atención. De vuelta en el sótano, cubrió primero el interior de la maleta con un trozo de tela inglesa carísima, de aquellas que la turba había hecho pedazos. Luego volcó el contenido del bote en la maleta, lo cubrió con el resto de la tela y lo enrolló con fuerza, para que las monedas de oro no tintinearán mientras las transportaba.

Salió de la tienda con la maleta en una mano y los restos de un rollo de tela en la otra. Los transeúntes le echaban miradas furtivas y apartaban la vista.

«Los turcos son así», pensó Vasilis. «Tras el triunfo de la destrucción, viene un breve intervalo de contrición.»

En esos momentos, aquello le convenía. Sin embargo, prefirió evitar el consulado griego, que a estas alturas estaría custodiado por media fuerza policial de Estambul. Bajó hasta Boğazkesen, al lado de Galatasaray, recorrió callejones estrechos y salió junto a la mezquita de Firuz Ağa, que estaba muy cerca de su casa.

Sotiría no se sorprendió al verlo; tan solo se limitó a preguntar con resignación:

—¿Esto es todo lo que se ha salvado? ¡Gracias a Dios que nos libramos nosotros y nuestra casa!

—Si llaman a la puerta, no abras.

Sotiría lo miró extrañada.

—¿Quién va a llamar, un día como hoy? Cada uno con su dolor. Sin decir palabra, Vasilis abrió la maleta y levantó la tela.

—¡Jesús y María! —exclamó Sotiría, y se santiguó—. ¿De dónde lo has sacado?

Vasilis le contó la historia. Sotiría volvió a santiguarse y alzó la mirada al cielo.

—¡Alabado sea el Todopoderoso! Con una mano nos quita y con la otra nos da.

—¡Alabado sea su nombre! —exclamó también Vasilis con entusiasmo—. ¿Te das cuenta de lo que puedo hacer con este dinero? Puedo arreglar la tienda, acabar de pagar el piso y tener la cabeza tranquila...

Sotiría le habría dicho encantada que era un idiota, pero era su marido, el hombre de la casa, de manera que moderó la voz:

—¿Has pensado bien esto último, Vasilis?

—¿Por qué? —se extrañó el hombre.

—Porque todo el mundo te señalará con el dedo, no solo los turcos sino también los nuestros. En medio de esta catástrofe, ¿de dónde has sacado el dinero para pagar el piso? O sea, que tenías dinero escondido.

Vasilis tuvo que tragarse la lógica indiscutible de su mujer y cambió de tema.

—Y estas, ¿dónde las escondemos? —preguntó señalando las liras.

De nuevo Sotiría se le había adelantado.

—Trae la maleta —le dijo, y se dirigió al dormitorio. Deshizo la cama y, con la ayuda de Vasilis, apartó uno de los dos colchones. Cubrió el colchón de debajo con una sábana y empezó a dispersar las liras sobre ella. Cuando terminó, ató las puntas de la sábana y, con la ayuda de su marido, cubrió las monedas con el otro colchón.

—Ya está —declaró satisfecha.

—¿Crees que se multiplicarán? —preguntó Vasilis riéndose.

Sotiría le echó una de aquellas miradas severas de las que se valía cuando quería indicar a su marido que tenía que comportarse.

—El dinero se multiplica con el buen juicio y no porque se esconda bajo el colchón.

—Pues estupendo, ya hemos escondido las liras. ¿Qué hacemos con el esqueleto?

—Cierra el sótano, atornilla el revestimiento en su sitio y déjalo donde está.

—Ni hablar —zanjó Vasilis—. No pienso trabajar en la tienda con un muerto sin enterrar debajo de mis pies.

—¿En qué te ha molestado todos estos años?

—Entonces no sabía que estaba allí, ahora lo sé. No tendría ni un momento de paz dentro de mi propio negocio. ¿Y quieres saber algo más? Creo que fue ese quien me dio mala suerte y me ha impedido prosperar. ¿Quieres que siga perjudicándome? Nada, tenemos que deshacernos de él.

—Sí, pero ¿cómo? No podemos meterlo en una maleta y tirarlo al mar.

—Podemos ir a la policía.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Sotiría alarmada—. Nos meterían en la cárcel con el menor pretexto. Este les iría de perlas.

—No digo a la policía en general. Digo a *commisser* Metín —le explicó Vasilis.

Sotiría conocía la relación de Metín con su marido. A pesar de ello, no le entusiasmaba la idea.

—¿Confías en él?

—Confío en él porque me debe favores. Le he hecho más favores yo a él que él a mí. De alguna manera tiene que pagármelos. Y esta es una gran oportunidad. A fin de cuentas, salta a la vista que no lo maté yo.

—No sé qué decirte: confía en Dios y ve a verlo.

—Si me meten en la cárcel, tienes dinero para vivir como una reina —se rio Vasilis.

—Muérdete la lengua.

En la comisaría de Tarlabası, donde mandaba Metín, imperaba el caos.

«Pobre del holgazán que se pone a trabajar», pensó Vasilis. «Siempre le da demasiado tarde.»

Preguntó a un agente por el *commisser* Metín, y él le señaló una puerta al final de un pasillo.

Metín estaba echando la bronca a un subordinado. Al ver a Vasilis, trató de disimular su sorpresa y despidió al agente con un

gesto brusco.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó a Vasilis—. ¿Qué ha pasado?

Vasilis asumió su papel de infeliz.

—A mí siempre me tiene que pasar algo más que a todos los demás —dijo con un suspiro.

—¿Te han hecho un gran destrozo? Por desgracia, mi comisaría estaba asignada a otro sector y no pude hacer nada —añadió, como si quisiera disculparse.

—Si solo fuera el destrozo...

Y Vasilis le contó lo del revestimiento de madera que se había venido abajo, lo de la portezuela y lo del esqueleto en el sótano.

—¿Y quién puede ser el que está allí abajo? ¿Tienes idea? —preguntó Metín.

—¿Qué idea voy a tener, *commisser bey*? Yo ni siquiera sabía que la tienda tenía un sótano. Ni yo ni mi padre.

El policía reflexionó brevemente.

—De acuerdo: vuelve a la tienda, cubre la portezuela para que no se vea y espérame allí —dijo al final. De repente, sin embargo, lo miró con recelo—: ¿Me estás diciendo la verdad? Cuidado porque, si me estás mintiendo, lo pagaremos muy caro los dos.

Vasilis recurrió al juramento, que siempre convencía a los turcos.

—Puede que nuestras religiones sean diferentes, pero creemos en el mismo Dios. Te lo juro por Dios.

Volvió a la tienda, colocó el revestimiento de madera de modo que tapara la portezuela por completo y se quedó esperando. En un momento dado apareció Jorósoglu y Vasilis se inquietó. Jorósoglu era parlanchín, era capaz de quedarse charlando hasta que viniera el comisario. Por suerte, después de llorar juntos su mala suerte, el otro se fue para su casa, que había sufrido daños.

—¿Sabes quién era el cabecilla de los que asaltaron las tiendas? —preguntó a Vasilis.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Fue esa serpiente que tenéis de portero.

—¿Nurí? —preguntó Vasilis estupefacto.

—El mismo.

Vasilis comprendió. Nurí había salvado a los que le daban de comer y luego fue a destrozar las casas de los griegos que no conocía.

El comisario tardaba y Vasilis estaba sobre ascuas. Por fortuna, pasó a verlo Andranik y pudo calmarse un poco. Andranik se había librado, pero en Kaliontzí Kuluk habían arruinado a dos armenios y a un judío.

—Los tres mosqueteros —concluyó Andranik, y meneó la cabeza con resignación.

Era casi de noche cuando apareció el comisario Metín. Vasilis había estado buscando un cable con enchufe para bajar luz al sótano, pero en Pera seguía imperando el caos y no pudo encontrar nada. Se limitó a comprar algunas velas más.

El comisario examinó el reverso del revestimiento.

—Acércate, mira esto —le dijo a Vasilis, y le enseñó un par de anillas que estaban enganchadas en los ángulos de la hendidura donde encajaba el pestillo—. ¿Te das cuenta de lo que hacía el que bajaba al sótano? Arrancaba un trozo del revestimiento, lo apartaba y abría la portezuela. Luego cogía las anillas, tiraba del revestimiento y lo volvía a colocar en su sitio. Cuando quería salir, tiraba de nuevo de las anillas y apartaba el revestimiento a un lado. Es un sistema sencillo que no requiere fuerza física. ¿La portezuela estaba abierta o cerrada cuando la descubriste?

—Cerrada, aunque el cerrojo no estaba corrido.

—Seguramente, cerraba para que no se lo oyera desde arriba.

El comisario abrió la portezuela hacia dentro, cogió la vela que le tendió Vasilis y bajó dos escalones.

—Quédate aquí para vigilar —le dijo—. No queremos visitas.

Vasilis se plantó en la entrada de la tienda y casi la taponó con su cuerpo voluminoso. El comisario no debió de tardar más de treinta minutos, pero a Vasilis le pareció que habían pasado horas enteras. Al oír los pasos que subían la escalera, se volvió. El

comisario atravesó la portezuela, pero no se tomó la molestia de cerrarla ni de cubrirla con el revestimiento. Solo hizo señas a Vasilis para que se acercara.

—No sé qué decirte —murmuró confuso, encogiéndose de hombros—. Puede que el hombre se hubiera preparado un escondite. Eso indican la cama, la mesa, la silla y la lámpara. Por otra parte, también es posible que alguien guardara estas cosas en el sótano por casualidad. Normalmente, en los sótanos guardamos lo que no necesitamos. —Hizo una breve pausa y miró a Vasilis—. En cualquier caso, desde el momento en que me has avisado yo no puedo fingir que no he visto el esqueleto. No se trata solo del riesgo que corremos los dos si algo va mal y se descubre el pastel; también es una cuestión de deber profesional. No es que no te crea —se apresuró a asegurar a Vasilis—, pero te creeré todavía más si en el esqueleto no hay nada sospechoso. Antes de salir de la comisaría he avisado a una ambulancia para que se lo lleve a las dependencias del forense.

—¿Y qué les digo yo a los vecinos? —preguntó Vasilis alarmado.

—Les contarás que ha aparecido un cadáver, que me llamaste y que te ordené que no dijeras nada a nadie. Cubriremos bien el esqueleto para el traslado. Así todos pensarán que nos llevamos un cadáver. Tampoco será el primero que hemos encontrado hoy.

—¿Y tú qué dirás?

—La verdad. Que hemos encontrado un esqueleto de identidad desconocida.

Llegó la ambulancia y trasladaron el esqueleto tal como había dicho el comisario Metín, como si fuera un cadáver. Vasilis dio las explicaciones que le había indicado el policía. Nadie se percató de nada. Todos menearon la cabeza con resignación ante esa nueva víctima de la barbarie turca.

Vasilis no encontró a Sotiría en casa. Le había dejado una nota diciendo que iba a ver a su suegra. El hombre decidió reunirse con ella y tomó el autobús a Mega Rema. Encontró a su madre asustada, pero sana y salva, por lo demás. A la casa no le había

pasado nada. Sotiría propuso que durmieran allí esa noche para no dejar sola a su suegra y recibió a regañadientes un: «Gracias, hija mía».

Ninguno de los dos mencionó el sótano, el esqueleto ni las liras de oro a la madre de Vasilis, como si se hubieran puesto de acuerdo previamente. Con el paso de las horas, Vasilis se iba tranquilizando e intentaba convencerse de que confiaba por completo en el comisario Metín. No obstante, la inseguridad que le provocaba el descubrimiento del esqueleto de origen desconocido en el sótano ensombrecía su alegría por el descubrimiento del tesoro inesperado, también de origen desconocido.

*Epílogo: jueves, 8 de septiembre de 1955*

Por la mañana, Vasilis decidió ir a ver al doctor Mahmut Sezgin, el anterior propietario de su piso. El transporte urbano se había restablecido hasta cierto punto, y cogió el autobús en Taksim para ir al Hospital Americano de Nişantaşı, donde Mahmut Sezgin trabajaba como radiólogo.

Tuvo que permanecer casi media hora en la pequeña sala de espera de la planta de radiología hasta que apareció Mahmut Sezgin. Era un cincuentón alto y delgado que lucía un grueso bigote. Se acercó a Vasilis con la mano tendida y le dio un cálido apretón de manos.

—Lo que ocurrió, *Vasil efendi*, nos ha mancillado como nación. Me da vergüenza mirarte a los ojos, te lo digo de verdad. No sé si seremos capaces de limpiar este oprobio.

Vasilis suspiró profundamente, reacción que se había convertido casi en automática entre los griegos aquellos días.

—Demos gracias a Dios por que mi mujer y yo pudiéramos salvar la vida y la casa. La tienda, por supuesto, quedó completamente destrozada.

—Ya sé. Desde ayer se oye lo mismo en todas partes, en el hospital y también en la calle. Y luego dicen que Turquía es Europa. ¿Qué Europa? Esto es el corazón de Anatolia.

—Por eso he venido a verte, Mahmut *bey*, para pedirte ciertas facilidades con las letras de la casa —dijo Vasilis—. Como comprenderás, ahora vuelvo a empezar desde cero.

—No te preocupes por eso. Cuando estés listo, ven a decirme cuánto podrás pagar y firmaremos letras nuevas. Esto, al menos, no tiene que preocuparte.

—Te doy las gracias, Mahmut *bey*.

—No se merecen. Es lo mínimo que puedo hacer.

Mahmut acompañó a Vasilis hasta las escaleras, estremecido por los acontecimientos y asegurándole que no debía preocuparse por las letras, que estas podían esperar.

Cuando bajó del autobús en Taksim, Vasilis pensó girar a la derecha hacia Tarlabaşı para hacerle una visita al *commisser* Metín en la comisaría, pero se acordó de que el día anterior este le había dicho que lo avisaría él cuando tuviera el informe del forense. Además, Metín podría interpretar su interés como indicio de que le ocultaba algo. La mayoría de los turcos siempre sospechaban de los griegos, especialmente la policía. Un griego sospechoso más una curiosidad sospechosa equivalían a media condena.

En la tienda se encontró con Antonis y Karnik, que intentaban rescatar lo poco que se había salvado de la furia destructiva.

—Perdona que no viniera ayer, jefe, pero me fue imposible —se justificó Antonis.

—Pero ¿qué me estás diciendo? ¿Cómo ibas a venir en medio de la debacle? —respondió Vasilis mientras agradecía mentalmente a la Virgen el haberse encontrado solo y el haber podido preservar el sótano de las miradas indiscretas.

Pasaron media jornada contándose los sucesos del día anterior. Antonis habló de la catástrofe en Hasköy y del mal acaecido en Fanari. Por suerte, él no tenía más que unos cristales rotos. Karnik contó las brutalidades que se habían cometido en Samatya y habló de un pediatra, Ilías Sarafidis, que cuando entraron en su patio se plantó en lo alto de la escalera con una escopeta en las manos y gritó que mataría a unos cuantos antes de que ellos acabaran con él, con lo que la turba dio media vuelta y se fue.

Cuando terminaron de contar historias, quisieron ordenar un poco la tienda, aunque sin demasiadas ganas, con movimientos

cansinos, como si se estuvieran dedicando a un esfuerzo inútil. Vasilis participaba en las conversaciones y en los esfuerzos, pero tenía la mente en otro lado. A medida que pasaban las horas y el comisario no daba señales de vida, su angustia iba en aumento. Jorósoglu pasó por la tienda. Había oído hablar del «cadáver» que habían sacado la noche anterior y quería saber los detalles. Vasilis se inventó la historia de un desconocido que, seguramente, se había metido en la tienda para esconderse del tumulto y allí dentro lo arrinconaron y lo mataron.

Ya eran las cinco de la tarde cuando por fin apareció un guardia nocturno, el último y más mísero escalón dentro de la jerarquía de las fuerzas de seguridad turcas, y le dijo que «*commissar* Metín bey» lo esperaba en comisaría.

—Será por el cadáver de ayer —explicó a Antonis y a Karnik, y les aconsejó que cerraran la tienda y se fueran a sus casas.

El guardia no se despegó de él, como si tuviera miedo de que se le escapara. Bajaron Hamalbaşı y desde allí torcieron a la derecha en Tarlabaşı. Caminaron en silencio hasta que llegaron a la comisaría. El guardia le indicó con una seña que esperase y entró en el despacho del comisario. Enseguida volvió a salir y le sostuvo la puerta para que pasara.

Metín lo invitó a sentarse y fue directo al grano.

—Tengo buenas noticias. Desde luego, no ha llegado todavía el informe oficial, pero, por lo que me ha contado el forense, el esqueleto no muestra señales de violencia. Del examen se deduce que los huesos pertenecen a un varón que, a todas luces, falleció de muerte natural.

—Pero ¿cuándo murió? —se extrañó Vasilis—. Que yo recuerde, mi padre tampoco sabía que la tienda tenía un sótano.

Metín se echó a reír.

—Ese hombre debió de morir hace al menos treinta años. Esta es la conclusión del forense después de examinar los huesos y la dentadura. Lo confirma un trozo de cuero que estaba pegado a uno

de sus pies y que, seguramente, debe de ser lo que queda de sus zapatos después de habérselos comido los ratones.

Fue entonces cuando Vasilis se dio cuenta de que el esqueleto solo podía pertenecer a su abuelo. Pródromos Samartzís no había huido con la ayuda del alto comisionado británico ni se había fugado con una secretaria inglesa. Había vendido sus bienes inmuebles por temor a que se los confiscara el nuevo Estado turco, había convertido las ganancias en liras de oro y las había escondido en el sótano, con la esperanza de poder empezar de nuevo cuando pasara el torbellino y lograr ponerse de pie como antes. Su vida entera era una secuencia de caídas y nuevos comienzos. ¿Qué había dicho Seremétoglu? *Haci yatmaz*.

Vasilis no sabía si su abuelo había decidido esconderse o si construyó el sótano por prevención, pero lo más probable era que hubiera sufrido una embolia o un paro cardíaco y muriera allí abajo. Su mujer, su hijo y su nuera pensaron que los había abandonado por culpa de una inglesa relamida, como la llamaban, cuando en realidad él yacía muerto en el sótano del comercio y su cuerpo se iba pudriendo mientras arriba trabajaban su hijo y, más tarde, su nieto.

Vasilis se sujetaba la cabeza con las manos, incapaz de reponerse de la agitación que le provocaba el descubrimiento. El comisario observaba sus reacciones con curiosidad.

—¿Qué te pasa? ¿Te has acordado de algo? —preguntó finalmente.

—Este esqueleto es lo que queda de mi abuelo —respondió Vasilis, y contó al comisario toda la historia, sin necesidad de que lo interrogaran.

Cuando terminó, Metín se quedó mirándolo un buen rato en silencio.

—¿Tu abuelo colaboraba con el alto comisionado británico? —preguntó al final.

—Durante un tiempo, sí. Muchos lo hicieron entonces —añadió, como si sintiera el deber de justificar los actos de su abuelo.

—Mil quinientos de los vuestros y quinientos armenios —dijo el comisario fríamente—. Por eso nuestros pueblos nunca se entienden. Porque incluso el mejor de los vuestros lleva a un traidor en el alma. Y tú también, que no se te distingue de un turco. Seremos muy amigos pero, cuando llegue el momento, nos venderéis.

Vasilis no esperaba esa reacción. Miraba al comisario estupefacto mientras el miedo se iba apoderando de él lentamente.

—Han pasado casi treinta y cinco años desde entonces —farfulló.

—Te voy a contar una historia —dijo el comisario—. En la época de la Entente, mi padre trabajaba como guarda en un edificio de oficinas. El edificio pertenecía a un tal Yorgakis *efendi*. No sé su apellido, porque mi padre siempre lo llamaba así: Yorgakis *efendi*. Ocupaba una planta con sus propios despachos y alquilaba el resto. Cada vez que el tal Yorgakis *efendi* entraba en el edificio, le daba a mi padre unas palmaditas en la espalda y le decía: «No te preocupes, Jalil. Ahora que Estambul será nuestra, vivirás mucho mejor». ¿Te das cuenta de lo que decía? Que los turcos viviríamos mejor como esclavos vuestros y de la Entente. Yo me hice policía por dos razones. En primer lugar, porque éramos muy pobres y la policía era la única manera de ser algo en la vida; y en segundo lugar, porque crecí oyéndole esa misma historia a mi padre una y otra vez. —El comisario hizo una larga pausa, quizá para tranquilizarse, y luego preguntó—: ¿Puedes demostrar que el esqueleto es de tu abuelo?

—Murió dentro de su tienda, ¿qué otra prueba podría tener? —farfulló Vasilis.

—Entonces ve a reclamar el cadáver, pero ten por seguro que no permitiré que te lo lleves. Aunque te haré un último favor. No dejaré que lo arrojen a una fosa. Daré orden de que manden el esqueleto a la Facultad de Medicina, para la clase de anatomía. Así tu abuelo podrá ser útil a este país treinta años después de su muerte. —Se puso de pie y abrió la puerta del despacho—. Aquí termina nuestro

«toma y daca». La próxima vez que nos encontremos, no esperes que muestre indulgencia.

Vasilis quería hablarle al comisario de su padre que, en la época del *varlik*, el impuesto de patrimonio sobre las minorías étnicas decretado por el gobierno turco en 1942, había tenido que venderlo todo por un trozo de pan y correr a pedir dinero prestado para reunir la suma exigida y librarse de los trabajos forzados en Askale. Y cuando logró salvar la tienda y dijo: «Gracias a Dios», los turcos lo cogieron y lo mandaron al ejército con las veinte clases<sup>[\*]</sup> poco antes de la batalla de Stalingrado, junto con los demás miembros de las minorías étnicas: los armenios, los judíos y los griegos. Y su madre abría la tienda todas las mañanas y no podía quitar la vista de la puerta, temiendo el momento en que el cartero le trajera la noticia de la muerte de su marido. ¿Hasta cuándo tendrían que pagar la «traición», según *commisser* Metín? Pagaron con el *varlik*, luego con las veinte clases y otra vez el día anterior...

¿Cuándo se les perdonarían, por fin, sus pecados? ¿Cuándo llegaría la tercera y vencida? Vasilis no dijo nada al comisario. Salió del edificio en silencio y fue directo a casa. Habló con su mujer del esqueleto del abuelo y de la conversación con el comisario. Al día siguiente fueron juntos a la Virgen de Pera, la única iglesia que quedaba en pie, y rezaron en memoria de Pródromos Samartzís. A la madre de Vasilis no le contaron nada de aquello. Prefirieron dejarle creer que su suegro estaba enterrado en algún lugar del inmenso Imperio británico.

Más o menos en la misma época en que se producían aquellos acontecimientos, un gran poeta turco, exiliado político en la Unión Soviética, escribía a su mujer un poema lleno de amor y nostalgia:

Brotó un castaño en el parque de Gülhane,  
pero no lo viste tú ni la policía.

Pródromos Samartzís no era un castaño en el parque de Gülhane. Su esqueleto estaba colgado en la sala de anatomía de la Facultad de Medicina para servir a la ciencia.

# **El cadáver y el pozo**

El pozo estaba en medio de un patio interior que parecía formar parte de los decorados de *El patio de los milagros* de Kambanelis.<sup>[\*]</sup> Tenía las mismas ventanas pequeñas provistas de visillos blancos que se abrían al recinto, y también macetas con geranios y jazmines, no porque los barrios pobres de Atenas despidan fragancias, como quiere la tradición romántica de izquierdas, sino para que su perfume disimule el hedor de la cloaca. Y en el centro, el pozo. Esta era una diferencia sustancial con respecto a *El patio de los milagros* porque, que yo recuerde, el patio de Kambanelis no tenía pozo.

Ahora bien, cómo pudo sobrevivir un pozo en los suburbios de Atenas en plena época de compañías de aguas y de controles medioambientales, eso es un misterio. Aún se pueden encontrar patios en algunos rincones de la capital, donde lo pintoresco y lo humano constituyen testimonios del declive, pero... ¿un pozo?

Claro que no se puede descartar que fuera un pozo seco conservado en medio del patio por razones decorativas. Así explicaría un policía con dos dedos de frente el hecho de que el asesino hubiera dejado a su víctima tendida junto al pozo en lugar de tirarla dentro. Si el pozo estaba seco, los vecinos del patio pronto notarían la pestilencia del cadáver. Dentro del agua, en cambio, el cuerpo se podría conservar un tiempo indefinido y solo lo descubrirían por casualidad.

Desde luego, también existía la posibilidad de la flaqueza muscular, es decir, que no pudieran tirar el cadáver en el pozo por culpa de su peso. Si el asesino era un niño o una mujer, no les sería

fácil levantar el cuerpo y arrastrarlo hasta el brocal. En cualquier caso, estadísticamente, debería descartarse la posibilidad de que el asesino fuera un niño o, a lo sumo, un adolescente. En última instancia, podría haber matado a la víctima mientras esta dormía. Pero despierta y con un cuchillo sería difícil, por no decir imposible. La cosa cambiaría si se tratara de una asesina. El cuchillo era la tercera arma por orden de preferencia en el caso de las mujeres, detrás del ácido sulfúrico y el matarratas.

El policía que estaba agachado sobre el cadáver llevaba un traje de chaqueta cruzado y sudaba bajo el sol del verano. Sacaba a menudo del bolsillo un pañuelo blanco para enjugarse el sudor de la frente, las mejillas y el fino bigote. Los pensamientos que acabamos de exponer pasaban por su cabeza uno tras otro y en el mismo orden. Estaba viendo una cara que le resultaba del todo desconocida. Un hombre de treinta y cinco años, de mejillas chupadas, pelo negro ralo peinado hacia atrás y un bigote grueso que triplicaba el tamaño del suyo. La sangre había teñido de rojo la camisa blanca de manga corta y también había salpicado el pantalón negro de raya afilada.

«Lo mataron antes de que acabara de vestirse de novio», pensó el policía.

Se irguió y tiró de la plancha metálica que cubría la boca del pozo. Los reflejos del sol temblaron sobre la superficie del agua.

«Al final, es posible que lo matara una mujer y que se trate de un crimen pasional. De ser así, en un par de días ya habremos resuelto el caso», pensó aliviado.

Su optimismo duró hasta el momento en que se le acercó un agente uniformado y le susurró algo al oído. Ese acercamiento al oído le provocaba una especie de reacción alérgica. Normalmente, le susurraban cosas que bien podrían proclamar a los cuatro vientos, y ese secretismo lo ponía de los nervios. En ocasiones, sin embargo, le soplaban información confidencial que acababa trastornando la rutina de su trabajo.

En este caso, el susurro del agente pertenecía a la segunda categoría.

—La víctima era un izquierdista conocido, con actividad en el entorno sindicalista.

«Así que nos olvidamos del crimen pasional», fue su primer pensamiento. E, inmediatamente después, le acosaron las dudas. «Seguro que no lo mataron sus camaradas. Ellos raras veces llegan a matar. Cuando quieren deshacerse de alguien, lo proclaman traidor y lo delatan, dejando a los nuestros el trabajo sucio.» Lo más probable era que lo hubieran asesinado los paramilitares, y ahora le tocaba a él ingeniarse la manera de encubrirlos.

—Ve a pedir instrucciones a dirección —ordenó al agente.

Este lo miró incómodo.

—¿No sería más apropiado que fuera usted? —preguntó tímidamente.

—Yo tengo que ocuparme de este lío. Estoy esperando al forense y todavía me queda interrogar a los vecinos. Confían en ti, ve...

Esto último era una indirecta. «Si me asignan a Kotsakos para que me vigile porque dudan de mis convicciones políticas, será mejor que se ocupe él de los contactos, ya que es de los suyos.»

Le resultaba imposible explicar aquella desconfianza referente a sus convicciones políticas. A fin de cuentas, su padre había apoyado a Metaxás,<sup>[\*]</sup> había luchado en el frente albanés y luego, en la guerra civil, del lado de los nacionales. Entonces, ¿por qué desconfiaban de él? Porque un primo de su padre había sido miembro del EAM.<sup>[\*]</sup> ¿Y cómo demonios habría podido su tío influir en sus ideas? Lo habían ejecutado los alemanes en Jaidari en el 44. En eso se había basado su familia para lograr que ingresara en la academia de policía: en las fichas de los alemanes. Su padre se lo había ocultado, pero utilizó su contacto con el jefe de la guardia civil, que era compadre del viceministro de Orden Público, para que lo admitieran. No obstante, desde entonces los celos le rondaban como moscas en agosto.

«No me echan porque me necesitan», pensó. «De otro modo, ya me habrían expulsado hace tiempo o me habrían exiliado a algún pueblo perdido de Grevená.<sup>[\*]</sup> Pero resulta que soy el único capaz de resolver asesinatos y de perseguir a los criminales. Todos los demás persiguen a comunistas e izquierdistas. No saben nada de trabajo policial.»

Kotsakos volvió y se agachó junto a su oído.

—El señor comandante dice que lleve el asunto con discreción hasta que averigüemos de qué se trata.

—Vale, ve a apartar a los curiosos de las ventanas. Esperan en vano, no va a venir ningún famoso.

Kotsakos le echó una mirada cargada de ira reprimida que le encantó.

«Al menos, este rufián tiene la obligación de tragarse la ira y obedecer mis órdenes», pensó. «Él se desquita delatándome y yo me desquito utilizándolo como criado.»

—¡El muerto se ha movido! —gritó de repente una mujer desde una de las ventanas abiertas.

—¿Quién se ha movido? —preguntó el policía, nervioso.

—El muerto. ¿Acaso no lo ha visto?

El policía se agachó sobre la víctima.

—¿Te has movido, tío? —preguntó.

—No —respondió el cadáver con rostro inexpresivo, como es propio de los cadáveres.

—Yo lo he visto moverse, ¿cree que soy ciega? —insistió la voz femenina desde el ventanuco.

—¡Sí que se ha movido! —confirmó otra voz desde el fondo del patio mientras un melenudo con perilla se acercaba corriendo.

—¡Por Dios, Stellos! ¡Es la cuarta vez que echas a perder la toma!

—¿Qué culpa tengo yo? —exclamó el cadáver, y se incorporó—. Quédate una hora inmóvil encima de las losas calientes y con el sol dándote en el coco y luego hablamos.

—Te cargas las tomas porque no tienes cuidado. Si siguieras mis instrucciones, ya habríamos terminado.

—Vete al cuerno, Godard de pacotilla —espetó el cadáver moderando el volumen de su voz. Luego añadió, más alto—: Si la toma no te sale, ¿por qué no me tiras al pozo y terminamos de una vez?

—¡Estás muy equivocado si crees que permitiré que te tires a mi pozo! —se oyó desde una ventana la voz estridente de una mujer mayor, vestida de luto y con pañuelo.

—Yo no. Tiraremos un muñeco y luego lo sacaremos —explicó el cadáver.

—¡Qué muñeco ni qué niño muerto! ¡Y este es el último día, que lo sepáis! Me pedisteis uno y ya van tres. Anteayer fui al médico por mi reumatismo. Me recetó medicinas y me dijo que tengo que caminar, porque es bueno para las articulaciones. ¡Y en lugar de caminar, me tengo que partir el espinazo barriendo la mierda que dejáis atrás, y de los doscientos euros que me prometisteis aún no he visto ni uno!

—¡Vámonos ya de aquí, Zódoros! —gritó al director un cincuentón cabreado con coleta y barba de tres días—. ¿Qué te ha dado con este escenario bucólico?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? La película es de los años cincuenta. Y este es un escenario auténtico de los cincuenta.

—¡No me vengas con pamplinas! ¡Cuando buscabas localizaciones encontraste este patio por casualidad, por eso se te ocurrió situar la película en los cincuenta! Si encuentras otro rincón de esa época en Atenas, pagaré el traslado de mi bolsillo. Peristeri se ha convertido en Atlantic City, Kesarianí<sup>[\*]</sup> en aparcamiento de tabernas; hasta la estación del metro de Teseion es de *design*. Lo único que queda de la Atenas de los años cincuenta es la iglesia de San Jorge de Licabeto, y aún gracias.

—Todavía quedan en la ciudad vestigios suficientes de la época para rodar un cortometraje —insistió el director.

El director de fotografía vio que no conseguiría convencerlo y se acercó a la mujer.

—Señora Aretí, mañana habremos terminado, le doy mi palabra —le dijo en tono de súplica.

—Andreas, eres el único que me cae bien de toda la pandilla, pero no me pidas esto. Hoy es el último día.

El director de fotografía pegó la cara a la reja de la ventana y susurró a la mujer:

—Es todavía joven, está intentando hacerse un hueco. Lo ayudamos todos. Ayuda tú también un poco para que pueda empezar a conseguirlo.

—¿Y quiere empezar aquí? —se extrañó la mujer—. ¿Quién ha salido con éxito de aquí? Todos se hundieron en la pobreza y en la miseria. Tanto en los cincuenta como en la década del dos mil. Si quiere tener éxito, que vaya a trabajar para la televisión. Con tantos cadáveres que muestran a diario, seguro que encontrará un sitio.

—Mira, mañana te daré cien euros de más, de mi bolsillo.

—Vale, pero los quiero por adelantado, antes de que empecéis a trabajar. Los que me debéis y los de mañana. Si no, llamaré a la tele.

—Querrás decir a la policía —se rio el director de fotografía con condescendencia.

—No, quiero decir a la tele. No te preocupes, aún no he perdido la cabeza. A la policía la llamábamos en los años cincuenta. Ahora llamamos a la tele.

El cadáver estaba bañado en sudor y se estaba cambiando de camisa.

—¡Rodamos! —sonó la voz del director—. ¡Stellos, a tu puesto! Y esta vez no la fastidies, que perderemos todo el día con un plano.

El cadáver descorrió la tapa del pozo y miró en su interior.

«No me iría nada mal que me tiraran al agua», pensó, y volvió a tenderse en las losas ardientes del patio.

# **La muerte de Ulises**

Mi madre consideraba que el hombre ideal es aquel que lleva siempre a su mujer «entre algodones». Ulises siempre llevaba a sus dos gatas y a su gato entre algodones. Sobre almohadas de algodón, para ser más exactos. Él mismo se conformaba con un taburete, que colocaba junto a la puerta del semisótano donde tenía la tienda. Ulises vendía almohadas. Lo conocí gracias a un par de fundas bordadas que me había traído de Estambul. De vez en cuando me acordaba de que tenía que comprar almohadas para las fundas, pero siempre se interponía algo y acababa olvidándome.

Hasta que, un mediodía, me adentré por casualidad en la calle Imvru. Fue bastante raro porque, aunque la calle Imvru arranca enfrente de mi casa, nunca paso por allí. Prefiero las demás bocacalles de Ayía Zoni. Fue así como me encontré con la tienda de Ulises.

«Fíjate, tenía una tienda de almohadas enfrente de casa y no lo sabía. Esta es mi oportunidad», me dije.

Fui enseguida con las fundas. Ulises estaba ordenando el género. Tres gatos tendidos sobre las correspondientes almohadas lo observaban con esa mirada indolente de los gatos malcriados. En el poco espacio que quedaba libre en el suelo había un pequeño comedero gatuno con seis recipientes de comida y seis de agua en tres colores distintos: dos azul claro, dos amarillos y dos rojos.

—Los rojos son para el macho —me explicó al ver mi extrañeza—. Los azul celeste y los amarillos son para las hembras. Son colores más femeninos...

Su acento cerrado, por una parte, y el haber dicho azul celeste en lugar de azul claro despertaron mi curiosidad.

—*Nerelisin?* —«¿De dónde eres?», pregunté en turco.

—Soy griego de Estambul —me contestó—. *Samatyadan...* De Samatya. —Puso énfasis en la última palabra, como si quisiera subrayar su procedencia de la gran comunidad que los griegos compartían con los armenios en Estambul.

—¿Cuándo viniste a Grecia?

Los griegos de Estambul tienen dos edades. La primera cuenta desde el día de su nacimiento; la segunda, desde el día en que huyeron de Estambul.

—En el 65. Tenía entonces veinticinco años. Mi madre y yo no queríamos venir, pero mi padre estaba histérico. «¡La vida parca y Kotsos<sup>[\*]</sup> de monarca!», gritaba, porque el mamón de Constantino todavía reinaba en Grecia.

»En Estambul, mi padre y yo instalábamos suelos de caucho y papel pintado. Aquí los suelos son de madera, las paredes se pintan de blanco y nosotros terminamos de refugiados en los suburbios. De Paleó Fáliro a Kalizea, de allí a Petrálona, luego a Kypseli, a Ajarnón y cada vez más lejos, hasta que acabamos en Llosia. Mi padre murió de pena y remordimientos, yo aprendí el oficio de hacer almohadas y pude mantener a mi madre. Ella también murió, hace dos años.

Me limité a asentir con la cabeza en silencio, porque sabía que los griegos arrastramos la maldición de todas las minorías étnicas y no somos felices en ningún sitio. En Estambul echamos la culpa a los turcos, en Grecia a los griegos, y así confirmamos el proverbio turco de los males futuros: «Lo que ha de venir te hará añorar lo que ya se ha ido».

—Aún me queda un sueño en la vida —continuó Ulises—. Volver a Estambul y morir en la residencia de ancianos de Baluklí. Quiero que me entierren en el lugar donde empecé a soñar.

Era la primera vez que me topaba con un griego de Estambul que soñaba con morir olvidado en Baluklí, la residencia para los

ancianos griegos de la ciudad.

—Está todo arreglado —prosiguió, y por primera vez vi una sonrisa en su cara—. He dado todos mis ahorros para que me guarden una plaza. Por eso dejé el piso y duermo en la tienda, para añadir el importe del alquiler al dinero de Baluklí. Ya me habría ido si no fuera por los gatos. Me dolería abandonarlos en la calle.

Volví a casa con dos almohadas bajo el brazo y muchos interrogantes en la cabeza. No me había tomado en serio que Ulises pensara volver a Estambul para morir en Baluklí. En cuanto a su afirmación de haber pagado ya para asegurarse una plaza, la gente habla muchas veces de sus intenciones como si fueran hechos consumados cuando, en realidad, no son más que propósitos que nunca cumplirán.

Al final, mi convicción de que todo aquello no eran más que deseos fantasiosos de un nostálgico del pasado me hizo ver a Ulises como la figura pintoresca de un viejo solterón con dos gatas y un gato y muchas almohadas. Siempre que pasaba por la tienda me detenía para darle los buenos días o para charlar un rato con él, charla que Ulises mantenía en turco cuando quería desfogarse de su casera a sus espaldas. En Estambul hablaba en griego cuando no quería que los turcos lo entendieran, aquí habla en turco. Estaba seguro de que, si lo presionaba, le saldría el dialecto grecoturco «por si las moscas». Claro que los griegos no se referían a las moscas de verdad, sino a los turcos, aunque no se atrevían a decirlo a las claras.

Una mañana de septiembre, alrededor de las once, Ulises llamó a mi puerta. Llevaba un paquete en las manos.

—He venido a despedirme —me dijo—. Vuelvo a la patria.

No me lo esperaba, porque habían pasado unos seis meses desde el día en que nos conocimos y el tema del regreso a la tierra patria había quedado olvidado por completo. Por mi parte, creía tener motivos para no haberle dado demasiada importancia a su proyecto, porque era de aquellos que la emoción sustenta pero la

razón pocas veces puede realizar. Así que el anuncio inesperado de su partida me pilló desprevenido. Quién sabe, a lo mejor quería sorprenderme o tal vez había intuido mi incredulidad y había esperado pacientemente que llegara la hora de la verdad.

—¿Y los gatos? —pregunté aturdido.

—El macho pasó a mejor vida. A las otras dos las he dejado en la protectora de animales. No ha sido fácil, pero me ha parecido justo que ellas también estuvieran en una residencia de ancianos.

—¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana, en autocar. También vinimos a Grecia en autocar. Con Pafsanías. La mayoría de los nuestros utilizaban entonces esta compañía. Pafsanías era el autocar de los llantos. A lo largo de todo el viaje no se veían más que ojos hinchados y pañuelos empapados en lágrimas. Esto también entraba en mi sueño: hacer el viaje en autocar, pero que en esta ocasión fuera un viaje de alegría. —Entonces me entregó el paquete—. Esto es para ti.

Era una almohada con un barquito bordado en la funda, como aquellos que se usan en Navidad.

—Lo bordó mi madre. Los barquitos de Navidad eran lo único que le gustaba de Grecia.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras a toda prisa, sin esperar al ascensor. Grité: «Gracias por la almohada» detrás de él.

Voy a Estambul a menudo. Unas veces por trabajo, y otras porque alego tener trabajo para así poder sacar a pasear mis recuerdos. Los dos primeros viajes después de la partida de Ulises fueron de negocios y no tuve tiempo para pensar en él, ni en la residencia de Baluklí, ni en ninguna otra institución benéfica de la comunidad griega.

El tercer viaje, sin embargo, fue de evasión. El trabajo podría haberlo hecho perfectamente en Atenas a través de Internet. Así que tuve todo el tiempo para mí, y pude dar paseos por el Bósforo, tomar el barco a las islas Príncipe o disfrutar de las vistas desde el

café Pierre Loti. Y en ese estado de relajación me acordé de Ulises y una tarde decidí ir a verlo.

—¿Es usted un familiar? —me preguntaron en secretaría cuando me presenté.

—No, soy un amigo de Atenas.

—Espero poder encontrarlo, porque nadie sabe dónde pasa los días —dijo pensativo el secretario.

Dieron con él media hora después. Entró en el despacho preocupado, con la mirada puesta en el secretario, que hizo un gesto en dirección a mí. Ulises se mostró muy sorprendido al verme.

—*Hosgeldin!* —exclamó en turco—. ¡Bienvenido! ¿Cómo te has acordado de mí?

—He venido a pasar unos días y quería saludarte.

—Has hecho bien. Ven, te enseñaré mi habitación.

Cuando salimos del despacho, emprendimos a ritmo acelerado una visita guiada. Primero me llevó a su habitación, luego a la sala de recreo, después al comedor y de allí a la cocina, para acabar en la lavandería y, acto seguido, en el jardín, donde hicimos paradas obligatorias para que pudiera presentarme a los demás pensionistas, al cocinero, al encargado de la lavandería y al jardinero. Cada presentación iba acompañada de una explicación de quién era yo y de quién era la persona a la que acababa de conocer. Cuando me fui de la residencia me sentía extenuado, como si hubiera corrido una maratón.

No me preguntó nada de Grecia, ni de Atenas, ni del barrio. Como si nunca hubiera estado allí y, por lo tanto, como si nunca se hubiera ido de Estambul. Antes de despedirnos me abrazó y me hizo prometer que iría a verlo en la próxima ocasión.

No me di prisa en cumplir mi promesa. Cada vez encontraba un pretexto para aplazar mi visita a Ulises. Para ser sincero, me había sorprendido esa alegría de niño pequeño en un hombre que, a sus setenta años, había acabado viviendo solo en la residencia de

ancianos de Baluklí. Más aún: me había sentado mal su indiferencia por el país que lo había acogido durante cuarenta años.

Al final, al cabo de un año, decidí ir a verlo de nuevo. Fui una tarde, igual que la primera vez. El secretario me reconoció y meneó la cabeza tristemente.

—Ulises ha muerto —me dijo.

No sé si en aquel momento sentí afecto por Ulises o remordimientos por no haber satisfecho su deseo, aunque ambos sentimientos estaban unidos.

—¿Estaba enfermo? —pregunté.

—Qué va, tenía una salud de hierro. Pero el miércoles pasado hicieron su aparición por primera vez los Lobos Grises.<sup>[\*]</sup> Normalmente se reúnen para protestar delante del Patriarcado. Cerramos las puertas, hicimos entrar a los viejos que estaban en el jardín y nos encerramos dentro de la residencia para esperar a la policía. De repente, apareció Ulises de la nada. Corrió hasta la verja del jardín, empezó a zarandearla y a increpar a los Lobos Grises.

»«¡Marchaos de aquí!», gritaba, y sacudía la verja. “¡Han venido los salvajes para echar a los mansos! Desde septiembre del 55 os sacan para asustarnos, para hostigarnos y obligarnos a huir. ¡No nos iremos! Este es nuestro país. Los extranjeros sois vosotros, que habéis venido de Anatolia. Yo no os tengo miedo, que lo sepáis. Me echasteis una vez, pero he vuelto para quedarme. No me iré a ningún sitio, ¿me oís? ¡A ningún sitio!” —El secretario hizo una pausa para recuperar el aliento—. Horas enteras estuvo gritando lo mismo. Y cuanto más gritaba, más se enfurecían los Lobos Grises. El director, dos guardias y yo intentamos meterlo dentro del edificio, pero se resistía con uñas y dientes. Al final, llamamos a la policía. “Abuelo”, le dijo un agente, “entra en el edificio, nosotros los echaremos.” Al principio no quería marcharse. “No les tengo miedo”, gritaba. “Lo sé, eres un león”, le contestó el policía, “pero entra en la residencia y nosotros nos encargaremos.”

»Estaba muy agitado. Le subió la tensión a veintiuno. El médico le dio una pastilla y le mandó acostarse. Al día siguiente, a las

nueve de la mañana aún no había aparecido. Dos amigos suyos se preocuparon y fueron a despertarlo. Lo encontraron muerto en la cama.

Callamos, él porque ya lo había dicho todo, y yo porque no sabía qué decir.

—Se puede mirar de esta manera —añadió el secretario al final—. Ulises quiso echar de su casa a los pretendientes, pero ya era muy viejo y le dio un síncope. Si quiere visitar su tumba, está aquí al lado. Donde los enterramos a todos.

Era una tumba sencilla y bien cuidada en medio de una hilera de tumbas iguales que recordaban un poco las pacíficas calles de clase media de Londres, con sus casas idénticas. En la floristería vendían rosas, claveles y gardenias. Yo le compré crisantemos. A los griegos de Estambul les gustan mucho los crisantemos.

# **La destrucción de Pompeya**

La ropa estaba tendida en el patio, algunas prendas sobre sillas y otras en los escalones de la iglesia. Algún transeúnte podría pensar que el mercadillo había llegado a ocupar el patio, aunque era jueves y el mercadillo se celebraba los martes. La mayor parte eran prendas masculinas: camisetas, vaqueros y camisas. También había un amplio surtido de ropa infantil. Las prendas femeninas escaseaban en cantidad y también en variedad. Había, sobre todo, blusas, unas cuantas faldas y alguna que otra camisa.

Los clientes potenciales que examinaban el «género de moda» eran inmigrantes de diferentes países del Tercer Mundo, todos ellos morenos, con bigote en su gran mayoría, mientras que las mujeres llevaban casi todas pañuelo. Un viejecito que arrastraba la pierna derecha y caminaba apoyándose en un bastón buscaba una camisa de su talla. Al final, escogió una de colores, como aquellas que lucen los norteamericanos como si fuera una seña de identidad. Los niños jugaban en el patio y, mientras corrían, agarraban de vez en cuando alguna camisa, camiseta o pantalón y se lo llevaban a sus madres, que estaban sentadas en los bancos y en los pretilos redondos que abrazaban los troncos de los árboles del patio.

El padre Ioannis Perdikis se había sentado arriba, delante de la entrada de la iglesia, para poder vigilar el espacio y asegurarse de que la distribución del género se hacía de forma ordenada y sin discusiones. La ropa la reunía Sotiría, su hermana solterona. Cuando el padre Ioannis salía para ir a la parroquia, Sotiría limpiaba la casa, preparaba la comida y luego recorría las otras parroquias de Atenas en busca de ropa, zapatos y cualquier otra cosa que

podrían necesitar «los pobres». Sotiría no discriminaba entre pobres autóctonos y pobres inmigrantes. Para ella todos eran necesitados, independientemente de su raza y religión. Los colegas de su hermano le ofrecían de buena gana lo que habían podido reunir gracias a los parroquianos, ya fuera porque les daba pereza ocuparse de la distribución o porque sabían que el padre Ioannis sería más eficaz, puesto que su parroquia se encontraba en el corazón mismo de la pobreza importada. Sotiría supervisaba la colecta, inspeccionaba el género para descartar lo desechable y luego mandaba a Alekos a llevarlo a la parroquia de su hermano. Alekos era el verdulero del barrio y facilitaba la buena obra usando su camioneta para el transporte.

El padre Ioannis los vio llegar desde su puesto de supervisión. Tres hombres y una mujer conocidos como el Comité de Lucha. En cuanto atravesaron la verja y entraron en el patio, se produjo un movimiento en sentido contrario. Los inmigrantes empezaron a retirarse, con prudencia y en silencio. La mayoría dejaron caer tras de sí la ropa que habían escogido. Otros la mantuvieron apretada contra el ombligo, sobre todo las mujeres con niños.

En vano se asustaron, porque el Comité no les hizo el menor caso. Tenía las vistas puestas en el padre Ioannis. Dos de los hombres llevaban ropa convencional, camisa, camiseta y vaqueros. La mujer estaba maquillada en exceso y la blusa le realzaba sus generosos pechos. El cuarto miembro del grupo era un joven musculitos con los brazos cubiertos de tatuajes hasta los dedos, la cabeza rapada y un pendiente en la oreja derecha. Se plantaron a los pies de la escalera y esperaron a que el padre Ioannis los llamara. Como la invitación se hacía esperar, subieron por iniciativa propia.

—¿Cómo lo ves, padre? —preguntó la mujer señalando el patio, que entretanto se había quedado vacío con excepción del viejo con el bastón—. Nosotros queremos echarlos y tú te crees un rey mago.

—Antes solo les dabas de comer, ahora les regalas ropa —dijo el hombre de la camiseta—. ¿Cómo se van a ir, si te tienen a ti para

que los vistas y les des de comer?

La pregunta quedó en el aire, porque el sacerdote seguía callado. Los miembros del Comité de Lucha se miraron incómodos. El silencio del padre Ioannis les desconcertaba. Por un lado, no querían enfrentarse a él, y por otro estaban decididos a limpiar el barrio de extranjeros.

—Esto degrada el barrio, ¿es que no lo ve, padre Ioannis? —preguntó el hombre de la camisa—. Al final, no habrá nadie que quiera comprarse un piso aquí. Tendremos que vender por una miseria y marcharnos. Si no los echamos nosotros, nos echarán ellos.

El padre Ioannis miró al hombre y dijo con calma:

—Son viajeros. Los enfermos y los viajeros necesitan ayuda.

—Lo mismo decimos nosotros —repuso el hombre de la camiseta—. Si son viajeros, que sigan su camino. Nosotros no somos viajeros.

—No somos viajeros y no necesitamos la ayuda de nadie. Ni del Estado ni de la Iglesia —comentó la mujer.

—Anna, tú eres una mujer pía. ¿Te has olvidado del «Ama a tu prójimo»?

—¿De qué prójimo hablas, padre? —intervino por primera vez el joven de los tatuajes—. Nos dijisteis que los albaneses eran nuestros prójimos y tuvimos que apechugar con ellos. Luego nos dijisteis que los búlgaros y los rumanos eran prójimos, y acabaron quitándonos el curro. ¿Y ahora son nuestros prójimos los que vienen del corazón de Asia? ¿Ahora somos vecinos de Asia?

El padre Ioannis se volvió para mirarlo por primera vez desde que había empezado la discusión.

—Nuestro Señor Jesucristo era un emigrante como ellos —le dijo.

—¿Emigrante? ¿Jesús era un emigrante? —preguntó el hombre de la camiseta a Anna, seguramente porque la consideraba ducha en asuntos eclesiásticos.

Anna hizo un gesto de extrañeza.

—No sé qué decirte. Que yo sepa, era judío —contestó.

—Claro que era judío —afirmó categóricamente el hombre de la camisa—. Por eso dijo «Ama a tu prójimo», porque allí todos eran judíos. Aquí también lo entendería si todos fuéramos griegos. Pero somos una ensalada variada.

—Nuestro Señor era un emigrante religioso —explicó el sacerdote—. Emigró al cristianismo y era un migrante cristiano entre judíos. Los judíos lo persiguieron porque emigró a otra religión. Como vosotros perseguís ahora a los desgraciados que vienen de otros países.

—¡En eso tienes razón! —exclamó el joven de los tatuajes—. Los judíos lo crucificaron y desde entonces son los amos del mundo. Ahora nos ha salido el islam. Por eso tenemos que mandarlos de vuelta a sus países, para que se maten entre ellos y nos dejen vivir en paz.

—Ya sabes que te respetamos y te apreciamos, padre Ioannis —dijo Anna—. Pero contrólate un poco.

—Hazlo y no habrá problemas —añadió el hombre de la camiseta—. Esto no es Glyfada ni Ekali.<sup>[\*]</sup> Es un barrio de clase media y los pisos los compramos con nuestro sudor. No podemos comprar a cien y vender a cincuenta. Es nuestra ruina y la de nuestros hijos.

Luego se dieron la vuelta y se marcharon. El padre Ioannis se levantó lentamente de la silla y bajó al patio para recoger la ropa y llevarla al pequeño almacén.

Que los «problemas» eran más que un modo de hablar lo supo una noche, cuando, a las nueve, sonó el timbre de su piso y apareció Alekos en el umbral. Al principio pensó que venía para decirle que ya había trasladado la ropa al almacén. Alekos solía llevarla después de cerrar la verdulería y tenía una llave del almacén para poder dejar la ropa cuando tuviera tiempo. Pero el hombre parecía agitado y esto le sorprendió.

—¿Qué te pasa? —preguntó el padre Ioannis a Alekos.

—Baja a la calle y lo verás.

La camioneta de Alekos estaba aparcada delante de la entrada del edificio. La ropa aún seguía en la caja, aunque alguien le había prendido fuego. El padre Ioannis y Sotiría miraron atónitos la carga quemada, chamuscada y empapada en agua.

—Primero prendieron fuego y después lo apagaron ellos mismos para que no se extendiera —explicó Alekos—. Me dijeron que esto era solo una advertencia, que la próxima vez me quemarían el coche. Y la gente alrededor miraba sin hacer nada.

El sacerdote y Sotiría no hicieron ningún comentario. Seguían mirando la caja de la camioneta.

—Voy a tirarlo todo al vertedero —continuó Alekos—. Y es el último favor que te hago. Mi bondad no llega al extremo de sacrificar mi medio de vida. —Abrió la puerta del conductor, pero se detuvo y miró al padre Ioannis—. Yo en tu lugar tendría más cuidado, padre. Si a mí me han hecho esto, no sé qué te harían a ti.

Luego arrancó el motor y se fue.

—Tengo que buscar a otro transportista, y no será fácil —dijo el sacerdote cuando volvieron al piso.

—Ioannis, no les provoques —le rogó Sotiría—. Alekos tiene razón. Están enloquecidos, no sabemos qué son capaces de hacer. Y nadie querrá defenderte. En otros tiempos teníamos feligreses. Ahora han subido un peldaño, se han convertido todos en Poncios Pilatos.

El padre Ioannis no contestó. Empezó a bajar libros de su biblioteca.

Cuando el domingo siguiente, en la liturgia, los fieles vieron al padre Ioannis subir al púlpito, no se extrañaron. Todo el barrio sabía lo del incendio de la camioneta y tenían curiosidad por ver cómo reaccionaría el sacerdote. Además, el padre Ioannis no predicaba a menudo, de manera que todos supusieron que hablaría del incidente. Lo vieron quedarse en silencio mirando desde lo alto a la congregación, que era más numerosa que de costumbre. No por

exaltación religiosa ni por arrepentimiento tras la agresión, sino por pura curiosidad de escuchar lo que tenía que decirles.

El padre Ioannis empezó el sermón con una pregunta.

—¿Quién de vosotros sabe cómo se perdió la antigua Pompeya?

Los feligreses se miraron sorprendidos. Esperaban enfado, referencias a la Biblia. En ningún caso esperaban que les preguntara si sabían cómo se había perdido la antigua Pompeya. Siguió un silencio embarazoso. El sacerdote aguardó pacientemente.

—Pompeya estaba en África, ¿verdad? —preguntó alguien tímidamente.

—Pero ¿qué dices? Esa era la antigua Cartago —sonó una voz didáctica de entre la gente—. Pompeya estaba en Italia, cerca del monte Vesubio, y fue destruida cuando entró en erupción el volcán.

—Sí, por el terremoto —confirmó el padre Ioannis—. Aunque el terremoto fue el castigo que Dios envió a una ciudad que se había sumido en el libertinaje y el pecado. Nosotros, los griegos, vivimos en un país sismogénico. Sabemos de terremotos, como sabemos de arcos sísmicos. Pero también existe un arco pecador que nace en Sodoma y Gomorra, pasa por el Diluvio y por Pompeya y llega hasta nosotros. Nos hemos convertido en un país del pecado, del dinero fácil, de la vida fácil y del egoísmo. Pero acordaos de lo que dijo nuestro Señor: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque pagáis al templo el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero no respetáis los mandamientos más importantes, la justicia, la piedad y la fe».

Calló y esperó a que cesaran los murmullos entre los asistentes.

—Se ha subido a la parra el abuelo —dijo alguien lo bastante alto para que se oyera.

Y otro le habló directamente:

—¿Por qué no solicitas el traslado a otra parroquia? Donde no haya fariseos como nosotros. Lo digo por tu bien.

—No voy a huir —respondió el padre Ioannis—. Me quedaré aquí, y voy a haceros una propuesta. Si a partir de mañana os

encargáis entre todos de ofrecer a esos pobres un plato de comida, aunque sea un plato de lentejas, y una camisa, no la segunda sino la que pensabais tirar a la basura, yo dejaré de distribuir comida y ropa. Si no, compraré una furgoneta y haré yo mismo el traslado de la ropa. Porque yo nunca olvidaré el mandamiento de mi Señor: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Cuando el padre Ioannis bajó del púlpito, la congregación ya había empezado a abandonar la iglesia.

El coche patrulla que, avisado por el sacristán, acudió a la iglesia el miércoles por la mañana encontró al sacerdote caído de bruces delante del presbiterio, con heridas craneoencefálicas mortales asestadas con un objeto metálico, una barra, con toda probabilidad, como certificó más tarde el forense en su informe de la autopsia.

El sacerdote que llegó enviado por el arzobispado se santiguó y murmuró:

—Murió por nuestros pecados. —Y añadió, en voz tan baja que solo él podía oírla—: Aunque no se levantará de entre los muertos, como dicen las Escrituras.

# **Un atentado que llegó tarde**

A las seis y media de la tarde del 20 de julio de 1944, el matrimonio Krull se sentó a la mesa para su cena frugal. Los alimentos eran cada vez más escasos y Agnes Krull se enfrentaba a un problema creciente a la hora de conseguir algo más que sopa y patatas. Esta pobreza alimentaria y los incesantes bombardeos eran los únicos indicios de que la guerra iba mal. Por lo demás, la radio tocaba siempre música agradable, igual que esa noche. Además, habían anunciado que el siguiente programa trataría sobre la exterminación de los ratones.

—Por fin, ya era hora —comentó la señora Krull—. Los ratones se han apoderado de Berlín, y si esperamos salvarnos solo con las trampas, estamos apañados.

Las esperanzas de la señora Krull quedaron frustradas y el programa nunca se emitió. En cambio, la música se interrumpió de repente y sonó la voz agitada del locutor.

—Hace poco se ha producido un atentado con explosivos contra el Führer. El Führer no ha sufrido heridas graves. Ha continuado su trabajo con normalidad y más tarde se ha reunido con el Duce. Sin embargo, doce consejeros militares han resultado heridos, algunos de gravedad.

Agnes y Hans Krull se miraron consternados.

—¿Crees que lo habrán asesinado y no quieren decirlo? —preguntó la señora Krull.

—Esperemos que estén diciendo la verdad, para variar.

—¿Por qué «esperemos»? ¿Tanto te preocupa la vida de Hitler?

—Agnes, echa un vistazo a tu alrededor —contestó Hans en el tono didáctico que le parecía obligado cuando hablaba con su mujer, ya que era quince años más joven que él—. Con el resto del mundo en contra nuestra, con nuestras condiciones de vida más insoportables cada día, con los bombardeos que nos mandan a los refugios cada dos por tres, necesitamos una mano fuerte que lleve el país. Y Hitler es la única mano fuerte que tenemos. No te olvides de que tenemos un hijo en el frente.

—Precisamente porque pienso en él, me pregunto si podríamos llegar a una paz honrosa si Hitler no estuviera.

—Tras el desembarco en Normandía, no puede haber paz honrosa. Los ingleses y norteamericanos dictarán las condiciones y nosotros firmaremos. ¿Qué pretendes? ¿Que Hitler se vaya para que nos gobiernen los bolcheviques?

Agnes Krull tuvo tiempo de murmurar: «Que Dios no lo quiera» antes de que la radio interrumpiera de nuevo la emisión.

—Van a escuchar el mensaje del Führer al pueblo alemán —anunció el locutor.

—Esto significa que está vivo —dijo Agnes Krull, afirmando lo obvio.

—Alemanes y alemanas —sonó de inmediato la voz del Führer—. Un grupúsculo de oficiales ambiciosos, desleales y criminalmente estúpidos, tramó un plan para destruirme a mí y a la plana mayor de la Wehrmacht. La bomba, que puso el coronel conde Von Stauffenberg, estalló a dos metros escasos de mi flanco derecho. Hirió de gravedad a algunos de mis colaboradores más queridos. Uno de ellos ha fallecido. En unos momentos en que las fuerzas armadas alemanas libran batallas extremadamente duras en todos los frentes, ese grupúsculo se creyó capaz de atacarnos por la espalda. Repito, se trata de un grupo muy reducido de elementos criminales que será aniquilado sin piedad.

Al día siguiente, el atentado contra Hitler era el único tema de conversación en el país entero y también en la oficina del Ministerio del Interior donde trabajaba Hans Krull.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó Werner Sturm, uno de sus colegas.

Hans lo conocía bien. Era miembro del partido y delataba a todos los que trabajaban en la oficina.

—Un ángel bondadoso protegió a Alemania del desastre —contestó.

Werner Sturm lo miró con recelo. Krull no le convencía, aunque tampoco le daba motivos para acusarlo de nada.

—El discurso del Führer fue extraordinario —añadió Krull para evitar malentendidos.

—Fue Joseph quien lo animó a pronunciarlo —dijo Sturm con orgullo, como si Joseph Goebbels fuera su primo hermano.

Hans Krull no era partidario de Hitler, aunque tampoco un opositor. Al principio, aunque con reservas, había reconocido las virtudes de Hitler. Había podido resarcir a Alemania de la vergüenza del Tratado de Versalles. Se había encontrado con un país agotado por la crisis económica y lo había vuelto a convertir en poderoso en muy poco tiempo. Claro que ahora las cosas iban de mal en peor, por mucho que el gobierno y las autoridades ocultaran la verdadera situación. Aun así, no existía nadie más capaz que Hitler en el horizonte.

Hans Krull era realista. No deseaba la presencia de Hitler pero la aceptaba, como diría Kavafis.

—Pero ¿qué pasó exactamente? ¿Se conocen los detalles? —preguntó la señora Sontheim.

—Solo sabemos que el general Fromm ejecutó en el acto a Von Stauffenberg, a Albrecht Mertz von Quirnheim y a Werner von Haeften.

—Bien hecho —aprobó la señora Sontheim.

—Para salvar el pellejo —repuso Sturm—. Que sepamos, las únicas unidades que los conspiradores pudieron movilizar, y eso solo en parte, fueron las de reserva bajo las órdenes de Fromm.

En la Alemania de los diez últimos meses del Tercer Reich, algunas cosas se sabían hasta el más mínimo detalle y otras no se

conocían nunca. Se podía saber, por ejemplo, que Hitler tenía un catarro, pero no que los aliados habían liberado París. Los alemanes estaban inmersos en su propia lucha. Intentaban sobrevivir a los bombardeos aéreos diarios de los aliados, conseguir comida, volver a casa y encontrarla en pie, y suspirar con alivio cada día que no recibían una carta que les comunicara, siempre con las mismas palabras estereotipadas, que su hijo, su padre o su hermano habían caído por la patria en alguno de los frentes de guerra.

Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho para conocer la verdad, aunque solo fuera desde la óptica del gobierno. El 7 de agosto comenzó el juicio de los conspiradores en el Tribunal Popular, presidido por el famoso Roland Freisler. Goebbels había ordenado que los acusados comparecieran humillados y ridiculizados, porque quería filmar el juicio para mostrarlo al ejército y al pueblo como medida ejemplarizante.

En el primer grupo de acusados estaban el mariscal de campo en reserva Erwin von Witzleben, los generales Erich Hoepner, Paul von Hase y Helmuth Stieff, aunque también oficiales más jóvenes, como Von Hagen, Klausning y el conde Yorck von Wartenburg.

La figura más trágica era la del mariscal Von Witzleben. Le habían quitado la dentadura postiza para que apareciera desdentado y le habían puesto un pantalón que le venía demasiado ancho y no tenía tirantes. Cada vez que se ponía de pie para hablar con Freisler, tenía que sujetarse el pantalón para que no se le cayera.

—¿No te da vergüenza hurgar en el pantalón a tu edad? —le gritó Freisler.

A pesar de su desgracia, los alemanes acudieron corriendo para satisfacer su curiosidad.

—Esto es intolerable —susurró Hans Krull a su mujer cuando salieron de uno de los pocos cines que aún funcionaban—. Tratar así a uno de los militares más importantes de Alemania. No me

digas que no le quitaron la dentadura a propósito o que no tenían un par de tirantes para el hombre.

—A lo mejor le rompieron la dentadura cuando lo torturaron —murmuró Agnes—. En cuanto a los tirantes, pronto no habrá ni pantalones que ponerse.

Freisler encontró sus mejores aliados en los abogados de la defensa. Por temor a sufrir represalias del régimen, rivalizaban entre sí en culpabilizar a sus propios clientes. El abogado de Von Witzleben, por ejemplo, un tal doctor Weissman, superó al propio fiscal en sus acusaciones y presentó a su cliente como un «asesino atroz» que merecía la pena capital.

—Serán colgados como animales en el matadero —sentenció Hitler.

El 8 de agosto trasladaron a los ocho acusados a una habitación. Del techo colgaban ocho ganchos de los que se utilizan en los mataderos. Les pusieron la soga alrededor del cuello y los colgaron de los ganchos hasta que murieron.

Al final, resultó que los conspiradores no eran tan pocos. El Tribunal Popular presidido por Freisler continuó su obra macabra hasta 1945 y pronunció un montón de sentencias de muerte. Las sesiones se interrumpieron el 3 de febrero de 1945, cuando una bomba de la aviación norteamericana cayó sobre el edificio del Tribunal. La bomba mató a Freisler y destruyó los expedientes de todos los acusados que no habían sido juzgados todavía.

En esa misma época, el hijo de Hans y Agnes Krull cayó prisionero de los soviéticos mientras sus padres rebuscaban en la basura para encontrar algo con que calmar el hambre. Ni Freisler ni el Tribunal Popular les importaban ya en absoluto.

—El 20 de julio de 1944 fue un día muy caluroso y agobiante —recordaba casi cincuenta años después Traudl Junge, la última secretaria personal de Hitler—. La señora Kester y yo aprovechamos para ir a un pequeño lago que estaba fuera de la zona prohibida para darnos un chapuzón y tomar el sol un poco.

Hacía tanto calor que no teníamos ganas ni de hablar. Nos quedamos tumbadas soñando con el futuro.

Así empezó aquel 20 de julio de 1944.

# Poemas y crímenes

Los veo bailar y pienso que nosotros, los griegos, tenemos dos movimientos estándar para expresar nuestros orígenes orientales en lo que a baile se refiere. Cuando bailamos un zeibékiko<sup>[\*]</sup> abrimos los brazos en cruz y damos vueltas y más vueltas. Y así durante todo el baile, hasta que se termina la música. Es la imagen que ha quedado de la película *Zorba el griego* con aquel actor americano, aunque él bailaba un kritikó<sup>[\*]</sup> y no un zeibékiko.

Cuando nuestras mujeres, por otra parte, quieren expresar con el baile su pasión oriental, alzan las manos y hacen girar las muñecas, algo parecido al movimiento con el que se atrae la atención de los niños, al tiempo que levantan y bajan los hombros alternativamente.

Si eres oriundo de la región de Epiro, la tradición del gobernador Alí Bajá se te queda pegada como una lapa, y lo que no has podido aprender de la tradición lo perfeccionas en los bailes de la policía. No hay baile de la policía en que no se levante un colega para echar un zeibékiko, sea el jefe o cualquier subordinado.

—Ese es un director de cine muy conocido —susurra Katerina, que está sentada a mi lado, mientras señala al bailarín que da vueltas con los brazos abiertos.

En Grecia todo funciona al revés. Los artistas se menean como si fueran espantapájaros en movimiento y los polis bailan como profesionales.

Hemos venido a este local por recomendación de Maña y su compañero, el alemán Uli. Unos amigos los habían convencido de ir a escuchar rebétika.<sup>[\*]</sup> Quedaron entusiasmados y transmitieron su entusiasmo a Katerina.

Fanis insistió en que los acompañáramos. Al principio Adrianí se opuso con un tajante: «Solo nos faltaban las mandolinas», pero Fanis perseveró y, al final, logró convencerla.

Una de las paredes del local está cubierta de estantes llenos de libros. Por lo visto, es una mezcla de librería y cafetería que organiza noches musicales. Antes cenábamos en una taberna de Guisis que de día era tienda de ultramarinos y de noche se convertía en cantina cuya especialidad eran los caracoles. Ahora las librerías se convierten en tugurios musicales por la noche.

Para hacer honor a la verdad, la música nos devuelve a la época de Tsitsanis y de Jiotis<sup>[\*]</sup> y el tipo que toca el buzuki es un *crack*, hasta el punto de que algunos de entre el público, entusiasmados, se han puesto de pie para dar palmas al ritmo de la música.

El director de cine sigue entregado a sus giros cuando se abre la puerta del local y entra un cincuentón con un ramo de rosas en la mano, pequeñas y en vías de marchitarse. Se detiene en el umbral y examina el espacio, seguramente para decidir a qué cliente se acercará primero.

«Solo falta que empecemos a tirar flores a las cantantes», pienso, pero me equivoco, porque una de las camareras se le acerca y le susurra algo al oído. El florista niega con la cabeza. La joven vuelve a su trabajo. Lógicamente, le ha pedido que se marche, pero el tipo sigue clavado en el mismo sitio, delante de la puerta. Ni se acerca a los clientes para venderles flores ni se va. Permanece inmóvil y escucha a la cantante que entona: «Gitano loco, adónde vas...», mientras el director de cine sigue imitando a un espantapájaros en movimiento.

De repente, el florista deja el ramo encima del escritorio que hace las veces de caja y se acerca al director. Empieza a bailar, aunque su baile nada tiene que ver con el del otro. El florista mantiene los brazos doblados, va bajando hacia el suelo mientras baila y gira casi en posición de cucullas mientras su abrigo raído barre el suelo. De vez en cuando golpea el suelo de madera con la palma de la mano o con la planta del pie.

Por su modo de bailar podría ser un poli, aunque los polis siguen cobrando una pensión, recortada, eso sí, y no tienen que vender flores en los locales nocturnos para ganarse la vida.

Ahora todos en el local nos hemos puesto de pie y batimos palmas rítmicamente, incluido el director de cine, que ha dejado de bailar.

—¡Miltos, te ha dejado KO! —grita un tipo con perilla desde la mesa donde están sentados los amigos del director.

El florista termina su baile al tiempo que la música; entonces se yergue, aplaude a la orquesta y se vuelve hacia el público.

—Gracias por haberme dejado bailar. Lo necesitaba —dice amablemente. Después se dirige al escritorio, recoge el ramo de flores y sale del local.

—¡Tíos, no le hemos comprado ni una flor! ¡Seremos brutos! —grita el de la perilla, y sale corriendo tras el florista.

Pronto reaparece con las flores y las ofrece a las dos cantantes en medio del aplauso general.

—Como en los viejos tiempos —dice Adrianí con nostalgia.

—Con una pequeña diferencia —le contesta un señor de la mesa contigua—. En los viejos tiempos, esta música la escuchaba y la bailaba la gente sencilla. Ahora la bailan los escritores, los artistas y los intelectuales.

Echo un vistazo a mi alrededor y reconozco que tiene razón, pero Adrianí no le hace caso. Está tan emocionada que canturrea las letras de las canciones una tras otra. Fanis me guiña el ojo y me sonrío.

Ya es la una de la madrugada cuando decidimos marcharnos, y somos los primeros en hacerlo. Los demás asistentes siguen con el espectáculo.

Apenas he tomado el primer sorbo de mi café cuando Papadakis irrumpe en mi despacho.

—Tenemos un caso que, por la descripción, parece que se trata de un asesinato, señor comisario.

—¿Y no has encontrado mejor momento para decírmelo que mientras me tomo el café, Papadakis?

No le digo que, al mismo tiempo, ha echado a perder el buen humor que me duraba desde anoche.

—¿Por qué se enfada conmigo? ¿Acaso soy yo el asesino? — protesta él, y con toda la razón.

—¿Dónde ha tenido lugar el crimen?

—En una cafetería de la calle Santa Irini.

Cuando llegamos al escenario del crimen, me doy cuenta de que la cafetería es el mismo local donde estuvimos divirtiéndonos anoche.

Un coche patrulla ha cerrado la calle al tráfico y un agente desvía los coches que bajan por Karayorgui Servías a la izquierda, hacia la calle Eolu, para que salgan a la calle Ermú.

—El cadáver está en el callejón al que da el patio trasero, señor comisario —me informa el conductor del coche patrulla.

En el interior del local, ahora convertido en café librería, impera un silencio absoluto. El propietario está apoyado en el mostrador que hay enfrente del bar. Toma sorbos pausados de su vaso de vino mientras se dedica a estirar y aflojar los tirantes de su pantalón. El resto del personal está reunido en silencio en torno al bar.

El propietario alza la vista y nos mira. Parece que me ha reconocido de anoche y da un paso adelante para hablar conmigo, pero lo interrumpo:

—Más tarde. Ya lo buscaré yo. —Y salgo al patio acompañado de Papadakis.

Nos encontramos en un patio típico de las casas viejas de la zona. En verano, cuando el centro de Atenas en torno a Monastiraki hierve a fuego lento, debe de ser un pequeño oasis de frescor.

Una verja separa el patio del callejón. Junto a los escalones que bajan al callizo y delante de un Toyota Yaris, yace un tipo caído de bruces. Tiene el cráneo destrozado y la sangre le cubre la cara y la espalda.

Enseguida reconozco al director de cine que estuvo bailando anoche. Miro a mi alrededor. Un poco más allá, en la acera de enfrente, hay una vieja casa de tres pisos a punto de ser demolida. Alguien debió de golpearlo por detrás con un ladrillo, un trozo de mármol o cualquier material de construcción.

—¿Necesitas que te explique cómo lo mataron? —dice alguien detrás de mí.

Me vuelvo y veo a Stavrópulos, el forense.

—No, está clarísimo. Lo único que me interesa es la hora del crimen.

Aunque también puedo calcularla, más o menos. Debieron de matarlo en el momento en que salía del local, pasada ya la una de la madrugada, porque lleva la misma ropa que anoche.

Dejo que Stavrópulos y Dimitríu, de la Científica, hagan su trabajo, y vuelvo a entrar en el local. Tanto el propietario como el personal siguen en la misma posición que cuando he salido. La única novedad es la presencia de una rubia de identidad desconocida, que no deja de hacer preguntas para enterarse de lo que ha pasado mientras los demás parecen reacios a contestarle.

—¿Quién ha encontrado el cadáver? —pregunto a la concurrencia.

—Yo —responde el joven que está en el bar—. He salido esta mañana para poner las mesas y las sillas. He visto el coche y me he acordado de que llevaba aparcado allí desde anoche. Me he acercado y lo he visto.

—¿Has tocado algo? —pregunta Papadakis.

—Nada en absoluto. He llamado enseguida al jefe y me ha dicho que avisara a la policía.

—¿Alguien sabe cómo se llama? —pregunto a todos.

—Miltos Kelesidis —contesta el propietario—. Era un director de cine muy famoso.

—¿Sabéis a qué hora se fue anoche?

—Debió de ser en torno a las tres de la madrugada. Vino a despedirse antes de marcharse. Sus amigos se fueron antes, pero

él se quedó. Le gustaba mucho el rebético y se quedaba siempre hasta el final. —Hace una pausa antes de añadir—: Lo más probable es que intentaran robarle.

—Eso queda descartado —interviene Dimitríu, que acaba de entrar en el local por la puerta del patio—. Aún lleva la cartera y el móvil, y el coche no ha sido forzado.

Se abre la puerta principal del local y entra corriendo el tipo de la perilla, el que estaba entre los amigos del director y le gritó que el florista lo había dejado KO.

—¡Acabo de leerlo en Internet! —grita atolondrado a todos y a nadie en particular—. He llamado a su productora para avisarla. Ya está en camino.

—Llámela otra vez y dígame que no venga —lo interrumpo—. Quiero hablar con ella en su despacho.

El hombre me mira con atención y constata, extrañado:

—Usted estaba aquí anoche.

—Sí. Comisario Jaritos. Estaba aquí pero, por desgracia, me fui antes y no pude evitar el crimen.

—Yo tampoco. Nos fuimos todos menos Miltos, que quería quedarse hasta el final. No era la primera vez, así que no me extrañó. Cuando salía con amigos tenía la costumbre de quedarse solo al final, para tomar una última copa. —Saca el teléfono móvil y marca un número—: Amalía, no vengas. Aquí hay un comisario que quiere hablar contigo en tu despacho.

—¿Y usted quién es? —le pregunto.

—Makis Sotirópulos. Soy guionista y amigo de Miltos.

Aún no se ha hecho a la idea de que Kelesidis está muerto y sigue hablando en presente.

—¿Lo conocía bien?

—Colaboramos desde su primera película. Ahora estaba trabajando en la cuarta.

—¿Sabe si tenía problemas o enemistades que pudieran costarle la vida?

Sotirópulos menea la cabeza y se encoge de hombros:

—¿Qué enemigos podía tener, comisario? No era empresario ni regentaba clubes nocturnos para tener que pagar protección. Los directores de cine solo se relacionan con el Centro Helénico de Cinematografía. Es la única fuente de ingresos de la que disponen. Igual que la Unión Europea es la única fuente de ingresos de Grecia. En el caso del cine, como mucho, podía colaborar Eurimages.

—¿Euroqué? —pregunto.

—Es como el Banco Central Europeo del cine —me explica—. El BCE apoya a los bancos y el «Euroqué», como usted lo llama, apoya al cine. —Hace una pausa y añade—: El cine recibe dinero del Estado y de Europa, señor comisario. Tanto el Estado como Europa pueden cerrar el grifo, pero no te matan. Si quiere mi opinión, creo que alguien lo mató para robarle.

—Llevaba la cartera encima y el coche no ha sido forzado —le respondo.

—Si fuera un guion escrito por mí, un ruido procedente del local asustaría al ladrón y lo obligaría a salir corriendo. Vale, no es una idea genial, pero resulta bastante convincente.

Puede que le resulte convincente a Sotirópulos, pero yo tengo mis reservas.

—Deme el teléfono y la dirección de la productora.

Me los da junto con los suyos.

—Si lo necesitamos, lo llamaremos —lo despide Papadakis.

La productora es una cuarentona que se presenta como Amalía Kaloyiru. Sentada tras el escritorio, me mira conmovida y mueve la cabeza con pesadumbre.

—¿Quién se iba a imaginar —murmura— que Miltos tendría un final tan horrible...?

—¿Sabe si tenía problemas? ¿Le había parecido triste o preocupado últimamente?

—Al contrario, estaba muy contento con su nueva película. Ya habíamos enviado el *treatment* al programa *Media* y teníamos el

visto bueno para el guión. Al mismo tiempo lo mandamos al extranjero en busca de coproductores y recibimos respuestas entusiastas. ¿Qué podría preocuparlo? Todo iba viento en popa.

La única palabra que me suena es *triment*, que en inglés significa terapia. Me la había enseñado Fanis, mi yerno, que es médico. Todo lo demás me suena a chino. En cualquier caso, resulta del todo improbable que lo hayan matado por preparar una película.

—¿Tenía familia? —pregunta Papadakis a Kaloyiru.

—No estaba casado. Sus padres viven en el norte, en un pueblo en las afueras de Drama. No sé dónde exactamente. —De pronto, se echa a llorar—. Miltos era como un hermano para mí. Empezamos juntos. Él con su primera película y yo con mi primera producción. Lo sabía todo de él, sus ideas, hasta sus relaciones amorosas. No puedo soportar lo que le ha pasado. Es como si hubiera perdido un trozo de mi propia vida.

Siguió sollozando.

—Está muy afectada y no queremos trastornarla más —le digo—. Nos pondremos en contacto con usted si necesitamos algo. Lo único que queremos ahora es la dirección de la casa de Miltos Kelesidis.

La mujer la anota en un papel y me lo da. Ha dejado de llorar y parece que se ha calmado un poco.

—Les sugiero que pasen por el Centro Helénico de Cinematografía —nos dice—. Ellos tienen contactos con todo el mundo del cine y quizá tengan información que yo desconozco.

Las oficinas del Centro Helénico de Cinematografía están en la calle peatonal Dionisio Areopagita. Subimos a secretaría y preguntamos por el director. No hace falta dar explicaciones, porque la noticia ya se ha propagado.

El director es un sesentón con perilla recortada que responde al nombre de Grigoris Karayorguis. A mi pregunta de si conocía a Miltos Kelesidis, contesta con una sonrisa.

—En nuestro círculo todo el mundo se conoce, señor comisario —me explica—. Solo nos resultan desconocidos o vemos por primera vez a los que empiezan a dirigir su primera película, normalmente un cortometraje. Por otra parte, cuando digo que todos nos conocemos me refiero a relaciones superficiales acompañadas de gestos de familiaridad exagerada. Conocerá aquella palabra, «baladí». Pues bien, en nuestro círculo, todas las relaciones son baladíes.

—¿Qué opina de Kelesidis? —interviene Papadakis.

—Era un director de éxito —responde el hombre sin vacilación—. Sus películas despertaban interés, lo invitaban a los festivales internacionales, había ganado algunos galardones. Claro que el éxito en el cine griego se mide por el reconocimiento, no por la taquilla. Las películas griegas raras veces son éxito de taquilla. Y ahora, con la crisis, todavía menos. —Reflexiona un poco antes de añadir—: Aunque era una persona complicada.

—¿Qué significa «complicada»? —pregunta Papadakis.

—Difícil —dice Karayorguis—. Cada vez que venía al Centro había problemas. Bien porque se retrasaban los permisos, bien porque se demoraban los pagos, bien porque necesitaba un documento y quería tenerlo ya. En general, trataba al personal como si fueran sus subordinados.

—¿Cree que su carácter difícil pudo crearle enemistades? —pregunto.

Karayorguis se echa a reír.

—Aquí todo el mundo es enemigo de todo el mundo. Los que han visto sus propuestas rechazadas odian a los que consiguieron que se las aprobasen. Los que han recibido subvenciones reducidas odian a los que las han recibido mayores. Son relaciones que nunca salen a la superficie porque, como ya le he dicho, son baladíes. Recuerdan la escena de los boyardos en *Iván el Terrible* de Eisenstein. —Pongo una cara que lo hace reír—. No quiero liarlo —concluye—. Seguro que no lo mató Eisenstein.

—¿Sabes quién es ese Eisenstein? —pregunto a Papadakis cuando salimos del Centro de Cinematografía.

—Es un famoso director de cine ruso —responde él sin dudarlo—. *Iván el Terrible* fue su obra maestra.

«Mi gozo en un pozo», me digo para mis adentros. «Nadie mata porque otro haya conseguido una subvención mayor ni porque su película haya sido aprobada en lugar de la propia; porque, aun matando al rival, la pasta no llega al asesino, aunque sea Eisenstein en persona.»

Miltos Kelesidis vivía en un piso de tres habitaciones de la calle Pafsanías en Pangrati. Por suerte, encontramos las llaves en el bolsillo del cadáver y pudimos entrar sin dificultad.

El piso tiene un dormitorio y un espacio único para el despacho y la sala de estar. Detrás del escritorio está la biblioteca, mientras que en la sala de estar domina el televisor, con una pantalla enorme. Las paredes están cubiertas de estantes llenos de vídeos y devedés. Además de en los estantes, hay devedés esparcidos por todas partes, también encima de los dos sillones y de la mesilla colocada delante del sofá. Solo el sofá, frente al televisor, está libre. Según parece, Kelesidis prefería mantenerlo despejado para poder disfrutar cómodamente de sus películas en la pantalla.

Estamos de pie en medio de la sala de estar, preguntándonos por dónde empezar a registrar, cuando suena mi móvil.

—Señor comisario, ¿puede venir al local? —dice Dimitríu.

—¿Ahora mismo?

—Nos hemos topado con algo que debería ver. Es urgente.

Normalmente, el coro de curiosos se reúne en la acera o sale a las ventanas para disfrutar del espectáculo. En este caso, lo hace tomándose un café *frappé* o un capuchino. Los asesinatos apasionan a la gente. Pero cuando se producen en una cafetería, la curiosidad enfermiza tiene un efecto colateral económico. Así se explica que la cafetería esté llena a rebosar. Cuando entramos nos recibe un vehemente zumbido de voces.

El propietario está de pie hablando por teléfono delante del escritorio. Nos saluda con un gesto de la mano. Distingo a Dimitríu, que me está esperando delante de la puerta del patio, y me acerco a él. Papadakis no me sigue. Tras una breve vacilación, decide quedarse dentro del local.

—¿Qué quieres enseñarme? —pregunto a Dimitríu.

—Algo que me parece relevante, aunque es usted quien debe juzgarlo en última instancia.

—Mientras no sea otro cadáver...

—No es eso, no.

Salimos al patio y me conduce al edificio en construcción. La fachada está cubierta de unas figuras estafalarias pintadas con grafiti. Qué cabeza enferma lidió con el espray para pintarlas, esa es otra historia, y ahora no me interesa.

Dimitríu empuja un cercado de madera y me hace pasar a la obra. Se ve que derribaron el interior y conservaron el exterior, que debe de ser patrimonio arquitectónico.

Miro a mi alrededor. Nos encontramos en un espacio vacío de enormes proporciones. En algunos lugares han conservado las paredes. El tejado está cuarteado y el sol ilumina el suelo selectivamente, como si fuera un gran foco reflector. En un rincón donde el tejado aún aguanta, distingo un colchón con una mochila a su lado. Dimitríu se pone los guantes de látex y abre la mochila. Dentro hay ropa interior, calcetines y un par de camisas arrugadas.

Observo el contenido y afirmo lo obvio:

—Alguien vivía aquí.

—*Alguien* no. Venga conmigo.

Me lleva detrás de una pared. En este punto, el tejado ha desaparecido por completo. Me encuentro delante de un cubo lleno de agua con flores.

—¡El florista! —exclamo.

—Exacto. Al entrar un momento en el local, he oído por casualidad una conversación sobre el florista. Parece que vivía aquí. ¿Cree usted que pudo presenciar el asesinato?

—Lo presencié y puso pies en polvorosa —contesto con rotundidad—. A saber dónde se habrá escondido.

Debemos avisar a todas las comisarías y a los coches patrulla, para que estén vigilantes. Ese hombre no tiene más ingresos que las flores, de modo que tendrá que salir a vender. Tarde o temprano lo encontraremos, aunque podría llevarnos tiempo.

Miro otra vez a mi alrededor y descubro que el edificio tiene también salida a la calle Ermú. Aquí no hay cercado de madera, sino una entrada en toda regla que ha sido cegada con cemento. Junto a la puerta hay una ventana que conserva el armazón y está tapada con una lona, que puede abrirse fácilmente.

—Tenía dos salidas —comento a Dimitríu—. Podía salir a la calle Ermú y también al patio de Santa Irini.

—Ayer, en todo caso, debió de escapar por este lado —responde él con toda la razón.

Veo que Papadakis está conversando con el propietario de la cafetería y me acerco.

—El florista de anoche ¿vivía en el edificio derribado? —pregunto al propietario.

El hombre se encoge de hombros.

—Algunas mañanas lo veíamos pasar por el callejón, pero no sé dónde vivía. Por aquí pasan unos cuantos cada día. Viven en las casas abandonadas de los alrededores, pero nadie sabe dónde exactamente.

Me dirijo a la salida del local y Papadakis me sigue.

—¿Has averiguado algo más del propietario? —le pregunto cuando salimos afuera—. Te he visto charlar con él.

—No hablábamos de la investigación... Era un asunto personal —responde él con cara de estreñido.

—¿Qué asuntos personales tienes tú con el propietario de un local multiusos? —me extraño.

—¿Multiusos? —se sorprende Papadakis.

—Claro. Hace las veces de editorial, librería, cafetería y local musical. Es decir, multiusos. —Él me mira, pero sigue guardando un

silencio embarazoso—. No me toques las narices, Papadakis. ¿Qué asuntos personales puedes tener con ese tipo? Salvo que lo conozcas desde hace tiempo y no me hayas dicho nada.

—Verá —masculla él buscando las palabras adecuadas para explicarse—, en mi tiempo libre escribo poemas y le he preguntado si quiere leerlos, por si me los publica.

Los directores de cine son asesinados, los polis escriben poemas, las editoriales se convierten en salas populares y Grecia está yéndose al carajo.

Papadakis me lo trae a mi despacho tres días más tarde. Un coche patrulla lo había localizado delante de una taberna de Petrálona. Todavía lleva las flores, que se han marchitado a lo largo de la noche que ha pasado en el calabozo.

—Veo que aún tienes las flores —le digo en tono amistoso.

—¿Sabe de alguien que abandone su negocio? —responde él también amigablemente, como la noche en que estuvo bailando en el local multiusos.

—¿Cómo te llamas?

—Aléxandros Seremetis.

—¿Recuerdas aquella noche en que bailaste un zeibékiko en el local de Santa Irini?

—La recuerdo porque me lo pasé bien. Me hizo rememorar viejas glorias —añade tras una pequeña pausa.

—Aquella misma noche, en torno a las tres de la madrugada, se cometió un asesinato en el callejón que separa el patio trasero del local de la obra de enfrente.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —pregunta él con calma.

—Con el asesinato, nada. Pero quizá pudiste oír o ver algo que nos sirva de ayuda. Por eso te hemos traído aquí.

—A las tres de la madrugada yo sigo paseándome por los locales nocturnos, vendiendo flores. Es cuando todo el mundo está bebido y quiere ofrecer flores a las damas de compañía.

—Sí, pero cuando volviste a tu refugio es imposible que no vieras al tipo caído en el callejón en medio de un charco de sangre.

Aunque ya ha comprendido que hemos descubierto su guarida, no parece impresionado.

—Bajaba la calle Ermú y decidí entrar por aquel lado.

—¿Y por la mañana? ¿Saliste a Ermú? —pregunta Papadakis.

—Sí, por el mismo sitio.

—Escucha, Seremetis —le digo, siempre amigablemente—. Sabemos que no tienes nada que ver con el asesinato. ¿Por qué ibas a matar a un desconocido? Solo lo harías para robarle, pero no le habían robado. Otra razón sería porque bailaba mal el zeibékiko.

El hombre esboza una tímida sonrisa.

—Lo bailaba de pena, pero tampoco lo mataría por eso. A fin de cuentas, se baila mal en todos los locales nocturnos. —Calla y reflexiona—. ¿Sabe cuánto me costó encontrar ese refugio? —pregunta al final—. ¿Sabe cuántos meses pasé durmiendo en los portales de las tiendas y de los bloques de pisos? Si se sabe que duermo allí, podrían venir los propietarios a echarme y tapiar las entradas.

—No hace falta publicar detalles ni dar tu dirección a la prensa. Te doy mi palabra. Así que cuéntame lo que viste.

—Lo que oí, primero.

—¿Qué oíste?

—Voces. Dos personas que discutían en un rincón que hay detrás del patio. Me pegué a la cerca de madera y miré por una rendija. Vi al tipo que había estado bailando antes de entrar yo y al otro, el de la perilla, el que me compró las flores. Los dos estaban fuera de sí.

—¿Qué pasó después? —pregunta Papadakis.

—Su riña no me interesaba. Volví a mi colchón para entregarme al sueño de mi familia.

—¿Qué sueño es ese? —pregunto curioso.

—Yo estudié en Inglaterra, señor comisario. Allí conocí a mi mujer, que estaba locamente enamorada de Grecia. Encontré un

buen trabajo y vinimos a vivir aquí. Hasta que la crisis devastó la empresa, que tuvo que cerrar. Me quedé en el paro. Llamé a muchas puertas, pero siempre me daban con ella en las narices. — Calla y sonrío con amargura—. Tengo cincuenta y dos años. Ya sé, me dirá lo que me dicen todos: que a los cincuenta y dos todavía soy joven. Puede que sea joven de edad, pero laboralmente soy viejo. Nadie contrata para su empresa a un trabajador de cincuenta y dos años al que le quedan solo quince de vida laboral. En ninguna parte del mundo. Todos prefieren contratar a un treintañero. Y ahora, con la crisis y el paro, los treintañeros hacen cola delante de las empresas. —Toma aliento y continúa—: Perdí el trabajo. El subsidio de desempleo acabó al año y me quedé sin blanca. Mi mujer cogió a mis dos hijos y volvió a Inglaterra. «Me sabe mal por ti, Alekos, pero debo pensar en los chicos», me dijo. Se preguntará por qué no fui con ellos. Porque no tenía dinero para el billete de avión ni para poder mantenerme allí. Los padres de mi mujer se hicieron cargo de los chicos, pero no de mí. «No haberte casado con un griego», dijeron a mi mujer. —Hace una nueva pausa antes de añadir—: Así que acabé vendiendo flores y soñando todas las noches que todavía estoy con mi familia.

Dejo que se desahogue antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Qué viste por la mañana?

—Nada. Por las mañanas salgo siempre a la calle Ermú, para tomar café y tarta de queso en Monastiraki. Después volví a la obra para recoger las flores. Oí jaleo en el callejón y preferí escurrirme de nuevo por Ermú.

«Ni euroqués, ni novelas, ni coproducciones», pienso. «Nos ha resuelto el misterio un florista por necesidad.»

—Mantendrá su palabra, ¿verdad? —pregunta el hombre antes de marcharse.

—No te preocupes. Nadie sabrá dónde vives.

Claro que, cuando vaya a testificar en el juicio, tendrá que facilitar su dirección. Aunque no hay garantías de que pueda conservar el refugio hasta que se celebre el juicio.

Makis Sotirópulos está en el mismo lugar donde estuvo el florista. Hay asesinos que esperan ansiosamente que los detengas, para contarte sus penas y quitarse el peso de encima. Sotirópulos es uno de ellos.

—Desde el primer día de nuestra asociación, me estuvo mortificando con sus ínfulas y su egocentrismo —nos dice—. Yo siempre tenía que llevar a cabo sus ideas. Ni me atrevía a proponer alternativas, porque no me daba cancha. «Yo lo pensé así y quiero que se haga así», me decía. Cada vez que le presentaba la idea de un guión la rechazaba. —Reflexiona un momento antes de continuar —: No se lo reprocho, él no era el único. Todos son iguales. En la historia del cine griego, no hay una sola película que se haya rodado a partir de la idea de un guionista. Todas se basan en las ideas de los directores. Las buenas y las malas, las premiadas y las mierdas. Todas.

»El Centro de Cinematografía se planteó alguna vez crear una base de datos de guiones. Con eso pretendía hacer un registro del que sacar propuestas para los directores cuando ellos no tenían ideas propias. Ya le avanzo que jamás se ha rodado una película basada en un guión. La base de datos se convirtió en el cubo de basura donde desaparecían los guiones. Sencillamente, hay directores que te rechazan con más cortesía. Te dicen: “Es una idea muy buena, pero en estos momentos tenía otra cosa en mente. Lo volveremos a mirar más adelante”. Miltos no tenía miramientos. “Déjate de ideas”, decía. “Esto es cosa mía. Tú límitate a escribir.” En los créditos figuraba como guionista pero, en la práctica, era el copista de Kelesidis. —Saca un paquete de tabaco, pero enseguida recuerda que está en un espacio público—. ¿Le importa si fumo? —pregunta.

—Fuma. Por un pitillo no tendremos un infarto —le digo.

Enciende el cigarrillo, da una calada y, de repente, anuncia de la nada:

—Fue el florista quien me dio la idea.

—¿De matarlo? —se sorprende Papadakis.

—No, de enfrentarme a él. Cuando vi que obligó a Miltos a dejar de bailar, me dije: «Si el florista puede imponérsele, ¿por qué no yo?». El florista me impulsó al desafío final. Como le dije, le gustaba tomar la última copa a solas. Yo me fui con los demás, pero volví. Esperé en el callejón, junto al patio trasero, a que saliera para buscar el coche. —Hace una pausa para ordenar sus pensamientos—. No pretendía matarlo —continúa—. Solo quería hablar con él. ¿Y era ese el momento adecuado?, me preguntará. Quizá no, pero yo me sentía listo para el reto. No sabía si mi coraje duraría hasta el día siguiente. —De pronto revive la escena y se pone furioso—: Me trató como si fuera basura. Empezó a gritar: «¿Vienes a las tres de la mañana para contarme gilipolleces?». Y también: «Escucha, el director es la película. El director es la idea, el guión, los planos, las localizaciones, el vestuario, los actores, el montaje; el director lo es todo. Sin él, no existiría ninguno de vosotros. Si yo decido cambiaros por otros, dejaréis de existir. Así que haz lo que te digo y muestra un poco de agradecimiento».

»Me dijo todo eso como si me estuviera escupiendo a la cara. Luego me dio la espalda para dirigirse a su coche. El trozo de mármol estaba a mis pies. Aún no sé qué me pasó. Cogí el mármol y lo golpeé en la cabeza. Él cayó al suelo. Se ve que aquel primer golpe me desató las manos, porque seguí golpeándolo a ciegas. Luego me fui y lo dejé allí, sin saber si estaba vivo o muerto. En cualquier caso, tenía la cabeza bastante despejada, porque se me ocurrió llevarme el mármol para que no lo encontrara la policía. —Hace una nueva pausa antes de concluir—: Eso es todo. Ya me lo he quitado de encima.

Y nos sonrío.

Papadakis lo conduce al calabozo y vuelve con una sonrisa que le ilumina toda la cara.

—Tengo buenas noticias, aunque no sé si le interesan —anuncia alborozado.

—Cuéntamelas. No tienes nada que perder.

—Me ha llamado el editor. Ha leído mis poemas, le gustan y los va a publicar.

Poesías y alevosías.

Los poemas hacen feliz a Papadakis.

Los crímenes son dos. El primero, cuya víctima fue el director de cine Miltos Kelesidis, ya lo hemos resuelto. El segundo, cuya víctima es el florista Aléxandros Seremetis, sigue sin esclarecerse, porque el criminal aún anda suelto. Y ya veo que el caso acabará archivándose.

# Notas

[\*] Vieja canción popular de 1931 que hace referencia a un crimen que conmocionó a la sociedad griega de aquella época, el asesinato del contratista Dimitrios Azanasópulos. (N. de la T.) <<

[\*] Cafetería y pastelería céntrica de Atenas, fundada en 1939. (*N. de la T.*) <<

[\*] Popular serie radiofónica que se emitió en la década de los sesenta. (*N. de la T.*) <<

[\*] Pequeñas ciudades turcas en la costa mediterránea. (*N. de la T.*)

<<

[\*] *Abi* significa «hermano mayor» en turco. (N. de la T.) <<

[\*] El Zografyon o Zografeion Lyceum es uno de los colegios griegos que siguen abiertos en Estambul. *(N. de la T.)* <<

[\*] Gran Bazar cubierto de Estambul. (*N. de la T.*) <<

[\*] Fanari o Fanar es el distrito de Estambul donde se encuentra la sede del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla. (N. de la T.) <<

[\*] Plato de verduras con o sin carne, típico de la cocina turca y también muy popular en Grecia. (*N. de la T.*) <<

[\*] Título de respeto que se da a las mujeres en Turquía, equivalente a señora o señorita. (*N. de la T.*) <<

[\*] Aguardiente muy popular en Grecia y también en Turquía. (*N. de la T.*) <<

[\*] Título que equivale a «señor». (*N. de la T.*) <<

[\*] Los karamanlís eran griegos que vivían en Karamanía, zona del sudeste turco que incluía parte de Capadocia. *(N. de la T.)* <<

[\*] Batallones de trabajos forzados. (*N. de la T.*) <<

[\*] Iákovos Kambanelis (1921-2011) fue un conocido dramaturgo, periodista y académico griego. *(N. de la T.)* <<

[\*] Ioannis Metaxás, primer ministro y dictador fascista de Grecia entre 1936 y 1941. *(N. de la T.)* <<

[\*] El Frente de Liberación Nacional, principal movimiento de la resistencia armada contra la ocupación nazi de Grecia durante la segunda guerra mundial. (*N. de la T.*) <<

[\*] Provincia de Macedonia occidental. (*N. de la T.*) <<

[\*] Peristeri y Kesarianí son viejos barrios obreros de Atenas que fueron perdiendo su carácter proletario con el crecimiento económico del país. (N. de la T.) <<

[\*] Kotsos es un diminutivo de Konstantinos. (N. de la T.) <<

[\*] Grupos paramilitares turcos, de extrema derecha. (*N. de la T.*) <<

[\*] Barrios altos en la periferia de Atenas. *(N. de la T.)* <<

[\*] Baile popular griego que tradicionalmente solo bailan los hombres.  
(*N. de la T.*) <<

[\*] Baile popular de la isla de Creta. *(N. de la T.)* <<

[\*] Música popular griega procedente de las costas de Asia Menor.  
(*N. de la T.*) <<

[\*] Famosos músicos populares del siglo XX. *(N. de la T.)* <<